

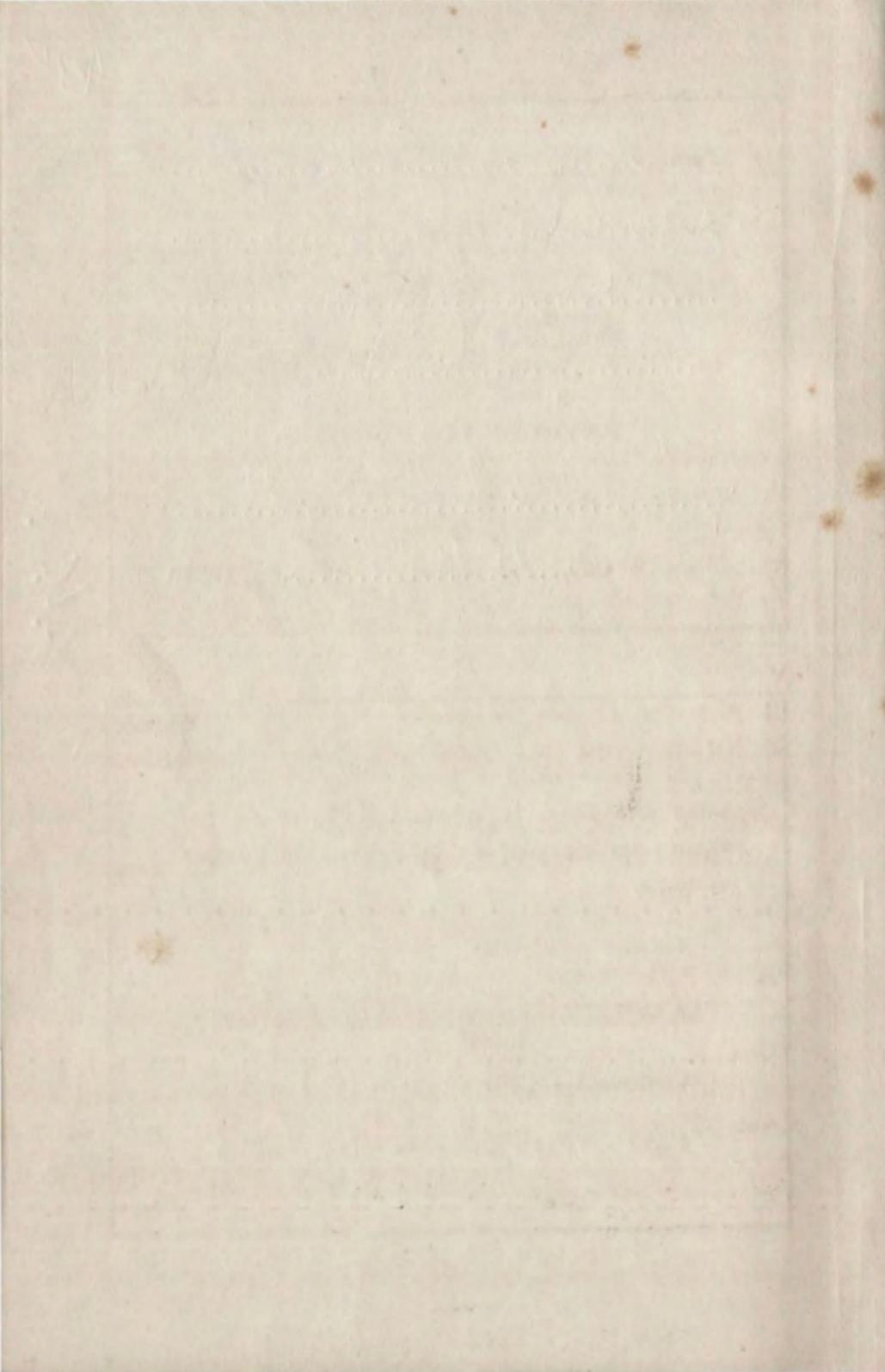
MAGGOLLA

ISTORIA DE UNA MAESTRA

Gregorio Sanchez Gomez

MAGOLA

HISTORIA DE UNA MAESTRA



GREGORIO
SANCHEZ
GOMEZ

15665

MAGOLA

63

OTECA CENTENARIO
NICIPIO DE CALI



10108

NOVELA

1854

Para *la*
Biblioteca
Municipal
de *Cali* atentamente

ENVIO DE LOS EDITORES:

Sanchez Gomez Hnos.

Cali, 15 Abril de 1958

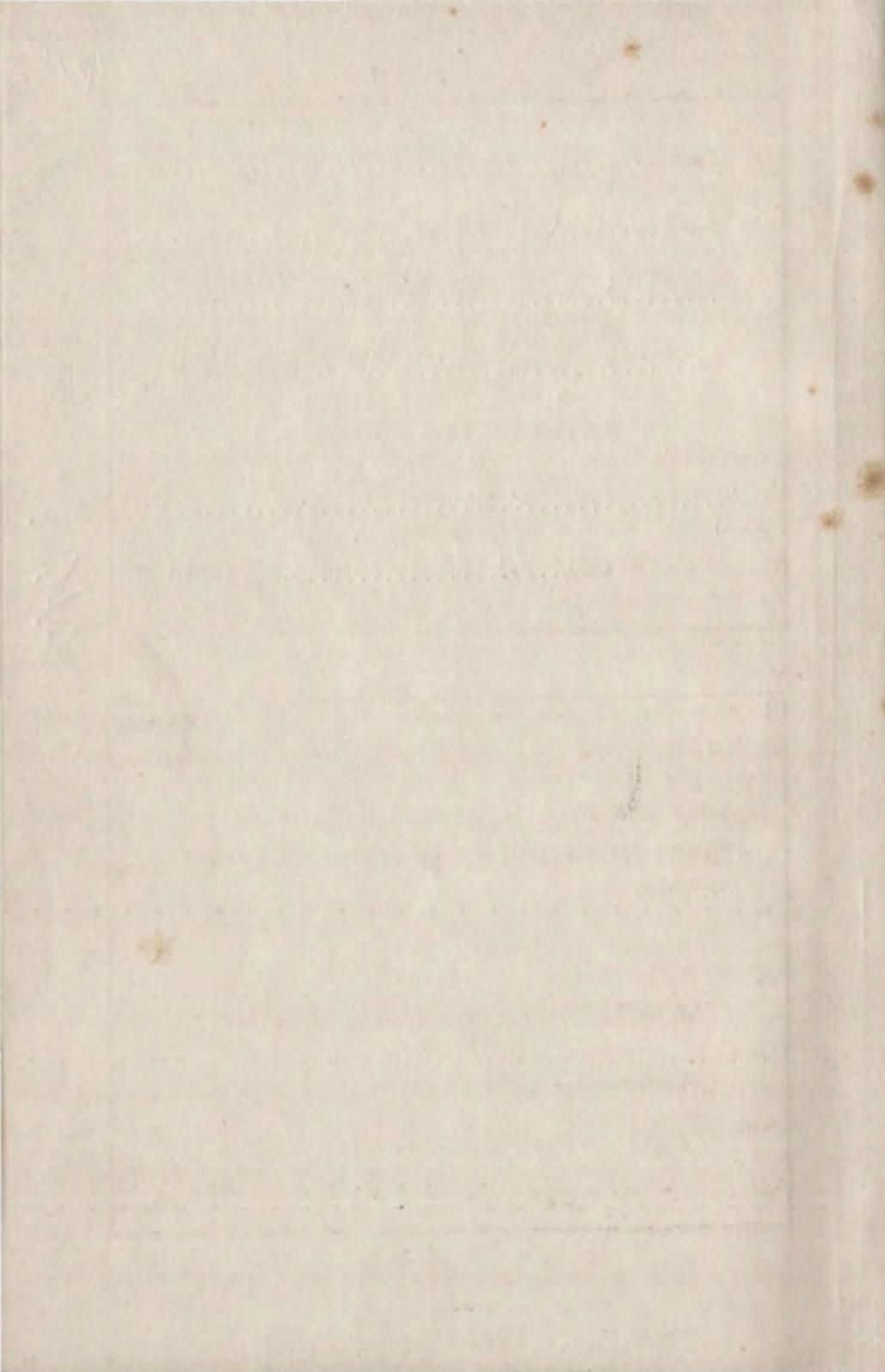
Si llegare usted a hacer algún comentario sobre este libro, le rogamos el favor de enviarnos un ejemplar de la publicación en que aparezca.

Gracias anticipadas.

SANCHEZ GOMEZ HERMANOS

Centenario - Calle 4ª Norte N° 1-29-A

CALI - Valle - Colombia - Sur América



OBRAS DE SANCHEZ GOMEZ

PUBLICADAS:

LA TIERRA DESNUDA	Novela
LA DERROTA	"
ROSARIO BENAVIDES	"
(Laureada por la Academia Colombiana	"
LA CASA DE LOS DEL PINO	"
LA VIRGEN POBRE	"
LA AMAZONA DE CAÑAS	"
EL GAVILAN	"
CASADA... Y SIN MARIDO	"
VIDA DE UN MUERTO	"
EL BURGO DE DON SEBASTIAN	"
LA BRUJA DE LAS MINAS	"
MAGOLA	"
EL HOMBRE EN LA HAMACA	Filosofía
SOCIOLOGIA POLITICA COLOMBIANA	Sociología
FEMINA	"
PROBLEMAS SOCIALES DE COLOMBIA	"
LOS IMPUESTOS EN COLOMBIA	Economía
EL AHORRO	"

PARA PUBLICAR:

NOVELAS CORTAS	Novela
LA JOVEN ENDEMONIADA	Cuentos
CAMPOS CON SED	"
OBRAS ESCENICAS	Teatro
VISTAS DE COLORES	Poesía



MUNICIPIO
SANTIAGO DE CALI

Código

2-16-53082

Ni.

15665

CUENTOS DE SANCHEZ GOMEZ

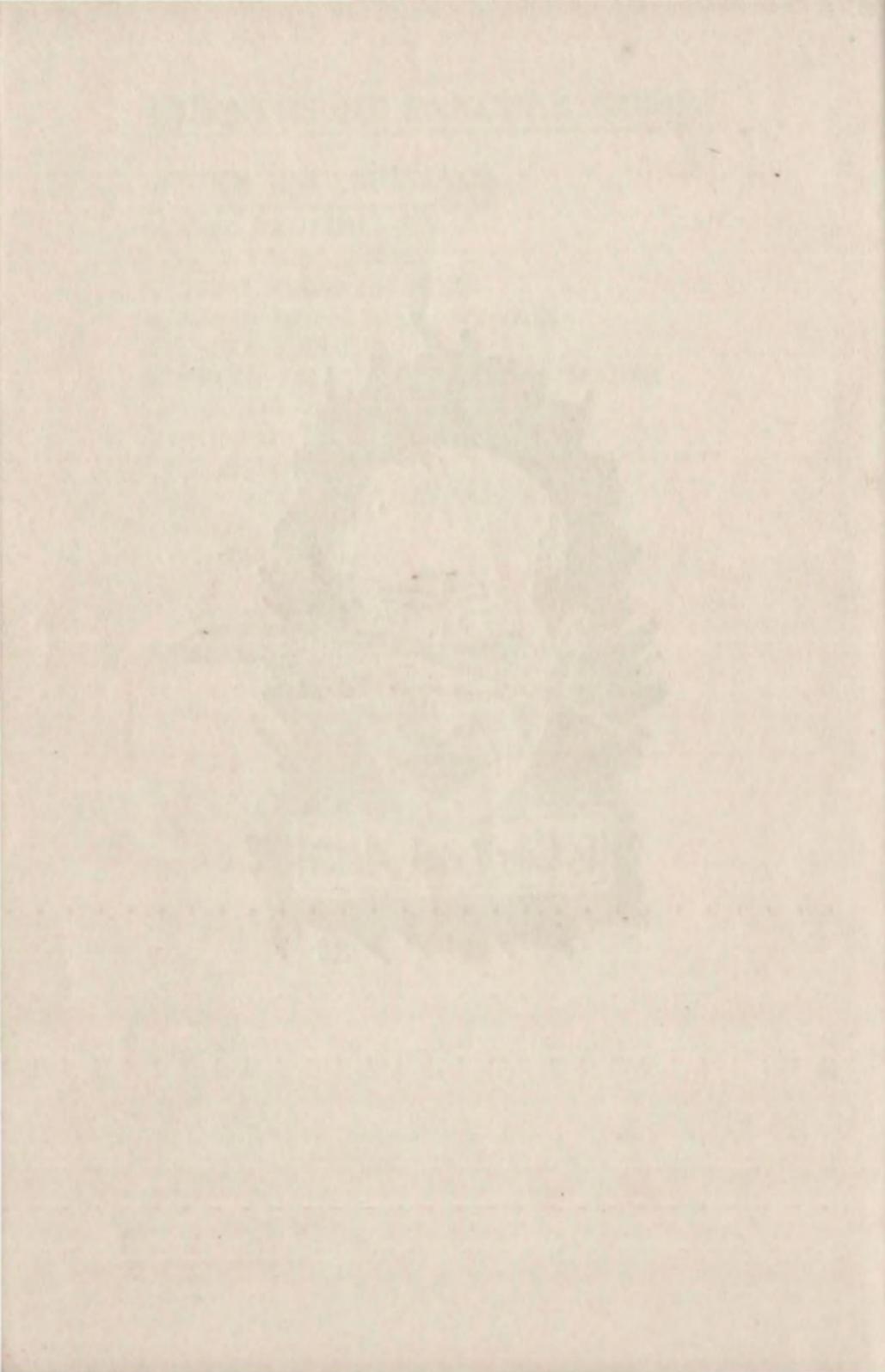
LA JOVEN ENDEMONIADA.

LA DIVINA PROVIDENCIA
EL VIAJERO Y LA NIÑA
EL ULTIMO VIAJE DE NOEL
EL HOMBRE QUE ESTABA PARADO
EN UNA ESQUINA
EL HOMBRE QUE GOLPEO A SU MADRE
VAGABUNDOS
GUTIERRITOS
ULTIMA INSTANCIA
CANDIDO VEGA, EL HERRADOR
EUTANASIA
CLEPTOMANIA
NOCHE DE ANGUSTIA
MI CARRERA ORATORIA
EL FANTASMA

CAMPOS CON SED.

HIJO DE BEBEDOR
EL RETRATO DE LA OTRA
EL PUENTE
EL GENERAL
INTRUSO
GUAPEZA
DESTINO
VENGANZA
GRATIFICACION
MEDIO-POLLITO
EL NEGRO PORRONGO
EL INSPECTOR ORDUZ
HISTORIA DE GATOS
CUENTO ABSURDO





GREGORIO
SANCHEZ
GOMEZ

5

MAGOLA

HISTORIA DE UNA MAESTRA

Secretaria de Cultura y Turismo

RBPC - Cali



106480

NOVELA

Propiedad de

SANCHEZ GOMEZ HERMANOS

**Derechos reservados
conforme a la Ley.**

Editores:

SANCHEZ GOMEZ HERMANOS

Centenario — Calle 4ª Norte. N° 1-29-A.

CALI — Valle — COLOMBIA — Sur América.

MAGOLA

I



La secretaria comienza a leer, con voz entonada y alta, entre el expectante silencio del auditorio, las calificaciones, y después la lista de premios. Lo hace con pausa, dándoles a las palabras un timbre claro, ligeramente duro, que le imprime a la frase cierto sabor de fallo o sentencia. El público, que llena la sala de actos de la Normal, acomodado en la silletería de atrás y de los lados, pues el centro lo ocupan las educandas, vestidas con los uniformes de lujo, lo componen en su mayoría padres y madres de familia, que siguen con profunda atención la parsimoniosa lectura.

—Premio de Francés, adjudicado a la señorita Eduviges Tofiño, por su notable aprovechamiento.

Largo murmullo de admiración recorre la sala. La favorecida, toda rubores y sonrisa, se acerca, entre grandes aplausos, a recibir el galardón que le es entregado por manos de uno de sus parientes.

Desde el alto estrado, bajo la mirada muerta del Cristo prendido en la pared, presiden la sesión el jefe de educación, un inspector del ramo, la directora del establecimiento y dos o tres personajes de la parroquia. A lado y lado del Cristo, en sitio inferior, están las

imágenes de un prócer de la independencia y de un presidente del estado. La primera es reproducción fotográfica, la última dibujo hecho a pluma por cualquier artista regional. La mesa, cubierta con enorme carpeta con los colores nacionales, sustenta ancho jarrón con rosas y ordenado montón de libros y otros objetos.

—Premio de Historia Antigua, adjudicado a la señorita Juana Guerrero, por su aprovechamiento notable.

Nuevo y prolongado murmullo de admiración. La joven Guerrero, con tardo andar porque es más bien obesa, acude a recibir el bien empastado volumen con que se recompensa sus méritos.

—Premio de Religión, adjudicado a la señorita Encarnación García Vaca, por su notable aprovechamiento.

Esta vez el murmullo, más que de admiración, es de supersticioso respeto. La gente piensa instintivamente que la joven que obtiene un premio de religión ha de ser excepcionalmente virtuosa. El trofeo lo entrega el propio profesor de la materia, y a la vez capellán del instituto.

Llegado el momento de publicar las recompensas a las alumnas de último curso, la secretaria reanuda la interesante lectura con acento más solemne y enfático todavía. Estas jóvenes de último curso suelen gozar de ciertas prerrogativas y de especial prestigio entre las

compañeras, por lo mismo que la terminación de la carrera les confiere categoría y evidente autoridad.

—Premio de Economía Política, adjudicado a la señorita Magdalena Romero, por su excelente aprovechamiento.

El nombre de la normalista suscita un murmullo de aprobación y simpatía, que se convierte luégo en vendaval de aplausos; pero las aclamaciones provienen, más que del público, de los bancos de las colegias. Sin duda, la joven Romero disfruta de gran popularidad entre sus condiscípulas, pues el asentimiento es unánime. Las miradas de todos se clavan con curiosidad en la figura fina y esbelta de una muchacha de veinte años, que se ha levantado con ostensible timidez, permaneciendo brevemente indecisa. De pronto, con sorpresa de los circunstantes, vuelve a sentarse.

Las compañeras más próximas reprimen la risa. María Rosa Quintero, que se halla a su lado, le dice en voz baja, pellizcándola:

—Vé a recibir el premio, Magola. ¿Qué te pasa?

—¿Y por qué no vas tú, María Rosa?

—¡Chica, no me han llamado a mí!

La secretaria repite con visible impaciencia:

—Señorita Magdalena Romero. . . ¿Es que no está?

Entonces la nombrada se dirige al estrado, con pisadas tan leves que parece caminar por el aire mismo.

Tiene la sensación angustiosa de que las miradas de todos se hunden en ella como agujas en la tela de un acerico. La impertinente curiosidad la molesta, turbándola. Observa con susto y recelo que la directora y el jefe de educación hablan en secreto, a tiempo que fijan en ella los ojos con insistencia.

El premio es un objeto de arte guardado en primoroso estuche. Se espera que la directora indique la persona por cuyo intermedio ha de ser entregado; pero la directora se limita a advertir:

—La señorita Magdalena no tiene parientes. Si el señor jefe de educación . . .

Asintiendo, el funcionario aludido pone en las manos de la joven, con palabras de encomio, el lindo regalo.

—¿Y qué piensa hacer ahora, señorita Romero?

—No lo sé, señor; no he pensado en nada.

—Supongo que se dedicará a la enseñanza.

—Tal es mi deseo; pero nada sé todavía, nada puedo decir.

—Bueno, está bien; ya me ocuparé en el asunto. La directora la ha recomendado con particular interés.

Magdalena dirige hacia la aludida, que sonrío maternal, dulce mirada de gratitud. Se encamina luego a su puesto, entre los aplausos del público; pero no ha

alcanzado a llegar a él cuando la voz de la secretaria anuncia de nuevo:

—Premio de Apologética, adjudicado a la señorita Magdalena Romero, por su ejemplar aprovechamiento.

El zumbido de aprobación se torna más fuerte; los aplausos adquieren prolongada sonoridad. Por dondequiera que tiende la vista, la joven descubre solamente sonrisas, miradas cariñosas. Es asentimiento absoluto, aquiescencia plena, plebiscito de simpatía y agrado, lo que hay entre las compañeras, y las modosas profesoras, y el público mismo que adivina el sentimiento común y se compenetra de él.

La secretaria continúa impertérrita.

—Premio de Filosofía, adjudicado a la señorita Magdalena Romero, por su magnífico aprovechamiento.

Lo que responde al punto es la ovación completa y clamorosa. El público, intrigado, comenta. Los funcionarios cuchichean. La pobre Magdalena no sabe qué hacer, ni dónde ocultarse, abrumada como está de turbación y vergüenza, por tan inesperada avalancha de honores y testimonios admirativos. ¿Cuándo soñaron jamás su sencillez y su modestia con tamaños triunfos?

Pero aquella ha de ser su noche, la fecha memorable entre todas las de su vida. Porque la lista implacable y glorificadora continúa como desconcertante estribillo.

—Premio de Algebra, adjudicado a la señorita Magdalena Romero. . .

—Premio de Pedagogía, adjudicado a la señorita Magdalena. . .

—Premio de Literatura. . .

—Premio de. . .

Magdalena siente el alma transida por emoción tan grande como su propia confusión. Todos los premios de su año los ha ganado, las más altas calificaciones pregonan su constancia y su inteligencia. Pero no son estas gloriolas estudiantiles las que conmueven su corazón tan hondamente: son las manifestaciones espontáneas y cálidas de sus compañeras y amigas, que parecen gozar con el triunfo de Magdalena, como si fuera suyo propio. Expresiones cordiales, desinteresadas y generosas, que no manchan ni deslustran el ácido del rencor, ni el aceite espeso y maloliente de la mala intención, ni el zumo amargo de la envidia.

¿Qué han de envidiarle, por otra parte, si es tan humilde y pobre que a nadie puede hacerle sombra, ni sabe a dónde irá mañana, cuando traspase los umbrales de aquella casa protectora? ¿Y por qué han de odiarla, si su corazón fue de todas y para todas, surtidor siempre fluyente de bondad, desprendimiento y sacrificio?

Cuando la secretaria anuncia, entre ruidosa apoteosis, que a Magdalena Romero le han adjudicado también el premio de honor, máxima recompensa al mé-

rito, y le entregan además el diploma que la acredita para la enseñanza, la joven siente que los ojos se le nublan de lágrimas. Para desahogarse mejor se abraza a su íntima, fiel y mejor amiga, María Rosa Quintero.

Ahora, sentada en el borde de la cama, en el más pequeño de los dormitorios de la Normal, recuerda los incidentes y detalles de la velada de la víspera. La luz tibia del amanecer, penetrando por las grandes ventanas, baña su frente pensativa, iluminándola suavemente. En sus ojos claros hay melancolía, tedio confuso, inquietud oscura. Tan abstraída está con sus pensamientos, que apenas se percata de cuanto ocurre en torno de ella.

En el pequeño dormitorio reina un caos sorprendente. Los estrechos catres de hierro, como las mesitas de luz, están fuera del acostumbrado lugar; puestos en desorden, rompiendo la habitual simetría del año, desnudos ya de sus blancos y limpios cobertores. Los sencillos lechos, desprovistos de todo adorno, ofrecen aspecto curioso de osamentas; son como esqueletos de muebles. Así, revueltos, anarquizados, dan también la impresión de que se aliviaron de la simetría tiránica de muchos meses; de la callada disciplina que los mantenía colocados en fila, inmóviles, con rigidez de autómatas y pasividad de soldados.

Sobre las armazones, en los veladores, en el mismo físico suelo, esperan la llegada de los faquines los gran-

des baúles, las maletas de viaje, los paquetes, los misteriosos atados; balijería de todo estilo y tamaño, y toda calidad. El equipaje de Magdalena es más bien precario: un baúl antiguo, de medianas dimensiones, y una maletita; en cambio, tuvo que hacer varios paquetes para acomodar premios y regalos.

Se podría pensar que todas están de viaje; muchas se quedarán, empero, en la ciudad, donde tienen sus casas y familias; otras se irán al campo, a pasar la vacación en fincas de sus allegados, o a los pueblos de su residencia.

Sumida en hondas reflexiones, Magdalena no se da cuenta de la actividad alegre de las compañeras de dormitorio. La expresión de su rostro se ha tornado más triste, más compungida. De pronto, como sorprendida, oye la voz afectuosa de María Rosa que la interroga.

—¿Qué tienes, Magola? ¿En qué piensas tánto?

—¿Yo?... Pues en nada. Se me va la imaginación tras la primer bobada que se me ocurre.

—No te creo. Tú siempre estás soñando; pero ahora no es eso; lo que te veo es muy preocupada.

—Preocupada, ¿por qué?

—Lo mismo me estoy preguntando hace rato. ¿Por qué te preocupas? ¿Por qué te pones cavilosa sin necesidad ni motivo?

Magdalena suspira. Por sus ojos claros cruzan luces alegres y furtivas que en seguida se apagan. Sonríe dulcemente.

Acercándose más, María Rosa pasa delicadamente los dedos por los cabellos de su amiga, sedenos y espesos, casi rubios. Las dos tienen la misma edad, parecidos cuerpos finos y esbeltos; pero la tez de María Rosa no es blanca como la de Magdalena, sino trigueña y sonrosada; su carácter es distinto también. ¿Qué raras afinidades electivas aproximaron temperamentos tan diferentes y aparentemente contradictorios?

—Oye —vuelve a hablar María Rosa simulando tono de enfado y autoridad—: me vas a prometer, Magola, que cuando salgamos de aquí dejarás en un rinconcito todo pensamiento desagradable. ¿Entendido? Desde este momento, nada de ideas tristes ni preocupaciones feas. ¡Bonito programa sería el nuestro, que con tan lindo verano y tanta diversión como nos espera, fuéramos a salir desde ahora entonando respuestas, viéndolo todo negro, y con las caras afligidas como penitentes de cuaresma!

—Pero si te digo que no estoy triste.

—Así quiero verte; contenta de veras, dispuesta para la alegría a todas horas. Ya verás qué bien lo hemos de pasar en la finca de mi familia. Serán dos meses deliciosos. Caballos, columpios colgados bajo los árboles, baños en las quebradas; al atardecer, nos

tenderemos en los prados, o subiremos a las lomas, a ver ponerse el sol. ¿Te gusta el programa?

—Me gusta, sí; ha de ser delicioso— exclama Magdalena súbitamente entusiasmada—. Sobre todo subir a las lomas, cuando el crepúsculo comienza.

—Pues lo que te anuncio, y mucho más, vamos a hacer en breve.

La llegada de los faquines interrumpe el diálogo. Rápidamente, el pequeño dormitorio comienza a quedar vacío. Por dos grandes puertas que dan al ancho corredor interior va desapareciendo toda la vida que le daban a la familiar estancia camas, veladores, ropas diversas, y esos femeninos y sencillos adornos que le imprimían tanto carácter.

Las que primero parten se despiden de las que quedan, con abrazos, besos y lágrimas, formando durante largo rato grupos confusos y primaverales que la ternura aprieta, que la íntima emoción sacude y conmueve.

Rezagadas, Magdalena y María Rosa les dicen adiós en la puerta a la directora y a las profesoras de último curso. Un traje sastre, sencillo y de claro tono, ciñe el cuerpo gracioso de la primera. Bajo el sombrero de fieltro los cabellos se recogen en ondas. El sol brilla ya con intensidad, pero no ha logrado encenderle aún las mejillas tersas; o es la emoción de la despedida, porque una palidez acentuada le cubre la faz.

—Adiós...

—¿Hasta cuándo será?

El automóvil placero, que ha de conducir las a la Estación, se pone en marcha suavemente. Magdalena no vuelve a hablar durante varios minutos, y apenas parece atender la regocijada charla de su amiga. ¿Qué seguirá ahora, Dios mío? ¿Qué le reservará el porvenir incierto y misterioso? Siente, casi materialmente, que algo se desprende de ella, de su alma; que hilos tenues y vivos se van rompiendo a medida que se aleja de aquel refugio grato de tantos años. ¿Cómo no llorar, cómo no acongojarse, si es su pasado entero, dulce y querido, lo que se queda allí, perdido talvez para siempre, porque la vida la empuja ahora, enigmática y grave, hacia destinos ignorados que han de apartarla acaso definitivamente de lo que fue?

II

La una en la ventanilla del vagón, la otra en la orilla del ancho andén colmado de viajeros y curiosos, Magdalena y María Rosa se despiden de nuevo, los ojos húmedos y las voces trémulas de ternura. Se han despedido ya cinco veces con ésta. Por acompañarla, María Rosa vino con su amiga hasta la ciudad, dejando la apartada finca rural donde pasaron alegremente dos meses fugaces de inolvidables vacaciones.

Ahora está allí, Magdalena Romero, esperando el momento de partir hacia el ignorado lugar a donde la han destinado. Contenta porque va a trabajar; porque sus inquietudes se han desvanecido, al menos por el momento, con la consecución de una modesta plaza de maestra; mas no puede sustraerse del todo al melancólico sentimiento en que su alma se anega, pensando que al término del viaje no la esperan más que gentes desconocidas y cosas extrañas para ella.

Por fin, el tren se pone en marcha. Cuando, dejada atrás la ciudad, comienza a correr por entre campos sembrados de cortijos, Magdalena olvida su propia pena para descansar la mirada en la silenciosa contemplación del fugaz paisaje. Praderas, bosques, ciénagas soñolientas pobladas de pájaros... Pronto,

sin embargo, sus pensamientos la hacen concentrar en sí misma. Apoyada la cabeza contra el espaldar del asiento, caídos los párpados en actitud de dormir o soñar, el recuerdo de los recientes días le acude a la mente con patética tenacidad. Todo lo evoca su memoria, hasta los mínimos incidentes y los detalles más insignificantes.

Durante largo rato vuelve a vivir con la imaginación las ocho semanas transcurridas en la pequeña estancia rural. Cuán veloces pasaron las dichosas horas, que acaso nunca más habrán de tornar! Magdalena recuerda con gratitud el interés constante de María Rosa por hacerle agradable la permanencia allí, su ingeniosa inventiva para improvisar distracciones; pero recuerda sobre todo el empeño que puso en cumplir con fidelidad el programa que le anunciara aquella mañana en que abandonaron el colegio. Todo fue, en efecto, larga y continua fiesta campera: las excursiones a caballo, los baños en las bulliciosas quebradas, los paseos por el llano, los atardeceres en los collados; y luégo, bajo las noches tibias, la familiar tertulia, los ingenuos juegos de prendas, los animados bailecitos.

En todo ese tiempo, ¡qué dulce calor de hogar! ¿Qué son, en verdad, las alegrías campestres, los hondos deliquios que el contacto con la naturaleza procura, comparados con el gozo recóndito del espíritu que se inunda de paz y se regocija con los afectos que lo envuelven? Porque eso fue cabalmente lo que la

rodeó a toda hora: atenciones, cariño, amistad sincera y sin interés; gratos halagos de que tan menesterosa estuvo siempre su alma.

Mientras el tren avanza hacia lo desconocido, irrevocable y trepidante, impetuoso y raudo como lo que quiere escapar del tiempo, Magdalena comprende que una atmósfera de soledad la va circundando. Y se sobrecoge de angustia. ¡Soledad! Grande y amarga sensación de estar nada más que consigo mismo, de hallarse lejos de los otros, entregado a las propias fuerzas, frente al enigma de los hados. Sentirse débil y poderoso a la vez, enorme y pequeño, orgulloso y humilde porque nada se espera ni se pide, y porque, a pesar de todo, se camina de la mano de la esperanza. Quien no ha sentido su cósmico aliento, ni se percató de su pesadumbre trocada en fardo de adversidad o en áspera carga de incomprensión, ignora lo que es el verdadero sabor de la vida, desconoce su propia conciencia. Pero la soledad de Magdalena es sentimental nada más, de mujer que quiere repartir sus tesoros espirituales, sintiéndose millonaria de ellos, o anhela confusamente encontrar a quién entregarlos y confiarlos.

Mira en torno suyo y sólo ve rostros indiferentes, gestos cansados. A quien va en un vagón de ferrocarril, y a nadie conoce, le ocurre lo mismo que a quien camina por las calles de la ciudad donde jamás estuvo: cree hallarse en medio de un desierto; y sin embargo, apenas puede moverse por entre el gentío. Lo

rozan, lo empujan, lo atropellan, cual si fuese algo inerte, o perteneciera a especie extraña de la humanidad. Lo miran sin verlo; acaso lo oyen sin escucharlo; pasan junto a él, y no lo perciben; si cayera muerto, o accidentado, se detendrían acaso un momento con curiosidad, y continuarían su marcha despreocupada. Y es que el hombre camina entre sus semejantes, ceñido con las vestiduras de su egoísmo, abstraído en la contemplación interior de sus propias conveniencias. Fué de él nada más existe; convenciones, mentiras, instintos, cálculos, lo aproximan a los demás de modo superficial y con desconfianza.

Aburrida, y cansada también, intenta leer en el pequeño volumen que lleva en la maletita. Pero vuelve a pensar, obstinada, buscando sus sueños, perdiéndose en el laberinto de sus cavilaciones. Y así se queda mucho rato, hundida en agradable y tibio marasmo. Perdida toda noción de distancia y de tiempo, toda preocupación del término del viaje.

Y así está aún, cuando la sacude el timbre imprevisto de una voz firme y sonora, que pregunta con insistente apremio:

—¿La señorita Magdalena Romero, viaja en este vagón?

El que habla es hombre quincuagenario, afeitado con curia, vestido con sobrio aliño; lleva anteojos claros engastados en oro. Casi a continuación, y hasta con visible impaciencia, repite su pregunta:

—¿No viene aquí la señorita Magdalena Romero?

—Mi nombre es ese, señor. . .

—¿Es usted la nueva maestra? . . . Recibí un telegrama en que me anuncian su venida y me ordenan atenderla debidamente.

—En tal caso, estoy a sus órdenes.

Tras de breve pausa, el hombre de los anteojos aclara:

—Soy el inspector local; Eulogio Barrios, para servirle.

—Muchas gracias, señor.

—¿Trae mucho equipaje?

—Nada más que un baúl, y esta maletita.

—Ajá —dice el inspector riendo y como avergonzado de su pregunta—; bueno, ya debí suponerlo.

Se vuelve hacia un faquín astroso, que merodea por allí cerca, para darle órdenes, y tomando la pequeña maleta, para llevarla él mismo, se ponen en marcha hacia el centro del caserío. La Estacioncita queda en las propias afueras; la plaza mayor ubica bastantes cuadras más allá, al extremo de largo camellón. Inspector y maestra avanzan a pie, buscando la sombra de los precarios aleros para defenderse del ardoroso sol y del polvo que el viento levanta.

Magdalena mira con sonriente curiosidad las casas humildes, en su mayoría de una sola planta, que

se alinean a lado y lado de la calle, reverberantes de jalbegue, interrumpidas a trechos por solares vacíos, o por huertos frondosos. Hay varios árboles a lo largo del camellón, cargados de fruta. Tras de algunas cercas de guadua y tapias de adobe asoman más árboles, y una que otra palmera inmóvil. Acaso por la fuerte solana, o por la escasa población, contadas personas transitan a esa hora por las desiertas calles; las que se cruzan con el inspector y la joven andan despacio, sin afán, persuadidas talvez de que allí sobra tiempo para todo. Saludan al inspector con mucho respeto, miran curiosas a Magdalena, y continúan su lento tránsito.

El camellón es, sin duda, la principal arteria local, por lo menos en parte, pues a trescientos metros de la plaza mayor cambia de aspecto y adquiere cierta animación. Hay varias tiendas de comercio, surtidas cantinas, y tal cuál oficina particular. Y anuncios vistosos y extravagantes, hechos a brocha gorda.

En la citada plaza, tradicional característica de los pueblos pequeños, se alzan las torrecitas del templo, erizadas antenas que se destacan sobre las achatadas viviendas. Allí están también las oficinas públicas, la peluquería de Otoniel Tisquesoy, dos agencias de compras de café, y algunas residencias privadas. En el centro hay un parque, con kiosko y avenidas enarenadas.

Magdalena lo mira todo con repentina simpatía. Le agradan el ambiente tranquilo, el aire de paz que se

respira, la placidez que adivina en la vida sencilla del vecindario. ¡Qué apacible y quieta ha de ser la existencia allí —piensa— y qué descansada para el ánimo! Compara mentalmente el relativo silencio local con el permanente estrépito ciudadano, el pausado andar de los transeúntes puebleros con el atropellador trajín de los habitantes de la urbe. Si es que parece pequeño mundo aparte, humanidad distinta. Verdad es, por supuesto, que los días deben de ser allí tan parejos, tan exasperantemente monótonos; y la alegría tan dosificada. Vida de pueblo, pues, igual en todas partes. Mas, ¿qué importa si para ella, Magdalena Romero, eso no cuenta ni ha contado jamás; si para su espíritu resulta lo mismo continuar existiendo como ayer, como hoy, sin goces mayores ni júbilos extraordinarios, nada más que con la menguada alegría que lleva consigo, y que en el fondo es sólo una tristeza resignada, callada y humilde?

El inspector rompe de pronto el silencio para decirle:

—¿Le gusta el pueblo, señorita?

—¿Qué dice, señor? —responde Magdalena como volviendo con brusquedad de un sueño—. Ah... ¿el pueblo? Me gustó desde el primer momento. Bonito y tranquilo, ¿no?

—¿Bonito? ¡Quién sabe! O será que viéndolo todos los días se nos hace feo y pobre. En cuanto a tranquilidad, sí le puedo garantizar que si usted es aficionada a ella se encontrará en un paraíso.

M A G O L A

El tono con que el inspector pronuncia las últimas palabras, rara y ostensiblemente acentuado, obligó a Magdalena a mirarlo con mayor atención, pero le agradó sorprender nada más que insólito brillo en los anteojos falaces.

Más adelante torna a hablar, deteniéndose.

—La dueña de esta casa es la señorita Tomasa Dueñas, dama honorable y seria a carta cabal. Aquí vivirá usted, al menos por algún tiempo si es que no se amaña y queda del todo. Me parece que se amañará, porque ella es sola y soltera, y persona de fina educación.

La vivienda ante la cual están tiene ancha fachada y bastante pátina; pregona su antigüedad respetable. Paredones de media vara, enorme portón, pisos empedrados con laja a la entrada y en los patios; en el interior todo es viejo y cuidado con sumo esmero. Hay mucha sombra, matas por todas partes, vetustez indudable. Y un orden terrible e impresionante.

Tres aldabonazos atraen a la puerta a la propietaria.

—Muy buenas tardes, señorita Dueñas. Ya presumirá usted quién viene conmigo.

Y agrega, haciendo sendas reverencias:

—La señorita Dueñas... La nueva maestra, señorita Romero...



Las dos muchachas se contemplan con curiosidad e interés. Saludan, sonríen; pero en la actitud de la primera hay cierta reserva, y un aire discreto de etíqueta.

De pronto, ante la actitud vacilante de la recién llegada, exclama con más afable acento:

—Desde ahora esta casa es la suya, señorita Romero. Y usted, don Eulogio, despreocúpese por completo, que todo queda de mi cuenta.

El inspector hace algunas recomendaciones, y se marcha en seguida.

—Estará fatigada —observa Tomasa no bien quedan solas—. Voy a llevarla a su habitación, para que descanse. Después tomará algún refrigerio.

—No, no estoy cansada, señorita Tomasa.

Esta se vuelve bruscamente.

—¿Tomasa dijo?

A continuación explica riendo:

—Dispéñseme, pero prefiero que me llamen con el diminutivo. Es una tontería, bien lo sé, pero así somos las mujeres. Pagadas de minucias.

—Lo tendré bien presente. Por lo demás, suena mejor así como a usted le agrada.

—Y a usted, ¿cómo le gusta que la nombren?

—¿A mí? De cualquier modo. En la Normal todas me llamaban Magola. Aunque no faltaba quien me

dijera Romero a secas, por el sólo apellido, como acostumbran entre hombres.

—¡Qué horror!

El cuarto da sobre la calle; es espacioso, con rojo piso de baldosas y enrejada ventana; las paredes cubiertas con papel de desvahído color. En un ángulo se ve la cama de madera labrada, con su mesilla de luz; sobre ésta, pequeño jarrón con claveles. El resto del mobiliario lo integran dos pesados armarios, el lava-manos con su espejo, un bargueñito, dos sillones. Sobre la cama hay un cobertor de terciopelo bordado.

—Esta es su pieza, señorita Magola. Usted la arreglará mejor, a su gusto y capricho.

—Pero si no hay nada qué hacerle.

—¿Le parecen bien dispuestos los muebles? Los repartí en los cuatro ángulos consultando la luz y la simetría; sobre todo la simetría. No imagina usted el efecto tan agradable que me producen las cosas colocadas con orden, en el sitio preciso que les corresponde. Así como lo que sufro cuando veo algo fuera de su lugar, o torcido, o desentonando.

Tomasa Dueñas habla con parsimonia, y su voz es grata y tranquila. Cierta gordura sedentaria le da aspecto plácido, sin deformarle la silueta, pero haciéndola parecer algo mayor de los treinta y cinco años que tiene. Viste con suma sencillez, a la moda

anterior; los dedos los lleva cubiertos de sortijas, su único adorno. Cuando ríe, seducen el suave timbre de su risa, la cuidada integridad de los dientes.

Con volubilidad, inquiere luégo:

—¿Nunca estuvo aquí, señorita Magola?

—No, nunca; es la primera vez que vengo. Y también el primer viaje que hago.

—¿No le gustaba acaso?

—No tuve jamás oportunidad de hacerlo; lo más lejos que me ausenté de la ciudad fue a los campos, de paseo a fincas de amigas.

—Pues se parece en esto a mí. Yo tampoco he abandonado este pueblo en toda mi vida.

Tomasa suspira, permaneciendo pensativa; por su frente tersa, empolvada con polvos de arroz, pasan leves nubes. ¿Qué visiones pretéritas desfilan fugaces por su mente? ¿Qué vagos sueños cruzan por su imaginación cual navecillas zozobrantas?

Sola por fin, Magdalena compone su rostro ante la vieja luna del lava-manos. Sonríe pensando en la antigüedad de ese espejo venerable, con aire de cornucopia romántica, confidente seguramente de quién sabe cuántas damiselas de antaño y cuántas ingenuas vanidades. Los viejos espejos son como las aguas inmóviles de los pozos y los lagos que jamás agita la brisa: dan la sensación de que en su fondo está el

misterio; producen la inquietud de que al moverse se levantarán de improviso pájaros que permanecían ocultos, rumores cuya existencia no se sospechaba. En los espejos caducos los pájaros son los fantasmas, los recuerdos dormidos; los rumores son las voces imperceptibles, ideales, que hablan desde el pasado y resuenan espiritualmente con tañido de campanas livianas desde campanarios de sombras.

Sorprendida de ver su faz en el fondo de la luna, incierta y borrosa, pasa instintivamente los dedos por la pulida superficie. Pero no hay polvo allí. Lo que le pareció sutil capa de tierra es nada más que patina, barniz impalpable del tiempo, velo intangible de años. ¡Qué extraña transparencia la de ese espejo que a pesar de su claridad copia tan sólo formas imprecisas, confusas!

Se asoma a la ventana, para escudriñar la calle tranquila; mira hacia arriba y hacia abajo. Nadie, ningún transeúnte en tal momento. El resistero continúa con toda su fuerza; brilla en el empedrado, arranca crudos lampos que ofuscan, del jalbegue de las fachadas. Por la esquina de arriba pasa una vieja cargada con enorme canasto, después un muchacho arriando un burro. Magdalena vuelve entonces los ojos hacia la vivienda de enfrente. Portón y ventanas están cerrados, pero le ha parecido ver que las hojas de una de éstas se movieron cautelosamente, y que, por las rendijas oscuras, unas pupilas observaban con curiosidad.

III

Hacia el atardecer, pasadas las cuatro, Tomasa Dueñas entra en el cuarto para avisarle que el inspector local la espera en la sala.

—Don Eulogio está allí, para llevarla a que conozca el local de la escuela. Queda a cinco cuabras de aquí, no más, doblando la esquina. Le va a tocar inaugurarlo, pues el edificio es reciente, aunque resulta todavía pequeño para el personal de alumnos que hay.

—¿Son muchos, pues?

—Lo bastantes para proporcionar más de una jaqueca; digo, por el ruido que pueden hacer tantas voces juntas.

—A mí no me molestaría eso.

—Ah, ¿no? Pues dichosa usted. La envidio de veras. En todo caso, quedará más aliviada que su antecesora del año pasado, a la que le tocó lidiar un personal más numeroso. ¡Imagine! Un completo enjambre. Ahora felizmente resolvieron crear otra escuela, con la que vienen a ser tres las que hay. Así el trabajo quedará mejor repartido.

—Por muchas que sean, me parece que me entenderé bien con mis niñas.

—Y con sus niños, diga también.

—Ah, ¿de modo que es escuela mixta?

—O escuela revuelta, para hablar con más propiedad. Calzoncitos y enaguïtas, querida señorita Magola. Pero esto es cosa nueva, de ahora, de la moderna reglamentación.

A poco, Magdalena camina al lado del inspector, quien le va dando explicaciones. Recorren ancho callejón, largo y apisonado con tierra y cascajo; cuyas últimas casas se pierden entre potreros y montes, ya en plena jurisdicción del campo. Al final está el puente, con su vistosa placa conmemorativa destinada a inmortalizar al dinámico funcionario que lo construyó en época de auge fiscal; puente que pasa como pidiendo perdón por sobre una quebrada de escasas aguas, sojuzgada por las lavadoras del pueblo. El local de la escuela, de teja y ladrillo, y fachada recién pintada, tiene dos aulas, y dos habitaciones más, que sirven de despacho. En la parte de atrás hay un patio espacioso para recreo, con casillas sanitarias.

—Parece colmenar vacío, ¿verdad? —anota el inspector—. Estos bancos son como celdillas en espera de las abejas. Cuando se animen con la presencia de los muchachos, ya verá usted qué aspecto tan diferente.

—Sí, ha de ser muy alegre, don Eulogio.

—Justo y cabal; ha dicho bien. Bullicioso y alegre. Usted se distraerá con todo esto, y aunque al principio la molestará un poco el barullo, acabará por acostumbrarse. Día llegará también acaso en que no pueda prescindir de ello. Y a propósito, señorita Romero: entiendo que es primera vez que le toca enseñar.

—Primera vez, don Eulogio; soy pura neófita. Pero confío en que no lo haré demasiado mal.

—Claro que no. Usted viene bien recomendada. Además, el oficio es relativamente fácil y sencillo, y propio para la mujer. Más que cabeza, necesita espíritu y corazón; corazón, sobre todo.

Magdalena repite mentalmente:

“Espíritu y corazón; corazón, sobre todo”.

—Como no tiene aún la experiencia del caso —continúa el inspector—, y mis funciones son éstas precisamente, quiero decirle, aunque parezca redundancia, que desde ahora me pongo a su entera disposición para cualquier consulta. Soy su natural asesor, y si a usted le place será también su consejero y amigo.

—Así lo entiendo, don Eulogio; y le doy las gracias. Desde que llegué he pensado en que no tengo amigos aquí, ni conozco a nadie.

—Oh, en cuanto a eso... Ya verá cuántas amistades va a conseguir en breve.

Tras de corta pausa, el inspector agrega con cierta intención:

—Todo es que las escoja bien... y le duren.

Han salido ya a la puerta, para regresar.

—Mañana hay que abrir la matrícula. Vendré un rato a ayudarle, y hacerle algunas indicaciones. Las tareas debe empezarlas pronto, esta misma semana.

La presencia de un individuo vestido estrafalaria-mente, que se detiene enfrente de ellos, con evidentes manifestaciones amistosas, los interrumpe. Sus rasgos pregonan treinta años cumplidos, y su caprichosa figura parece escapada de una estampa del final del siglo pasado. Detonante corbata, guantes color *café*, sombrero hongo y bastón, lo decoran bizarramente. En la solapa luce fresca y enorme flor. Al pararse se ha inclinado con reverencia, descubriéndose cortesmente, y enseñando al reír los dientes grandes y amarillentos.

—¿Quién es? —pregunta Magdalena intrigada.

—Supongo que su primer amigo —murmura con sorna el inspector.

Pero repone al punto:

—Es el novio de todas las muchachas del pueblo. Por lo que veo, le gustó usted también. Pero no tema nada: es hombre inofensivo. Se cree un elegante, y le agrada prestar pequeños servicios. ¿Quiere que se lo presente?

—Pero...

—No, no; si es pura broma. No siempre tendrá usted que tomarme en serio. El garrido caballero que tiene delante figura entre las escasas atracciones del pueblo; o entre sus repulsiones, si lo prefiere así. Es muy popular. Todo el mundo lo llama Matías, pero algunos, menos piadosos, le dicen tonto y bobo, como si no estuviera a la vista su desdichada condición.

Magdalena comprende. Luégo, volviéndose hacia él, con súbita simpatía, corresponde con amable sonrisa al ceremonioso saludo. Lo que basta y sobra para que el estrambótico sujeto, dándose por bien servido, prosiga su marcha jactanciosa.

Con el atarceder, el pueblo se ha animado más; hay movimiento ya en las calles casi desiertas hasta hace poco. Eulogio Barrios debe de ser persona de mucha pro, a juzgar por la cantidad de saludos que va repartiendo. Son gentes que pasan, o se están paradas en las esquinas y en los quicios; vecinos de variada condición social, pero que parecen unidos por lazos ocultos y maravillosos de solidaridad cierta o simulada. Tal vez el vínculo pueblero, tan adherente, tan humano.

—Salud, don Eulogio.

—Buenas tardes, don Ismael.

—Adiós, don Eulogio.

—A los pies de usted, misió Delfina.

—Don Eulogio, ¿cómo le va?

—Para servirle, doctor Aguirre.

El inspector le explica a su compañera:

—Este es Carlos Aguirre, el médico, cuyos servicios ojalá usted no necesite nunca. La señora que pasó hace poco, doña Delfina de Bastidas, esposa del juez municipal, don Serapio. Un funcionario vitalicio. Y aquel que saludé primero, don Ismael Martínez, el hacendado más rico de la región. Hombre serio y algo ordinario de modales. Su esposa, doña Piedad Orrego, hace honor a su nombre como mujer caritativa y devota.

—Adiós, don Eulogio —le gritan afablemente desde el interior de un local por cuya puerta pasan en ese instante.

—Muy buenas tardes, Otoniel.

—Bien acompañado, ¿eh? ¡Y que vivan las buenas mozas!

Magdalena enrojece y sonríe levemente.

—Este es Otoniel Tisquesoy, el peluquero de más clientela; un fígaro gracioso de nacimiento. ¿No le parece bien chistoso? Porque mire que eso de hacer sugerencias amorosas respecto de un hombre que ya pasó de los cincuenta...

—No es usted viejo, don Eulogio.

—...y con mujer y varios hijos...

—¿Niños pequeños, don Eulogio?

—...y con responsabilidades como las que yo me cargo... ¿Qué me decía usted? Ah, sí. Un niño y una niña, pero ya mayorcitos, de colegio. Y a propósito: entiendo que sus discípulos serán lo más granado del pueblo. En esto hay cierta novelería, por supuesto. Entre sus futuros alumnos está Angel Martínez, un jovencito de diez años, único hijo varón del matrimonio Martínez-Orrego. Sus dos hermanas, Rosalía y Cristina, son mayores que él y están ya señoritas.

—¡Lástima que los niños de usted no necesiten escuela!

—Sí, es lástima. Se pierden la mejor maestra. Pero volviendo a Angel, la prevengo que es muchacho bastante difícil de manejar; muy rebelde, muy díscolo. Lo criaron con demasiado mimo, sin ponerle freno ninguno a sus impulsos y caprichos.

Al anochecer, después de la temprana merienda, Magdalena, que cuenta con retirarse pronto a descansar, ve invadida la casa por muchas visitas. Vienen a saludarla, cumpliendo así con la tradicional costumbre local de hospitalidad y cortesía. En primer término, la familia del inspector: una señora apática, que habla a medias palabras, y dos chicos, hombre y mujer, de quince y dieciséis años. Acudieron también Matilde Salcedo, mujer del albéitar; el Padre Segismundo Losada, que permanece poco; doña Delfina de Bastidas; el maestro Marcos Leguiza-

mo; Sara Luján, la otra maestra; y varias señoras y señoritas de condición indefinible y edades varias.

Tomasa Dueñas, atenta y cautelosa, mientras Magdalena atiende a la conversación animada e inquisidora, analiza y pesa la cantidad y calidad de los visitantes. Gente buena toda, sin duda; pero pobre en su mayoría. En los pueblos las diferencias sociales son relativas, casi nominales; la vida común, monótona y sin complejidades, los iguala a todos; los empareja bajo la coyunda de su trivialidad, su sencillez, su simplicidad cotidiana. La existencia fastuosa, el lujo, la facilidad de gastar el dinero, que en otros lugares acentúan tanto las diferencias entre los hombres, no tienen allí combustibles ni fuentes que los alimenten. Y sin embargo, siempre se encontrarán, hasta en la aldea más insignificante, las barreras que separan grupos de grupos; siempre habrá, por lo menos, el más pobre y el menos pobre, el vecino importante y el vecino sin posición ni influencia.

Se adivina el ostensible empeño de inspirar simpatía a la recién llegada; ríen con cualquier pretexto, cuidan lenguaje y gestos, vigilan ademanes y actitudes. A cada cual lo mueven ocultos e irrevocables propósitos de mostrarse agradable. Pero quienes más se empeñan en ello son Marcos Leguízamo y la maestra Sara Luján. Matilde, la mujer del albéitar, no aparta los ojos de Magdalena; y en cuanto a la señora del inspector, justo es anotar que su discreción es algo perfecto, pues a todo lo largo de la visita no ha

hecho más que dormir y dar cabezadas. A sus lados sus hijos, inmóviles y callados en sendos asientos, son vivo ejemplo de buena educación juvenil y evidente demostración de pasiva obediencia.

No queda gente ya en la sala cuando suenan las nueve. La noche es fresca, y aunque obscura hay tenue claridad de luz de estrellas y luceros. Por la abierta ventana entra también el resplandor difuso del farol municipal de la esquina.

Tomasa se levanta para apagar la bombilla, mientras dice:

—No se retire todavía, señorita Magola. Charlaremos un rato más en esta media luz, si le agrada.

—Cómo no; lo que a usted le plazca.

—Sentémonos aquí, junto a la ventana. Observe qué quietud y qué completo silencio hay en el pueblo. Después de esta tanda de visitas que le cayeron de seguido, la supongo justamente cansada. Gracias a Dios también que dejaron las criaturas en casa. ¿Se da cuenta de lo odioso que es ver niños en una visita? La mantienen a una sobre ascuas, con sus movimientos desordenados, su manía de tocarlo todo, su impertinencia y necesidad.

—Pero los hijos de don Eulogio. . .

—Son algo bien distinto por cierto. Honrosa excepción. Ese par de criaturas parecen viejos ya, por su seriedad y juicio. Verdad es también que tienen

un padre que es dechado de educación, y aunque la madre es indolente ello no obsta para que los hijos sean muchachos modelos.

Sentadas sobre el ancho alféizar, en sendos cojines de raso, muy juntas, le dan la espalda a la solitaria calle. Magdalena percibe el tibio calor del cuerpo de Tomasa, siente su respiración tranquila, atrapa por momentos el brillo fugaz de sus pupilas. Y se perca-ta de que estando así, tan cerca, comienza a nacer insensiblemente una espontánea intimidad.

—La vida en común —dice la señorita Dueñas—, porque supongo que su permanencia en este pueblo ha de ser larga, nos hará necesariamente amigas. Usted es sola en el mundo, también yo. Me han dicho que no tiene deudos. . .

—No, a nadie; soy huérfana.

—Pues yo tengo apenas unos allegados remotos, que es lo mismo que no tenerlos. Viven en lugar muy distante. Por lo demás, me lo he pasado bien sin ellos.

—¡Tener familia, parientes! —suspira Magdalena como si se preguntara: ¿qué tal será eso?

Su interlocutora habla de otras cosas. La ciudad lejana le inspira vago interés, anhelos confusos de conocerla aunque sea a través de referencias e historias. Sin duda Magdalena puede darle muchas noticias. Con que evocara nada más sus recuerdos, podría darle idea de esa existencia diferente, colmada con

seguridad de emociones múltiples. Pero Magdalena, avergonzada, tiene que confesar que sabe tanto como Tomasa misma, y acaso menos que ella. ¿Qué puede saber, en verdad, la pobre muchacha criada en un internado, crecida a la sombra del claustro, sin otro horizonte que las propias paredes del colegio, el cielo de todos los días, los fugaces paisajes rurales de los paseos en comunidad? ¿Qué ha de saber una niña casi, cuya vida se deslizó al margen de toda sociedad, en el retiro ingenuo de la casa austera y tranquila donde conoció las primeras letras?

Cuando por fin se ve sola en su cuarto, despojándose lentamente de las ropas, mientras aguza los oídos para pescar rumores en el lago quieto de ese silencio provinciano, Magdalena trata de recapitular los incidentes de la jornada. ¡Cuántas cosas le han ocurrido en un solo día! ¡Cuántas emociones en el término breve de algunas horas a través de las cuales le parece que se filtró su propia vida para transformarse, iniciando otra ruta, o hacerla nacer de nuevo acaso en el distinto mundo que apenas principia a conocer!

IV

Temprano, a las siete, Magdalena está ya instalada en la habitación destinada para despacho. Es un cuarto espacioso, comunicado con el patio interior, con dos altas ventanas y muebles sencillos. En otra habitación, que queda contigua, y es más pequeña, hay hacinamientos de bancos, tableros, cajas con libros y útiles, ábacos y algunas herramientas agrícolas. Hacia la calle dan las dos grandes aulas, solitarias, desnudas, limpias por el reciente paso de las escobas. Todavía se percibe el olor de la pintura puesta hace poco, el vaho tierno de las maderas nuevas, pareciendo que se paseara por allí la sombra o el alma de los albañiles sucios de tierra.

Tras de angosta mesa, sobre pequeña plataforma, Magdalena atiende con gesto risueño la tarea monótona de la matrícula. Tiene abierto ante ella un enorme libro donde anota cuidadosamente nombres y particularidades. Como la inscripción se inició con algún retraso, la gente se apresura, haciendo larga cola en espera de turno. Son padres de familia, viudas, tutores, acudientes de hijos sin padres o con padres ausentes de la localidad.

Cerca de las once, un señor corpulento, de rudas maneras y áspera y gruesa voz, con vestidos de cam-

po, entra en el improvisado despacho. Camina pesadamente, y sus pasos son largos y seguros. Asido de la diestra trae a un muchacho trigueño, delgado, de aire rebelde y enfurruñado. Atropellando el turno, voceando, a tiempo que se arranca de la testa el ancho sombrero:

—Señorita, aquí se lo traigo para que lo conozca de una vez. Como será su discípulo, le advierto que hay que andarle durito, porque tiene el genio rijoso. Usted verá qué hace con él.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién, yo?

—Bueno, usted también. Pero me refería al niño.

—Yo soy Ismael Martínez, hacendado, para servirle.

—¿Ismael Martínez? Ya lo había oído nombrar, me parece.

—Talvez Eulogio Barrios, el inspector, pudo hablarle de mí. Ayer que nos encontramos en la calle yendo usted con él, y nos saludamos.

—Sí, eso es, ya recuerdo.

Magdalena comienza a extender la matrícula respectiva.

—¿Cómo dice que llama el niño?

—Angel Martínez Orrego.

—¿Su edad?

—Diez años.

—¿Padres?

—El suscrito y Piedad Orrego. ¿Tengo que echar toda la parentela?

—No, no; es suficiente, don Ismael —explica Magdalena sonriendo con amabilidad—; pero sí va a darme otros datos.

—Usted dirá.

—¿De dónde es oriundo el niño?

—¿Oriundo? ¿Qué es eso de oriundo?

—Le pregunto por el lugar de su nacimiento.

—Ah, bueno; a mí hábleme claro y en español. Pan pan, vino vino. El muchacho nació aquí, en este pueblo.

—¿Está vacunado?

—Claro. ¿Y qué se creía?

—Son preguntas que ordena hacer el reglamento, don Ismael.

—Sí, ya lo sé. Ahora nos reglamentan todo, hasta la respiración. ¿Cuándo hay que mandar el muchacho?

—Mañana temprano.

El hacendado se vuelve hacia su hijo para advertirle con el tono más perentorio de su vozarrón imperioso:

—Ya lo sabes, pues; desde mañana aquí, y lo mismo todos los días.

Pero el muchacho no parece escucharlo ni prestarle atención. Desde que llegó, sus ojos se fijaron con terca insistencia en el semblante dulce y melancólico de la maestra; la mira como fascinado, grave y un poco cohibido, contemplándola con pueril embeleso cuando está descuidada, y apartando con pres-teza la vista, como si observara otra cosa, cuando ella lo mira también.

El hacendado repite, para darle más fuerza a sus advertencias:

—Ya lo has oído bien; mañana aquí, temprano, y lo mismo todos los días. ¡Cuidado con ir a faltar!

Magdalena dice con voz persuasiva:

—Váyase tranquilo, don Ismael, que él no faltará. ¿No es así, Angel? ¿Verdad que me vas a prometer ser un niño cumplido?

Tras de corta vacilación, el interpelado responde:

—Sí, señorita, sí.

Angel Martínez se ha plantado cerca de la plataforma, con las piernas finas y delgadas abiertas cual invertida horqueta; sus ropas están descuidadas, sucias, delatando que anduvo por tapiales y entre rastros. ¡Falta saber cómo se las compuso su padre para atraparlo esa mañana! Sobre uno de los zapa-

tos cae, con tristeza de vela arriada, la media de algodón. Los cabellos alborotados, graciosamente crespos, pregonan su permanente rebelión contra la dictadura del peine y el sombrero.

Magdalena observa con profundo interés la fisonomía inquieta y arisca, iluminada por el temprano fuego de los ojos negros e inteligentes, y en la que ponen claridad matinal, de alba veraniega, los dientes blancos y parejos. La piel morena y tersa, es de un suave color de canela tierna; el timbre de la voz, infantil y altanero.

Ya de salida el hacendado, la maestra lo ataja:

—No se vaya sin firmar la matrícula, don Ismael Martínez se vuelve, fastidiado.

—¿Hay que firmar? ¡Caramba! ¿Para qué tanta fórmula? ¿No basta la palabra de un hombre?

Laboriosamente, garrapatea sus palotes sobre el papel. Puesta la firma, se queda contemplándola un rato, sorprendido de su obra. En tan solemne instante se inspira él mismo cierto respeto religioso. Pero da un respingo, y suelta la áspera risa, cuando se percata de que Magdalena lo observa.

Con asombro de ambos, Angel exclama resueltamente:

—Papá, yo puedo quedarme esta tarde, para ayudarle a la maestra.

—No me parece mal —asiente el hacendado, calmoso—; quédate, pues, si has de servir de ayuda más que de estorbo.

El muchacho se vuelve hacia Magdalena.

—¿Me quedo, señorita?

—Sí, quédese, Angel; cabalmente estaba pensando en buscar ayuda, pues aquí hay muchas cosas por arreglar.

A media tarde, la matrícula está concluída. El inspector vino un rato, a enterarse, dejando algunas instrucciones. Se marchó después, por tener que ver otras escuelas. Magdalena decide aprovechar el resto del día para acomodar muebles y enseres. Cubierta con largo delantal, recogidas hasta los hombros las mangas, lo que pone al desnudo sus brazos blancos y redondos, se mueve por todos los aposentos, infatigable y diligente. Angel la auxilia como puede, con sumisa y patética voluntad. El trajín, el movimiento continuo, le encendieron el rostro a Magdalena; por su piel delicada, transida de calor, corre un aljófár húmedo y rutilante.

Todo queda dispuesto al fin, y en su sitio. Las aulas parecen adquirir nueva vida ahora: simétricos, en orden perfecto, se alínean escaños y pupitres; sobre cada testero se ve un crucifijo de madera; delante, en ancho tramo, dándole cara a los bancos del salón principal, se alza el pequeño estrado para la maestra,

y a lado y lado de éste el negro tablero y el ábaco enorme con grandes cuentas de colores. Sobre la mesa descansan la campanilla clásica y un relojito de bronce. Ah, pues no faltan sino los escolares para que despierten esas aulas dormidas.

Magdalena se queda inmóvil, como vacilando.

—¿Se cansó ya, maestra? —pregunta Angel con solicitud respetuosa, viéndola todavía agitada y cubierta de sudor.

—Estoy un poco fatigada.

—Si hubiera permitido que vinieran otros muchachos a ayudar...

—¿Para qué? Con usted era suficiente, Angel. Ya ve que nos hemos bastado los dos solos.

—Pero si yo nada hice; fue usted no más...

Magdalena lo mira con expresión casi maternal. Durante la tarde entera Angel fúe un ayudante dócil y comprensivo; la ha conmovido, por otra parte, su empeño constante por servirle y serle útil. ¿Cómo es posible, pues, que diga la gente que es muchacho altanero, insubordinado y de mal carácter?

—Aquí en este lado —dice Magdalena encaminándose hacia un extremo del patio interior, y como si se desentendiera de las últimas palabras del muchacho—, haremos la huerta y el jardín. Todo pequeño,

porque no disponemos de mucho espacio, pero sí bien aprovechado. ¿Le gusta cultivar flores y legumbres, Angel?

—Yo, maestra... la verdad es que...

—Creí que le agradaba.

—No es eso; talvez sí me gusta; pero... no me han enseñado, o no he tenido tiempo de aprenderlo.

Magdalena ríe, mientras el muchacho enrojece.

—Sí, comprendo; no ha tenido tiempo, porque debe de vivir bastante ocupado. Yo le enseñaré en pocos días.

En seguida pregunta con cierto aire ingenuo:

—¿A misiá Piedad no le agrada tener huerta y jardín?

—En casa tenemos solar.

—Con muchas flores, ¿no? Y con lechugas y tomates.

—No, con árboles frutales.

—Ah, ya lo supongo: mangos, naranjos, limoneros...

—Eso es. Y una ceiba muy grande.

—Me contaron que tiene dos hermanas, Angel.

—Sí, Rosalía y Cristina. Rosalía es la mayor, pero no tiene novio.

—¿Por qué? ¿No le gusta?

—Es muy antipática; además... no es bonita.

—¿No le parece a usted?

—La gente lo dice. Pero Cristina es diferente; tiene varios novios; consigue todos los que quiere.

—¡Jesús! —exclama Magdalena volviendo a reír—; por lo visto, andan por los extremos.

—¿Quiénes, maestra?

—Pues Rosalía y Cristina.

—Es que Cristina sí es bonita; la gente lo dice también. Y es buena y simpática. Ya ve, y es la menor; apenas anda en los quince años. Rosalía tiene dieciocho largos, y parece una vieja. No hace sino rezongar, y pegarme por cualquier motivo.

—¿De veras? ¡Pobrecito! Pero consuéllese, que yo he de quererlo mucho en cambio, si se maneja bien y es cumplido y dócil.

Angel la mira con inefable y anticipada gratitud; talvez siente, o presiente que va a encontrar ahí, en el corazón de esa mujer de veinte años, maravilloso abrigo y protección de cuento de hadas. Lo cierto, lo realmente presente, es que la maestra supo ganarlo y atraerlo hacia ella con suavidad cautivadora. Le aprehendieron la voluntad rēbelde y el ánimo indisciplinado, su mirar dulce y melancólico, su voz acariciadora y persuasiva, y esa bondad que parece fluírle a flor de piel y dispersarse en el ambiente.

—Quiero pedirle algo, maestra.

—¿Qué cosa, Angel?

—Que me permita sentarme en los bancos de adelante para quedar cerca de usted.

—Y atender mejor la lección, ¿verdad? Me gusta eso. Veo que será un discípulo aprovechado. Cuente, pues, con que tendrá el mejor sitio de la clase.

—Gracias, maestra; pero lo decía también. . .

—¿Por qué más lo decía?

—Para poder verla a mi gusto.

—¿Es, pues, corto de vista?

—No, maestra; veo perfectamente.

—Ah, bueno; en todo caso, ya sabe que tiene su puesto como lo quiera.

Consultando su reloj de pulsera, Magdalena se sobresalta.

—Son las seis y media ya, y está obscureciendo. Se nos pasó el tiempo volando. Vámonos, Angel. Acompáñeme a casa.

Caminan de prisa, para llegar más pronto. Viento de atardecer, de crepúsculo, barre arbitrariamente las calles tranquilas de la población. Los faroles, encendidos de golpe, lucen con fulgor de pálidos fuegos en la agónica claridad del día claudicante. Hay vahos tibios en la atmósfera; hálitos suspensos, formados de

rescaldos calientes, de olores de monte y vegetación urbana, de emanaciones de viandas nuevas y cargadas de aliño.

Magdalena aspira el aire con honda fruición. Le agradan los efluvios puebleros, sanos y cordiales, castizos y amistosos. Ambientes así son los que la llaman: sencillos, humanos y humildes como ella misma, como sus sentimientos e ideas, como sus sueños. ¿No podría ser, pues, ésta la vida con que soñó, la existencia tranquila y sin complicaciones que ansía su alma, que interpreta mejor su temperamento, y su deseo aspira y persigue?

Tomasa Dueñas se sorprende agradablemente viéndola llegar tan alegre y animosa. Advierte que tiene las mejillas teñidas por natural soflama y los ojos iluminados por insólita lumbre.

—¡Si supiera el apetito que traigo! —exclama Magdalena riendo.

—No lo extrañe; es propio del oficio —afirma Tomasa en idéntico tono de broma.

Luégo, viendo que aquélla, en su cuarto ya, comienza a aligerarse de ropas, pregunta alarmada:

—¿Pero qué va a hacer? ¿A cambiar de vestido ahora?

—No; cogí mucho polvo, y necesito darme un baño.

—¿Un baño dice? Pero si la merienda está en la mesa. Por otra parte, me parece que ir ahora hasta la quebrada no es cosa oportuna. Lo mejor sería que lo aplazara para mañana.

Magdalena reflexiona un instante.

—¡Pues es verdad, y estaba olvidándolo! Todavía tengo en la cabeza la sensación, o la idea, de que me encuentro en la ciudad. Vamos, pues, a comer, señorita Tomasita.

Es la cuarta o quinta vez que, desde su llegada, entra en el fresco comedor. Delgada pared de cristales lo separa del patio. El aparador es grande, antiguo; la mesa pesada; un centro de plata rebosa de frutas olorosas. Asientos de cuero, de alto espaldar, circundan la mesa.

Magdalena siente, más que apetito, hambre; toda la que le despertaron la dura faena y el ejercicio material de una tarde íntegra. Pero su apetito lo cohibe la presencia vigilante y ceremoniosa de su compañera, que come con calma, meticulosamente, llevando a la boca trozos casi homeopáticos de alimento, usando cubierto y servilleta con exquisito modo, y manteniendo tal actitud de dignidad enfática, que obliga a pensar que para ella el acto simple de comer es un severo rito y no un menester ordinario y cotidiano.

V

De pie a un lado de la puerta, Marcos Leguízamo presencia con gravedad la salida de los escolares. Rí-gido, en la diestra abultado volumen, lo que le infun-de mucho carácter, su mirada atenta vigila que el ru-tinario desfile se verifique sin tropel ni desorden algu-no. Nada de apresuramiento, niños. Esa tarde, con na-tural contento de ellos, resolvió despachar a los chi-cos antes de la hora reglamentaria, porque ha de darle cumplimiento a una promesa que hizo: ayudarle a Magdalena Romero en la redacción de su informe.

Leguízamo es hombre de treinta y seis años, de los cuales hace quince precisamente que sirve en el magis-terio. A pesar de su juventud, algunas hebras grises le decoran las sienes; en la frente, sobre las cejas, se abren dos largos surcos. Lleva traje de fiestas; se afeitó con especial esmero; de su cabeza se desprende suave olor de cosmético.

En la pieza que sirve de despacho Magdalena lo es-pera, ocupada en escribir larga carta. Sus alumnos han salido ya. Sin duda está muy abstraída, porque Mar-cos pudo entrar hasta allí sin que lo sintiera, permane-ciendo en el umbral, en expectativa, por algunos mi-nutos.

Al oír leve tos, ella levanta la cabeza.

—Ah, ¿es usted, señor Leguízamo? Estaba aguardándolo. Pero dispéñseme que me haya distraído.

—No, no; pierda cuidado. Esperaré a que concluya esa correspondencia.

Leguízamo habla con cierta afectación. Su voz es pastosa y suave. Corroborando sus últimas palabras, se pone a examinar con simulado interés los mapamundis nuevos que hay sobre la pared y varios gráficos de enseñanza.

—Le escribía a una amiga —vuelve a decir Magdalena.

Suspira, y agrega:

—Es la única correspondencia que tengo, fuéra de la oficial.

—¿Amiga de infancia?

—¿De infancia? No sé . . . Amiga de colegio. Estudiamos juntas, y nos queremos como hermanas.

—Esas son de las amistades que duran.

Magdalena lo mira, tan estirado, tan pulcro, sintiendo súbita simpatía; y también cierta curiosidad. Le encuentra a Leguízamo un aire vagamente anticuado, y un carácter ambiguo, entre cándido y avisado.

—Venga siéntese aquí a mi lado, señor Leguízamo. Redactaremos el informe de que le hablé. Despacio,

para que quede de una vez, y no haya necesidad de hacer doble tarea. Me fastidian los borradores.

—Como le parezca mejor, señorita Magola.

—¿Quién sirve de amanuense? ¿Usted o yo? Me han contado que es dueño de una letra bellísima.

—¿Conque todo eso le han contado?

—Y también que hace filigranas con la pluma y el lápiz.

—La gente exagera. La verdad es que tengo letra bastante regular, y me preocupo por conservarla.

—Precioso dón, señor Leguízamo.

—Pequeña habilidad que pongo a sus órdenes.

—Bueno, demos comienzo.

Por alta ventana entra la luz del atardecer. De afuera viene leve murmullo de follaje. Juntos empiezan entonces a redactar, sobre la albura del papel oficial, el protocolario informe que Magdalena ha de rendir. Estudian la forma, discuten vocablos, y luego Leguízamo va extendiendo con cuidado exquisito, en lindos caracteres cursivos, las frases definitivas. Su iluminada faz delata la satisfacción que le causa tan minuciosa labor de pendolista; trabajo de arte, sin duda; obra de inteligencia y sentimiento a la vez.

Terminada la nota, la contempla con cierto orgullo, pasándola luego a Magdalena para que le ponga su firma.

—Pero...—exclama Marcos sorprendido—; ¿usted también?

—¿Yo también qué, señor Leguízamo?

—¿Es maestra en caligrafía? ¡Que sea enhorabuena!

Su admiración se justifica, porque la letra de la joven tiene rasgos tan finos y de tal perfección que casi parecen impresión tipográfica.

Voces conocidas interrumpen la charla. Son Sara Luján y Matilde Salcedo, que llegan. Entran como viento fresco, imprevisto y alegre. A ambas las une amistad vieja e íntima. Tienen el carácter parejo, el genio jubiloso y despreocupado; y una locuacidad común, con la diferencia de que Matilde les da a su tono y a sus palabras un matiz de artificio desconcertante.

—¿Somos importunas? —exclama la mujer del albéitar, con intencionados guiño y acento.

—No, no; de ninguna manera —se apresura a decir Leguízamo.

—Estábamos ya para salir —agrega Magdalena.

—Llegamos, pues, a tiempo —habla Sara Luján—. Veníamos a invitarla, Magola, a dar un paseo. La tarde está provocativa. ¿Quiere acompañarnos?

—Ya lo creo que sí. Vamos.

—¿Y usted también, Marcos?

—¿Yo? La verdad es que . . . tengo un compromiso. Me han de dispensar esta vez. Otro día será.

La mujer del albéitar resuelve darle guasa.

—Sí, sí, cómo no; lo disculparemos. Imposible que un caballero falte a compromisos de amor. Digo, de honor. Se enfadaría seriamente la persona que espera.

Ella misma celebra la chanza, coreada por Sara. Son dos risas sonoras, acristaladas; dos jovialidades ruidosas, que acaban por contagiar a todos. Pero Magdalena apenas sonrío, mientras Leguizamo permanece impassible, blindado por su vigilante decoro.

Las tres muchachas, porque todas son jóvenes, miden a poco el sombreado camellón que conduce hasta la quebrada. En algunas ventanas hay otras muchachas, que saludan. La vía está sembrada, a lado y lado, de burilicos, de cachimbos en roja primavera, de chiminangos. Un resplandor efímero, de sol en ocaso, tiñe levemente de púrpura los paramentos de las casas, pintados o enjalbegados.

En el puente, junto a un pretil, hacen alto. Las escasas aguas del riachuelo, monopolio ostensible de lavadoras, se deslizan con precario rumor, por entre piedras y troncos casi fosilizados; en las márgenes vegetan matorrales espesos, arbustos comunes y algunos árboles añosos. Varias lavadoras tercas, ganosas de aprovechar la última gota de luz, golpean aún sus trapos, mientras les dan vueltas a sus chismes. ¡Las cosas que saben las lavadoras!

Sara Luján, que ve venir la primera a Carlos Aguirre, acompañado de Serapio Bastidas, el vitalicio juez municipal, exclama de pronto con cierta sonrisa maliciosa:

—¡Ahí vienen esos! Pero seguramente no es por Magola ni por mí.

—Será entonces por la que queda —dice Matilde, displicente e irónica.

—El doctor Aguirre se cuida poco de ocultar sus inclinaciones, y para nadie es un misterio, con excepción de tu marido, que está loco por tí y no pierde oportunidad de demostrártelo.

La mujer del albéitar finge escandalizarse.

—Ninguna está libre de un irrespeto. ¡Pero si Chucho lo llegara a saber!

—Se armaría la gorda —asegura Sara Luján riendo pasito—. Imaginen ustedes: pelea entre médico y veterinario; como quien dice, entre familia.

—Déja esas bromas, Sara.

La verdad es que a Matilde Salcedo no parece desagradarle cuanto se dice, y mucho menos aún pasar por la heroína de historias ciertas o supuestas. Magdalena, que ha permanecido callada, la observa con furtiva atención. Puede tener veinticinco años; con la piel morena encendida, que le luce muy bien, hacen gracioso juego los ojos enormes, que las pestañas ensombrecen,

y tan intensamente negros que casi producen vértigo. Tipo de apasionada, sin duda; de mujer ardiente, pero controlada por extraños complejos de pudor y conocimiento. Alta y delgada, felina en sus movimientos, perturbadora.

Sara es más bien pequeña, su tez blanca y pálida; lleva largos y recogidos los rojos cabellos de mazorca, llameantes como candelas de fiesta; la diminuta boca, muy incitante. Ríe a todas horas, como si le hicieran permanentes cosquillas, o la existencia fuese para ella nada más que sainete.

El médico Aguirre y el juez Bastidas se aproximan despacio. El primero es soltero, y está todavía en la juventud; su aire mundano y distinguido, y su despreocupación, lo hacen particularmente atrayente. El otro sí es viejo, o por lo menos lo parece; esta circunstancia, su cargo perpetuo, y el hecho de ser autor responsable de una docena de hijos escalonados de año en año, le confieren mucha respetabilidad. Tánta como la que merece y disfruta con toda justicia su consorte. Fué ra de lo dicho, Bastidas es el filósofo de la indumentaria; desaliñado, arbitrario, con seguridad se alzaría de hombros si topara en plena vía pública, de improviso, una procesión de adamas.

Galeno y funcionario le echaron de largo tiempo atrás tales nudos a su inveterada amistad, que se volvieron puro adagio. "Amigos como Aguirre y Bas-

tidas”, o “son un Aguirre y un Bastidas”: así dice la gente para ponderar lo firme y durable de algún compañerismo. Invariablemente van juntos; si por casualidad, o por razón del oficio de cada uno, se les ve separados, los vecinos echan de menos la pareja, extrañan al ausente.

Se han detenido ante las tres muchachas, en actitud cordial, familiar y tranquila. Saludan con chabacana sencillez. Y hablan de cosas tan triviales que de lo puro frívolas acaban por tener interés. Cuando con mujeres se habla, todo tema cobra importancia; ellas mismas se encargan de dársela, así como de infundirle y comunicarle sus propios gracia y donaire a cuanto las circunda. Singular poder y maravillosa virtud femeninos, capaces de animar un paisaje muerto, de poblar un desierto con seres imaginarios, de sacudir el aletargamiento de una asamblea cansada.

Sara Luján presenta a Magdalena Romero.

—Ah, ¿la nueva maestra? Ya tenía noticias de ella. Encantado. Lástima que la edad no me permita pedirle matrícula.

Es el médico el que habla, juguetón, lisonjero, a tiempo que clava con solapada audacia los ojos en la mujer del albéitar.

—¿Se cree viejo, doctor? —dice Sara en són de protesta—; pero si es un muchacho.

—¿Por qué se burla, Sara?

—La gente asegura que es usted muy travieso.

—Cuentos. Cualidades o defectos que nos atribuyen sin merecerlo. Lo importante es que nuestras amigas no participen de la pública fantasía. Usted, Sara, ¿no será demasiado crédula, verdad?

—Según y conforme.

—Ni usted tampoco, Matilde, ¿no?

La mujer del albéitar responde con visibles rubores:

—Pienso como Sara. En todo caso, siempre prefiero creer lo que me consta.

—Ver y palpar, como Santo Tomás —carraspea Bastidas.

La tos judicial del funcionario encuentra eco inmediato en otra cercana, expresiva y galante, que obliga a todos a volverse para averiguar quién la emite.

Junto al pretil opuesto del puente se ha detenido, permaneciendo allí de pie, el estrafalario sujeto que Magdalena viera en otra ocasión, el mismo día de su llegada. La vespertina brisa lleva hasta ellos el atisigante olor de un perfume fuerte; áspera esencia que se confunde con otro olor, de polvos de talco.

—¡Vaya! —cuchichea burlona Sara—; ahí tenemos, pues, a Matías en carne y hueso. ¿A quién quedará ahora esa veleta lírica?

—Pues, si tiene buen gusto, a todas, sin duda —declara Carlos Aguirre.

El monigote humano ensaya, entre tanto, repetidas genuflexiones, quitándose el hongo, a la vez que sonríe estúpidamente, con peligro evidente de que desenganche su quijada o salten los dientes de los alvéolos.

Viéndolo en disposición de acercarse, Aguirre anuncia con sorna:

—Bueno, Bastidas y yo continuamos nuestro paseo.

—¿De modo —arguye Sara— que nos abandonan en el momento de peligro?

—Justo es que haya turno para todos, mis queridas amigas. Además, sospecho que ustedes están ganosas de divertirse un rato. Hasta otra vista. ¡Cuidado con excederse!

Matilde Salcedo se vuelve en seguida hacia el popular personaje.

—¿Qué es que no se acerca, Matías? ¿Se volvió paralítico?

Magdalena lo examina ahora, a su amaño. Fisonomía tosca, patética, de madera labrada; ojos bovinos, dientes grandes, bigote cerdoso recortado como cepillo. Algo noble, a pesar de todo, brilla en el rostro vulgar y sin expresión, que sonríe neciamente. Se advierte en su personalidad, por lo menos, encomiable preocupación por la estética. Se cree un Adonis, y un Petronio.

—Viene muy elegante —dícele Sara, lisonjera y ladina, mientras recorre con lenta ojeada de admiración los charolados zapatos con guardapolvo, el pantalón rayado, la chillona corbata, el hongo lustroso. Allí en la solapa está también, montando la guardia, la enorme y eterna flor que tánto lo adorna.

—Gracias por el piropo.

Y Matías agrega en són de saludo.

—Les presento mis respetos y hago votos por su felicidad, señoritas.

—Como es los año-nuevos, ¿no? O en las tarjetas de onomástico. ¡Qué Matías este tan ocurrente!

—¿No les parece bella la tarde, señoritas?

—Oh, sí, la tarde está muy bella.

—Y sobre todo linda, ¿verdad?

—Oh, sí, supremamente linda. Pero hablemos de novias, Matías. Hablemos de amor, si no le disgusta.

—¡Qué me va a disgustar, caray!

La voz del babieca se ha tornado ronca y opaca, cual si la obscureciera emoción imprevista. Su faz curtida de treinta años, que parece tener el doble, se cubre de pronto de sonrojo. Y es que siente, como caricia y dolor a la vez, el agudo mirar de las tres mujeres, que lo escudriñan, lo hurgan, se hunden en él con

cierta tenacidad famélica, maligna y angélica al mismo tiempo.

—Si usted no fuera tan picaflor... Ya ve: hay por lo menos veinte muchachas que sufren por usted y sus veleidades. ¿Le parece justo? Tiene que decidirse, Matías, por una sola mujer. De lo contrario, ninguna le creará más, y acabará usted en el descrédito.

Matías responde, serio y casi asustado:

—Pues es verdad; tiene usted razón, señorita Sara.

—¿De suerte que por cuál va a resolverse al fin? De las tres que estamos aquí presentes.

—¿De las tres dice usted?

—Claro. Examínenos, y piénselo bien. Somos una mona, una trigueña y una pelirroja. Mire a ver cuál se lleva.

El bobo contempla con embelesado candor el gracioso trío que lo estrecha y acosa con sus incitantes miradas, la proximidad tibia y grata de sus cuerpos henchidos de juventud, la embriagadora música de sus voces. Se siente aturdido. En los ojos lelos, donde la luz obscura del instinto brilla con cauteloso amago, se le encienden y se le apagan llamas furtivas de admiración, de timidez y audacia, de alegría y angustia confusa.

—Todas tres me agradan, caray. ¿Por qué no lo deciden ustedes mismas?

—Porque no nos pondríamos de acuerdo nunca. Todas queremos ser elegidas. ¿Verdad, Magola? ¿Verdad, Matilde? Pero ahora caigo en la cuenta de que el corazón de Matías tiene acaso otra dueña, y sus pensamientos están lejos de aquí.

—¿Quién es ella, pues? —pregunta Matías con sobresalto.

—Digo, se dice... No es que esté segura tampoco... Tal vez Rosalía Martínez, o la señorita Dueñas, o aquella viuda que usted sabe.

Defraudado, el tonto parece fastidiarse de pronto. No alcanzan, sin embargo, a conocer su reacción sentimental, porque en ese instante preciso observan que vienen por el camellón, de bracero, el Padre Segismundo Losada y el inspector Barrios. Avanzan despacio, conversando con gravedad, y sus ademanes son amplios y lentos como movimientos de alas desmesuradas.

—Vámonos; regresemos ya —dice con apremio Sara Luján.

Y es que no quiere que las sorprendan en el burlesco palique, personajes tan respetables y serios. Al pobre Matías casi lo dejan parado en seco, con la diestra extendida, mientras la siniestra empuña versallescamente la realidad prosaica del hongo, negro y lustroso como la cabeza rapada de un esclavo de la colonia.

VI

Un abejeo sordo, constante, interrumpido a veces por el golpe de cualquier objeto que cae, o por la estridente voz del muchacho que levanta súbitamente el tono, llena el aula colmada. La pueril humanidad se aprieta en los bancos, inquieta y ruidosa, contenida apenas por la precaria disciplina que impone la presencia de la maestra. Niños y niñas, de toda categoría social, de todo color, de toda condición económica, se mezclan y confunden allí con alegría fraternal, como si para ellos no tuvieran razón de ser diferencias y categorías que tanto preocupan a los adultos.

En los pueblos pequeños, acaso porque la mayor pobreza iguala con más facilidad a las gentes, son menos severos los prejuicios sociales; prejuicios que han existido, existen y existirán siempre, pues están en la misma condición humana y su naturaleza irrevocable. También es verdad que más allá del ambiente demócrata de la escuela, en la familia y en la vida, las diferencias vuelven a acentuarse.

La mañana es espléndida; parece acabada de inventar, o que por primera vez se presenta. Igual a las otras, produce la impresión, sin embargo, de que no se la había visto antes. Mañana recién nacida,

pura e inédita, que se bañó hace poco en las piscinas de la luz, de donde surgiera, lo mismo que desnuda mujer, joven y rutilante, los cabellos húmedos de rocío, luminosos de sol, y la boca colmada de jugos frescos. Mañana pueblera, tibia, millonaria de flores rojas de cachimbos, de alburas tiernas de arrayanes, de cantos de arrendajos y de calandrias.

Desde el pequeño estrado, acodada en la mesa, Magdalena vigila la clase, mientras sus ojos claros recorren con atención mal sostenida las páginas de grueso volumen que no es precisamente texto escolar. Lee, pero sigue con interés los movimientos de los escolares. En el corto tiempo que lleva de funciones educativas ha hecho buenas adquisiciones; conoce bastante ya la índole diversa de sus alumnos: sus inclinaciones, sus dotes de inteligencia y de carácter. Cada temperamento le es familiar. Como en fácil cartilla, aprendió a deletrear en ellos los sentimientos balbucientes, los amagos pasionales, la mentalidad pronta o retardada. Y así se da cuenta de que el espíritu se le va enriqueciendo de valiosa experiencia y sencilla ciencia pedagógica.

En toda maestra hay un sentimiento obscuro y latente de maternidad colectiva, cual si se sumaran en ella los sentimientos naturales de las madres de sus discípulos. Y es que la mujer y el hombre que enseñan, transmitiéndole e infundiéndole al niño algo de sí mismos, son creadores también, progenitores: es decir padres. Para el educador el educando

es su obra, su criatura; por eso siente la conciencia de una paternidad moral irrenunciable.

Pocas semanas han transcurrido, y ya se percata de que los quiere. Un vínculo nuevo nació, y está creciendo en el corazón de Magdalena. Le parece que son algo propio; que ha adquirido ciertos derechos sobre todos esos muchachos; levadura tierna de hoy, pan de mañana; débil esbozo de humanidad presente que se convertirá en fruto maduro cuando suene la hora de plenitud, la del porvenir realizado.

De repente, suena un pequeño grito. Magdalena levanta la cabeza, percatándose al punto de que una chiquilla que se sienta hacia la mitad de los bancos, llora con hipos tristes.

—¿Qué le pasó, Tulita?

—Me dieron un pellizco, maestra.

Magdalena amonesta a la clase.

—Les he advertido muchas veces que es cosa fea usar esas bromas. Y mucho más aún con las niñas. Tienen qué respetarse. Con seguridad fue algún muchacho mal educado, el autor.

Varias voces informan:

—No, maestra; fue Martina la que la pellizcó.

La aludida, una niña delgada, pálida, de doce años, y ojos zarcos y miopes, se levanta al punto. Usa gafas y enorme lazo de cinta en la cabeza. Su aire se-

rio, digno y modoso, la defiende elocuentemente del cargo.

—Mentira. maestra; es una mentira lo que dicen.

—Sí, ya sé que no fue usted, Martina. Usted es incapaz de tamañas tonterías. Siéntese ahora.

Entre los escolares que rodean a la miope hay rumor de risas y cuchicheos.

—¿Por qué la molestan? No olviden que si son niños malos me enfadaré de verdad y no los querré más.

La clase contesta al unísono:

—No, maestra; queremos ser niños buenos.

Pero casi en seguida, un segundo grito, lanzado esta vez por un muchachito de cara mofletuda y pecosa, contradice tales propósitos.

—¿Quién ha gritado ahora?

—Fue el pote, maestra; el potecito Agucho.

—¡Callen! No quiero sobrenombres aquí.

Agustín se levanta a su turno. Como para hacer más patente su calidad de víctima, ostenta afligido sobre la frentecita el proyectil de una bodoquera: un taco de papel humedecido con saliva. Allí está cual inri de escarnio, denunciando la maldad y la puntería del emboscado tirador.

—¡Es el colmo! —exclama Magdalena como queriendo indignarse, y compadecida del aspecto lastimoso del gordiflón—. Si el autor no confiesa su falta ya, practicaré en el acto una requisa. ¡Y ay del que resulte culpable!

Entre la expectativa general, Angel Martínez se pone de pie.

—Yo fuí, maestra.

Magdalena lo mira fijamente; con honda y larga persistencia, hasta obligarlo a bajar los ojos, avergonzado. En su mirada tranquila, velada por suave tristeza, hay a la vez caricia y reproche.

—¿Usted, Angel? Casi que no lo creo.

—Pero yo no fuí el del pellizco, yo tiré el bodigo no más.

Sin poder precisarse de dónde provienen, suenan otras voces.

—La del pellizco fue Catalina, maestra.

—Mentira. ¡Soplonas!

—Sí señor, ella fue.

—¡Acusetas feas! ¡Habradoras!

De pronto, imprevisto barullo. Chicos y chicas se han convertido en nudo, en racimo, empeñados en infantil combate, del que resultan arañados, golpea-

dos, desgreñados, ajados. Magdalena tiene qué descender del estrado para restablecer el orden turbado y la armonía interrumpida. Angel se ha hecho a su lado, ayudándole en la tarea de la pacificación.

De nuevo en su sitio, agita la campanilla.

—A ver, va a comenzar la clase. Atención, y silencio.

Habla con lenta voz, de dulzura grave y extraña, y sus palabras son sencillas, de una simplicidad pueril, para que la comprendan mejor. Con fácil intuición adivina cómo ha de interesar a las mentes frágiles e inconstantes, cuáles caminos debe seguir para despertar su curiosidad. Y cuando en ocasiones advierte que la atención se extravía, o se debilita, busca recursos ingeniosos para recobrarla. ¡Ah, pues si cierta tarde el inspector la sorprendió relatándoles divertidas historias a sus oyentes embelesados!

—¿Le gustan los cuentos, señorita Magola?

—A mí no, don Eulogio; a ellos —respondió llena de rubor como si la cogieran en falta.

—No es que esté mal; los cuentos son precisamente para los niños. ¿Sabe muchas historias?

—Algunas que leí en libros viejos; a mí nunca me las contaron.

—¿Cómo hace para no repetirse?

—Invento. Se me ocurren algunas fábulas.

—¡Qué interesante! Cualquiera día de estos va a resultar usted escribiendo un libro.

—Que Dios me libre, don Eulogio; una pobre maestra...

La voz de Magdalena, dictando la lección, adquiere poco a poco tonos cantarinos de arrullo. Es casi melopea, o tierna canción de cuna. Habla entre profundo y sorprendente silencio. Niños y niñas, con los ojos fijos en ella, la escuchan absortos, vencidos por el sortilegio, fascinados por el embrujo.

Cuando calla, todos parecen despertar. Sienten que la quieren también, que a pesar de su juventud la acatan y respetan. Y piensan que es buena como las madres esa maestra cariñosa, de expresión melancólica y suave sonrisa triste.

—Cuéntenos un cuento, maestra.

—¿Un cuento? No, hoy no recuerdo ninguno. Mañana, otro día. Ahora vamos al patio a trabajar un rato en la huerta. Salgan en orden.

El infantil concurso aplaude entusiasmado. ¡La huerta! La pequeña parcela que fue terreno estéril, sucio y enmalezado, y hoy, a fuerza de cuidado y riego, es lindo alarde vegetal. Cada cual puso allí su parte, invirtió su pequeño esfuerzo: una paletada de tierra, un acollamiento, el aporte de un cubo con agua, una semilla. Los alegra, por otro lado, la idea de que se sustraerán una hora a la quietud tiránica

de los bancos. El patio, en el recreo, o en la labor agrícola, significa aire, sol, mayor libertad, fuga de la disciplina ordinaria.

Rápidamente, el personal se ha transformado. Chiquillas con delantales y pijamas, muchachos con overoles o en simples mangas de camisa, invaden el extremo del vasto solar, donde la iniciativa de Magdalena hizo surgir bonito huerto de legumbres y lindo jardín. Coles, tomates, cebollas de canutillo. . . Un agavanzo que era todo lo que allí había en materia de plantas, doblegado bajo el agobio florido de sus rosas, no está ya solo como los ermitaños; lo acompañan matas alegres, mozas: claveles, alelís, violetas, jazmines. . .

La pequeña brigada trabaja con brío, siguiendo el ejemplo de la directora. Emplean herramienta primitiva, acondicionada por el ingenio y el instinto industrioso. Sin pensarlo casi, al ritmo de la misma labor, se han puesto a cantar encabezados por aquélla. Canción escolar, simple e ingénua, que acompasa los movimientos, y se confunde con las risas, el ruido de las palas, el golpear de los cubos y los cajones de movilizar tierra y abono.

Magdalena, que acolla en cuclillas una planta con bosta seca, levantando los ojos para buscar a Angel lo ve de pie, con las manos en los bolsillos, recostado cerca de allí contra una pilastra de madera. Parece aburrido, o fastidiado. Sus miradas se encuentran luego,

—¿Qué tiene, Angel? ¿Está enfermo?

—No, maestra; estoy bien.

—¿Por qué no viene a ayudarme, pues?

—¿Y qué quiere que haga?

—Lo que todos hacemos. Venga le doy oficio.

Angel se hace el desentendido, permaneciendo inmóvil en su sitio. En seguida se pone a silbar pasito.

—A esta planta, que es muy delicada —explica Magdalena dirigiéndose a los niños más próximos—, hay que ponerle una albitana de guadua para defenderla. Mañana será.

Se incorpora en seguida, y acercándose a Angel le dice con simulada seriedad:

—Estoy muy enfadada. ¿No le parece que debía imponerle un castigo?

—¿Por qué, si nada malo hice?

—Porque no quiso trabajar en toda la mañana. Debía avergonzarle estarse allí parado, como holgazán, mientras los demás cumplen su tarea.

Angel hace un ademán de protesta.

—Este es trabajo para mujeres y campestres.

—¿Quién le dijo tal cosa?

—Mi papá me lo dijo. Quiere que sea doctor y persona decente.

—Está bien, Angel. Si don Ismael se lo dijo... Pero tiene que estudiar mucho entonces, porque los doctores necesitan ser personas muy ilustradas.

—Cuando esté grande lo seré.

Magdalena se pone a contemplar el cielo que se aborrega por el lado de oriente. Sonríe, suspira. Tal vez piensa en el porvenir incierto.

—¿Y qué le gustaría ser, Angel?

—Doctor.

—Sí, ya lo sé; pero pregunto, qué profesión.

—No sé; lo que diga mi papá. Talvez lo mismo que el doctor Aguirre, que cura la gente y gana dinero; o que don Serapio, que sabe de leyes.

—¿Es buen médico el doctor Aguirre?

—Unos dicen que sí y otros que no. Otoniel, el de la peluquería, dice que sabe más don Chucho Panezo.

—¿Chucho Panezo? ¿Quién es ese señor?

—El marido de misía Matilde.

—Ah, ya recuerdo. ¿Y es médico también?

—No, es el que cura las bestias. A mi papá le ha curado varias, hasta un raque agostizo que estaba ya que se moría.

Magdalena reprime la risa que le bulle dentro. Mira el reloj, y ve que la hora se está pasando, la de soltar a los escolares.

—Quédese un rato, Angel, para que me acompañe. Le contaré una historia bonita. Fue algo que sucedió hace mucho tiempo, mucho.

Al quedar solos, saca una caja de bombones que le enviara María Rosa Quintero, mientras le dice a su discípulo:

—Cierre los ojos, pues; y abra la boca.

El chico obedece. El sol le ha coloreado la tez morena, limpia; por entre los labios asoman, blancos como las pepas del guamo, los dientes lindos y parejos. Sin duda, es bello muchacho. Le coloca un bombón sobre la lengua.

—Ahora, cierre la boca y abra los ojos.

Angel paladea encantado la fina golosina.

—¿Y qué hubo de la historia que dijo?

—Pues era un caballero que se llamaba Cincinato.

—Yo conozco un señor que llama Torcuato. Es sastre.

—No me interrumpa, pues. Cincinato era gran señor, héroe y mandatario. Salvó a su país de muchos peligros. Todos lo querían y lo respetaban por eso. Era sabio, rico, pudiente; pero también sencillo y filósofo. Cuando no gobernaba a sus compatriotas, vivía en el campo, cultivando su huerto de legumbres.

—Ah, ¿era campestre?

—Era un grande hombre, Angel. Ojalá algún día llegue usted a ser tan grande como él.

VII

Domingo. Hora matinal poblada de olor de ropas nuevas, voces alegres de campanas, renovados ramos de flores en los floreros familiares. Cubierta con amplio delantal, escoba y plumero en mano, Magdalena Romero que acaba de regresar del templo, de llevar a los niños a misa, se ocupa en arreglar y ordenar su cuarto. Quiere hacerlo ella misma, mientras acompaña su tarea con monótono canturreo.

También el sol ha madrugado. Por la ventana que da a la calle, y a través de sus cerradas hojas, se filtran rayos tenues de luz, flechas agudas que se quedan suspensas en el aire, como puñales dejados en la herida, delatando un mundo sutil de átomos impalpables y móviles.

Tomasa ha hecho ya varias irrupciones, con distintos pretextos, para inspeccionar disimuladamente el arreglo de la habitación. La doméstica labor parece preocuparla hondamente. Esa mañana lleva saya negra, lujosa, y la insignia de la colradía sobre el pecho. En su primera entrada había dicho:

—Pero, señorita Magola, ¿por qué no permite que haga el arreglo la sirvienta? Para eso está ella aquí. Además, ella sabe muy bien, cómo hay que efectuarlo.

—Déjeme —respondió Magdalena sonriendo—; tan pequeño oficio nada me cuesta, y antes bien me distrae.

Las restantes veces que viene, Tomasa escudriña concienzudamente los detalles del aposento, y viendo que nada se ha movido, persuadida de que todo está en el sitio correspondiente, en orden perfecto, sonrío tranquila y satisfecha. Cuando Magdalena anuncia, por fin, que ha terminado, suelta un gran suspiro de alivio.

Pero no se retira inmediatamente. Sentándose con afectación en el borde del lecho, exclama efusiva:

—Bonito, día ¿no? ¿Qué piensa hacer hoy, señorita Magola?

La rutinaria pregunta parece devolverla a la realidad de la vida. La verdad es que no se le había ocurrido pensar en ello. ¿Y acaso los días no fueron siempre iguales para Magdalena? ¿Siempre lo mismo? Recuerda involuntariamente su vida pasada en el colegio, en el internado, que fue igual a una clausura permanente. Y allí todo era parejo, idéntico, repetido invariablemente, sin más diferencia que el descanso y alguna que otra distracción en los días feriados. Vivir eutropélico ciertamente, sin que jamás la preocupara la idea de lo que iba a hacer durante la tediosa jornada, o lo que pudiese ocurrir en ella.

Viéndola indecisa, Tomasa insiste con interés:

—¿No tiene algún programa para esta tarde?

—Aún no he pensado nada.

—En los pueblos hay pocas diversiones, como lo habrá notado ya. Por la noche, retreta y cine los domingos. No es para vivir encantado, sin duda.

—Para mí fue lo mismo siempre, en toda parte.

—Cierto; vivió tan encerrada. . . Pero le preguntaba, porque si no tiene ya compromisos podemos ir de visita a casa de las Martínez. Es conveniente que las conozca. Misiá Piedad es una señora buena y simpática.

Magdalena, que no se aquieta aún, ultimando detalles, se detiene de pronto.

—¿Misiá Piedad, dice? ¿La señora de don Ismael?

—Y madre de Cristina y Rosalía, y de su discípulo Angel.

—Ah, muy bien; la acompañaré con mucho gusto.

Tomasa se va, mientras Magdalena se asoma a la ventana. Cerca de allí, en la esquina, descubre la grotesca figura del acicalado Matías, en actitud de arrimón tenaz. Ha cambiado de terno. Por la calle pasan también dos o tres mozos vistosos, que barzonean. En las ventanas opuestas observa de pronto a cuatro muchachas que la saludan. Una de ellas le habla, risueña.

—¿Cómo le parece, vecina! Plantado ahí desde que amaneció. Lo malo es que sigue siendo un enigma. Nadie puede saber a cuál le farsea.

—¿A quién se refiere, señorita?

—Pues al tonto Matías. Fijese qué pretensión la suya.

El emperejilado babieca ha resuelto moverse. Las muchachas lo atraen, como la luz a las falenas, o la miel a las golosas moscas. Pasa ante las ventanas, mirando lánguidamente a lado y lado, despacio, con los dientes casi saltados, mientras saluda ceremoniosamente, hongo en mano. Las chicas contestan con un chubasco de piropos.

—¡Adiós, niño precioso!

—¡Ay, qué garbo, caramba!

—¡Quién fuera la dichosa elegida!

Simulan suspirar con gran ruido; le dirigen tiernas miradas. Y Matías pasa y vuelve a pasar, encantado y feliz, seguido en sus rondas ingenuas por el burlesco argavieso de requiebros, lisonjas y calificativos amorosos.

Magdalena siente que su alma se inunda de piedad. Un compasivo acceso la impulsa a reprobar ese juego escarnecedor, inofensivo pero triste. ¿Qué hay en el corazón humano, que así se complace con el ajeno ludibrio, y goza con placer melancólico con la tragi-comedia de los demás?

Saludando amistosamente a sus vecinas, cierra con suavidad las hojas de la ventana, para ir a sentarse al borde de la cama. El pensamiento de la visita próxi-

ma le llena la cabeza. Sin poder explicarse con precisión la causa de ello, comprende que algo la empuja hacia esa casa. A nadie conoce allí, fuera de Angel; a don Ismael, su padre, lo ha tratado apenas de paso, ocasionalmente, sin conservar otra impresión que la de sus modales llanos y bruscos; y sin embargo, le parece que no le es desconocida ni extraña tan interesante familia.

De regreso del baño en los charcos de la quebrada, se viste cuidadosamente. Quiere estar lista desde temprano. Durante el almuerzo hablan de Sara Luján y Matilde Salcedo, quienes la acompañaron en su matinal excursión.

—Yendo, —refiere Magdalena—, nos encontramos con el marido de misiá Matilde. No lo conocía. Ella misma me lo presentó.

—Chucho Panezo, sí —contesta Tomasa, algo distraída.

—Lo suponía más joven.

—¿Por qué?

—Pues para hacer pareja con la señora.

—Todo es relativo, señorita Magola. Convengo en que Chucho le lleva a su mujer el doble de edad. Peor sería que fuera al contrario.

Magdalena rompe a reír, imaginando a Matilde bien cincuentona, y a Jesús Panezo de veinticinco años apenas.

—¡Qué lindo par sería! —exclama guasona.

—Otra cosa es —afirma Tomasa— dar pábulo para que la gente chismee; porque eso sí no es disculpable.

—¿Qué quiere decir?

—Que no está bien que las mujeres casadas se ofrezcan ellas mismas de comidilla para el público.

Magdalena, con la cuchara en el aire, pregunta asustada:

—¿Entonces... Misiá Matilde...?

—No, nada hay cierto ni comprobado. Son habladurías nada más. Pero Matilde las provoca, sin duda, con su conducta inconveniente. Es mujer muy superficial. Verdad es también que Chucho es un poco despreocupado, según se cuenta, pero lo uno no justifica lo otro. En mi opinión, toda mujer debe ser como la del César. No basta ser virtuosa: hay qué parecerlo.

—Pero si no son más que cuentos...

—Que ojalá no se vuelvan historia. Y no está por demás advertirle, señorita Magola, que conviene tener bastante cuidado con las amistades masculinas. Ese tal doctor Aguirre, por ejemplo...

Tomasa parece estremecerse, como ante la invocación de algo diabólico. Acaso acude a su mente la imagen inquietante del médico; su figura llena de dis-

tinción y cierta discreta truhanería; sus modales mundanos. Tal vez cree escuchar su voz agradable de barítono, tan lisonjera y peligrosa. Quizás piensa también en que es hombre dotado de relativa juventud, dueño de regular fortuna, soltero y sin avaricia. Pero disimula todo esto, o finge ignorar la verdadera personalidad de Aguirre, para tener nada más en cuenta su terrible fama de mujeriego.

—A ese doctor Aguirre hay que tratarlo de lejitos, de lejitos.

—¿Y no dicen que es médico?

—Pues con mayor razón. Es por eso que yo procuro no enfermar, o enfermar muy poco. Se me alteran los nervios con sólo pensar que tendré necesidad de llamarlo. ¡Y lo confianzado que es! Imagine que lo primero que hace con la paciente es cogerle la mano so pretexto de examinar el pulso, y mirarla descaradamente en los ojos, y pegarle su mejilla en la espalda dizque para oír no sé qué ruidos. Pues hasta cochino es el tal médico, porque se empeña en averiguar si se tiene sucia la lengua. A mí me han visto muchos doctores. Los viejos son peores; por eso prefiero a los jóvenes, o me resigno a preferirlos. Porque del mal, lo menos.

La casa de la familia Martínez figura entre las mejores del pueblo; antigua, pero reformada y embellecida. Es, además, comodísima. En su disposición, muebles y adornos, se adivina el oculto propósito de des-

lumbrar con el lujo de los detalles y el valor y novedad de las cosas. Por dentro, casi parece casa de la ciudad.

A Magdalena la acogen con gran simpatía y maneras algo artificiosas. Tal vez por su condición de forastera y señorita diplomada. En los pueblos, todo el que llega y trae cierto cartel, o un prestigio cualquiera, infunde respeto. Se tiene el involuntario temor de parecerle anticuado, ignorante o chabacano. Y si hay lugar a ello, se le imita cuanto se puede.

Esa tarde dominical Ismael Martínez, el jefe de la familia, se fue a la gallera, llevado por su afición fanática. Angel se ha marchado también, con amigos, no se sabe a dónde. Así, pues, la reunión resulta más familiar, por su exclusiva índole femenina.

—Extrañará mucho la ciudad, por supuesto —dice doña Piedad con su habitual tono grave y benévolo.

—No; no la echo de menos.

—¿Es posible?

—La ciudad estuvo tan lejos de mí como puede estarlo de ustedes. Casi no la conozco. Este pueblo, en cambio, me gustó desde el primer momento. Le he tomado cariño.

—Sin embargo. . .

Están sentadas en la sala, doña Piedad entre Magdalena y Tomasa. El espacioso salón lo atestan mue-

bles finos, espejos, alfombras. En un rincón bosteza, abierto, el indispensable piano. Mueble decorativo, y hasta cierto punto anacrónico, de puro adorno, puesto que allí no se oye otra música que la de costoso aparato de radio. Ante las tres, se mantienen hieráticas, vestidas y maquilladas como muñecas, Rosalía y Cristina. Hablan poco, pero observan con obstinación a Magdalena, y se les advierte cierta impaciencia contenida.

Rosalía tiene cara de acelga; descolorida, repulsiva. No es posible quererla a primera vista. Revela más años de los que lleva: dieciocho; y es que no sonríe, y cuando lo intenta no hace más que alcocarras. Pero ella se cree cándidamente bella, irritándose porque los demás no piensan lo mismo. Sin duda le agradaría ser admirada y alabada, pero por sus encantos físicos únicamente. Con suma petulancia dice:

—Yo preferiría vivir en la ciudad. En los pueblos no se puede lucir. Y los días son largos y cansones.

—¡Y a mí que se me hacen tan cortos! —exclama Magdalena, ingenua.

La otra hermana, Cristina, es la antítesis de Rosalía. Menuda, graciosa, fresca con frescura de flor; su lindo semblante se ilumina constantemente con la sonrisa alegre y la veleidosa luz de los ojos. Dice cosas ingenuas de niña locuaz y mimada, de quinceañera que inicia con intrépida curiosidad su viaje por el mundo.

Rosalía no parece simpatizar con Magdalena; en la conversación, sus intervenciones son vagas, desabridas, acres en ocasiones, como si rebosara su permanente mal humor. Se levanta de pronto, disimulando el fastidio, para buscar en el aparato de radio una estación cualquiera.

—¿Les provoca oír música? —pregunta con tono de otorgar suprema merced.

—Sí, ponga algo, hija —corroborra doña Piedad, obsequiosa—, para que se distraigan mejor nuestras amables visitantes.

Tomasa y Magdalena dicen a dúo:

—Muchísimas gracias, misiá Piedad.

Cristina, entre tanto, se ha aproximado a la ventana. Se está un momento allí mirando a la calle con insistencia. A poco se oye un cuchicheo: alguien se encuentra afuera, sin duda, hablando con ella.

—Venga, Cristina —llama doña Piedad suavemente—. Hace mucho calor. Tráigales a las señoritas unos vasos de aloja con colaciones.

—Con la aloja basta, misiá Piedad —opina Tomasa.

Mientras su hermana vuelve, Rosalía va a cerrar, con brusca manera, los batientes de abajo, de la ventana.

—Esta Cristina necesita mantenerse a todo momento como alhaja en vitrina —protesta con acrimo-

nia—; y tanta exhibición ¿para qué? Para perder el tiempo farseando con cuanto fanteo pasea la calle.

—¿Tiene novio? —pregunta Magdalena, entre cándida y maliciosa.

—Ojalá fuera así —responde, sarcástica, Rosalía—. Cuente una docena, y se queda corta.

—Tampoco, hija, tampoco. ¡Qué exageración!

—Pero si es la pura verdad, mamá. A cuanto chupaflore se le ocurre asomar por aquí la cara, le hace el alto esa tonta. ¡Y como no vienen sino por ella!

—No consentiría yo tal liviandad. Bájele más el volumen al radio, hija. Ah, ya está aquí Cristina con el refresco. ¿Le pusieron harta canela, hija, y especias?

—Sí mamá; y una miel doradita.

En bandejas de plata trae copas de cristal, de colores, largas y frágiles, colmadas de rubia bebida. Y bizcochos tiernos.

Mientras beben, Cristina se acerca de nuevo a la ventana. Un potente imán parece atraerla. La abre de par en par, sin que le preocupen poco ni mucho las iracundas miradas de Rosalía, y sentándose en el alféizar, sobre rojo almadrake, se dispone a reanudar el interrumpido coloquio. En seguida alcanzan a ver, las que se encuentran en la sala, que un joven, adolescente casi, se ha aproximado.

La puerta interior se abre de pronto, apareciendo Angel en el vano. Al ver que hay visitas se detiene indeciso, medroso.

—¿Ya está de regreso, Angel? Camine, hijo, salude a las señoritas.

El muchacho avanza confuso, huraño, entorpecido por la sorpresa. Maquinalmente, tiende la diestra, sin hablar. Viene sudoroso, la faz enrojecida por el sol y empolvadas las ropas.

—¡Jesús, pero a dónde fueron, pues, que está de esa facha!

—A cazar pájaros con honda.

—No me agrada tal diversión, hijo.

—No es diversión, mamá; es cosa seria. Cuando seamos grandes, cazaremos con escopeta, como los mayores.

Mira al solayo a Rosalía, cuya mirada colérica lo fulmina; mira luégo a Cristina, percatándose de que está distraída; y fija por último sus ojos náufragos y angustiados en el rostro dulce y tranquilo de Magdalena. Allí no hay reproche, sino comprensión y perdón.

—¿Verdad, Angel, que no matará más pajaritos?

—Sí, maestra; no volveré a hacerlo.

Doña Piedad escudriña con atenta curiosidad el semblante de Magdalena, y sonríe, pareciéndole de repente que un misterioso lazo de inteligencia se extendió hace un rato, como puente invisible, entre su corazón y el de la joven maestra.

—Me han dicho que usted se hace querer y obedecer de los niños, señorita Magola. Si lograra lo mismo de Angel...

La madre suspira, como desconfiada y escéptica.

—Angel es bueno, misiá Piedad, y es inteligente. Tiene el genio vivo, es verdad, pero eso no importa. Yo le respondo de él.

—Ojalá Dios la oiga.

Mientras dialogan, Angel ha permanecido en pie, silencioso. Acaso no le agrada ni halaga que hablen así de él, como si fuese arisco animal del fondo del monte, criatura salvaje, o pequeño monstruo. Pero su cara se humaniza cuando sus ojos se encuentran de nuevo con los de Magdalena, que lo contempla con insistencia, entre risueña y grave, imperiosa y suplicante a la vez. ¿Qué tienen los ojos de la maestra, que lo subyugan de tal suerte? ¿Por qué se inquieta su alma de niño y se turba su corazón frente a esa sonrisa triste de mujer, tan dulce y persuasiva?

VIII

“Querida María Rosa:

“La noticia que me das en tu última carta me dejó bastante perpleja. Mucho temo no poder explicarme con claridad, por la confusión de sentimientos que me produjo. Si he de ser sincera, como lo fuí y deseo serlo siempre, te diré que no es sólo alegría lo que tu aviso me ha causado; es también pena y tristeza. Comprendo que tu compromiso matrimonial debe ser motivo de gozo: para tí, para mí, para cuantos te quieren de veras. Vas a ser feliz, y mereces serlo. Casarse ¿no es, pues, para toda mujer la felicidad? Al menos es esto lo que debe esperar: ser completamente dichosa. Tú lo serás, sin duda, y por ello debiera regocijarme. Pero, ¿qué quieres? No logro sustraerme al sentimiento de inquietud dolorosa. De seguro habrás de pensar que soy egoísta. No te diré que no, pero es porque te quiero tanto. Y por lo mismo soy algo celosa. ¿Será así toda amistad?

“La idea de que te casarás dentro de seis meses —¡seis meses pasan tan pronto!— se me volvió tortura permanente; de todas horas. Casi que no puedo soportarla. Hay momentos en que me parece mentira, y vuelvo a leer tu carta, para ver si me equivoqué. Pero no; es la realidad; te casas. Es decir, te alejarás

de mí, pensarás menos en mí, acaso me olvidarás poco a poco. Me figuro que el matrimonio ha de absorber tanto los sentimientos como el amor mismo, según leí no sé dónde. ¿No lo quiere el marido todo para él? ¿Y la mujer, lo propio? Pero estas son cosas irremediables.

“Tiempo habrá, sin embargo, de que me acomode a la idea. Mientras tanto, y si se realizan tus sueños, pensemos en el presente y hagamos de cuenta que nada ha cambiado, ni cambiará. Así podré hablarte de muchas cosas. Tal vez ellas no tengan para tí igual interés que para mí, puesto que seguirás senderos distintos, ¡camino tan diferentes! ¿Quién iba a sospechar que apenas salidas del colegio nuestras rutas se apartarían, porque nos llaman tan variados destinos?

“Tu condición de muchacha, si no rica por lo menos libre de preocupaciones de subsistencia, bastaba para pensar y esperar que no te dedicarías al magisterio; y que de hacerlo, no sería ciertamente por necesidad. Fue casi capricho de tu padre hacerte educar en la Normal, instituto para señoritas pobres, o de vocación decidida para la enseñanza. Nunca la tuviste, es verdad, tal vocación; pero yo me hacía la ilusión de que al salir al mundo, a la vida, llevaríamos con nosotras una partecita de ese ambiente del internado. ¡Cuán otro es el mundo de como una lo imagina, o lo quisiera!

“De mí sé decirte que me encuentro a completo gusto en el oficio del magisterio; no es tan difícil como lo temía, ni pesado. Tampoco le hallo la monotonía que algunos anotan. Lo cierto es que se me pasan las horas sin sentir las, entretenida en tantos detalles, pormenores y menesteres, y encantada con la compañía de mis pequeños discípulos. Con ellos estoy estudiando y aprendiendo; sí, no te rías. Ahora me doy cuenta de que se aprenden demasiadas cosas en el colegio, talvez más de las que se necesitan, y muchas teorías, y hasta se leen libros de utilidad dudosa. Aquí, en el vivir de todos los días, sobre el terreno de la realidad, es cuando y donde se comienza a estudiar de veras y a adquirir conocimientos. El niño es como un libro vivo, donde hay qué leer principian-do por el deletreo, o el abecedario. Ya estoy conociendo a mis muchachos. Llevo varios meses aquí y te aseguro que los he aprovechado bien; por lo menos sé por dónde camino, sin mayor peligro de extraviarme.

“¿Que te cuente más crónicas de este pueblo? Quisiera, para complacerte, llenar cuartillas interminables con el relato de los importantes o insignificantes sucesos que aquí tienen lugar. ¡Cuánta interesante minucia! ¿O será que me intereso por todo? Debe de ser así, puesto que nada me parece sin importancia. ¿Cómo es que dicen que los pueblos y las aldeas son lugares muy aburridos, colmados de rutina y tedio?

¿Por qué afirman que son sitios muertos, o aguas estancadas, en donde nada ocurre ni se mueve? No me creo, ¡Dios me libre!, criatura privilegiada, y tonta mucho menos; pero me parece, y a tal conclusión he llegado ahora, que lo que se requiere son ojos para ver y oídos para escuchar; sobre todo, corazón para sentir. Las gentes suelen pasar al lado de las demás con indiferencia, sin verlas, casi sin percatarse de que existen; y así pasan también junto a las cosas pequeñas: no se dan cuenta de lo que representan, ni saben aprovecharlas y encontrarles valor. Por eso son como insensibles a cuanto las rodea; por eso tienen disposición y tiempo de atediarse. Se fastidian hasta de ellas mismas. Yo, felizmente, conseguí compenetrarme bien de todo esto. El pueblo, pese a su vivir empírico, a su aparente monotonía, no es para mí el desierto. ¡Pero sí está poblado de almas, querida María Rosa!

“Desde mi llegada, me acogieron con cariñosa simpatía, sencillamente y sin alardes. Todos son mis amigos ya, y parecen quererme. Acaso me compadecen un poco también, viéndome sola y desvalida. Por mi parte, hago cuanto puedo por merecer su afecto. Así me sentiré bien acompañada. ¿Y qué te diré de mis muchachitos? Si hubiere de partir mañana, los echaría de menos seguramente. Me he habituado a su compañía, a sus bullas, a sus travesuras incluso. Los días que no hay clase siento una especie de soledad.

“Mis amigas son todas interesantes. La señorita Dueñas, en cuya casa vivo, es inteligente y discreta, aunque con pequeñas manías: no puede ver nada fuera de su lugar, se espanta o finge espantarse de simplezas; es también algo esclava de las fórmulas, y apegadísima al protocolo. No comprendo cómo no se ha casado aún, puesto que no es fea y su trato es muy agradable. Entiendo también que no sufre afanes: la casa en que vivimos, grande y cómoda, es de su exclusiva propiedad; disfruta, además, de las no despreciables rentas de valioso abolengo. Sara Luján, maestra como yo, y Matilde Salcedo, la mujer del veterinario, son las amigas que más trato. Tienen el genio encantador; nublado, o con sol, siempre están contentas. ¡Si supieras que hasta las envidio un poco, porque sigo siendo muy melancólica! En Sara la risa es como el canto en el pájaro, o el aroma en la flor. También es verdad que es muy joven: lleva apenas veinte años, tu edad y la mía. Matilde sí es algo mayor. De ella te diré que me gusta, pero me desconcierta. A veces me asusta. Su carácter es indefinible. Con frecuencia me da la impresión de que le agrada jugar con el peligro; o será talvez que eso la divierte. En el fondo es buena; lo sé, lo he comprendido.

“Pero esta carta se está alargando demasiado, y no querría cansarte. Ya te hablaré después de otras gentes. De la familia del inspector, de las Martínez, de tanto personaje de aquí que vale la pena conocer. Don Eulogio Barrios, el inspector, es hombre admirable

como pocos. Si vinieras algún día de paseo...; mas, ¿cuándo será?

“Que seas muy dichosa, y no olvides a tu

Magola”.

Concluída la carta, la dobla cuidadosamente para meterla en un sobre. Traza con su linda letra la dirección. Luégo se queda pensativa. Su imaginación vuela rauda hacia la ciudad distante, hacia la casa de educación poblada de recuerdos. ¿Qué estará haciendo María Rosa?

De afuera, del patio, llega el rumor del alegre juego escolar. Los chicos están en pleno recreo, y ella ha aprovechado el descanso para escribir. Media hora, que es también para ella otra recreación.

Una chiquilla de diez años entra en el despacho. Delgada, blanca, de fisonomía fina e imperiosa. Habla con cierta petulancia. Sus ropas demuestran que sus padres son gente rica y ostentosa.

—¿Qué quiere, Chavita?

—Ah, —exclama ella con manifiesto desconcierto—, creí que estaba aquí.

—¿Quién?

—Pues Angel. Siempre juega conmigo en los recreos, y hoy se me ha perdido.

Magdalena la mira fijamente, con divertida curiosidad. Le produce tentación de risa el airecito presumido de la chiquilla, y piensa que es efecto del ambiente en que vive. Como que su padre es un comerciante acaudalado de la localidad, y su madre una señora con muchos humos.

—¿Por qué creyó que estaba aquí, Chavita?

—Maestra, es que... como le gusta tanto estar siempre al lado de usted...

Hay algo precoz en la mirada y el tono de la muchacha que Magdalena advierte con profundo interés. Le parece haber hecho un pequeño descubrimiento. Y se limita a sonreír, comprensiva y benévola.

—Yo le había traído —vuelve a decir Isabel, terca y quejosa— dulces y bizcochos. Se los iba a dar ahora, en el recreo.

—Pero por ahí ha de andar, Chavita; búsquelo bien.

Angel aparece, como por obra de conjuro. Pasa junto a Isabel sin mirarla, con cierto olímpico desdén, para acercarse a la mesa de la maestra.

—¿No ha visto a Chavita, Angel? —lo reconviene con dulzura Magdalena—; anda buscándolo.

—¿A mí, para qué?

Se vuelve bruscamente hacia la niña.

—¿Qué quiere, pues?

—Nada, que juguemos.

—No quiero jugar ahora.

La mirada y la voz de Isabel se tornan de pronto suplicantes, extrañamente humildes.

—Le traía dulces, Angel.

—No quiero tampoco.

Magdalena observa, con sutil emoción, ese pequeño y curioso duelo de niños; choque de sentimientos nacientes, de instintos confusos como balbuceos. Percibe tenue humedad en los ojos de Isabel, cuyas pestañas tiemblan; ve que sus delgados labios han perdido el color. Dirigiéndose al muchacho, le dice con tono insinuante:

—Recíbale el regalo a Chavita, Angel; y déle las gracias.

Tras de corta vacilación, Angel toma el paquete, de mala gana, para tirarlo displicentemente sobre la mesa.

—Vaya con ella ahora, a jugar un rato.

Pero la recreación ha concluído ya. Suena una campana. La niña se encamina a la puerta. Desde allí se vuelve un momento para mirarlos; resentida, enfadada, casi como una mujer. En el fondo de sus pupilas, todavía húmedas de llanto, Magdalena percibe la llamita negra de su rencor.

Esa misma tarde, después de comer, el inspector Barrios se presenta en són de visita. Su aire solemne y enigmático intriga a Tomasa. Parece preocupado y nervioso. Cambiadas algunas frases banales, comienza a explicar el motivo de su presencia allí.

—Un asunto delicado me trae; es decir... no sé... El hecho es que me lo parece. Y por lo mismo deseo tratarlo con la pertinente reserva, porque no quiero que antes de decidir se imponga la gente.

—¿Y el asunto es conmigo, o con la señorita Magola? —inquire Tomasa.

—A la señorita Magola le incumbe particularmente.

—En tal caso, debo retirarme.

—No, no; no es preciso. Quédese usted. Talvez es conveniente que se entere de todo.

Barrios carraspea, para seguir hablando con parsimonia.

—Parece que hay gentes que se interesan bastante por usted, señorita Magola.

—¿Por qué lo dice, don Eulogio?

—Esta mañana temprano recibí un comunicado oficial, en el que me ordenan consultarle si quiere volver a la ciudad. La jefatura del ramo le ofrece un nombramiento allá.

Magdalena y Tomasa se miran sorprendidas.

—¡Pero si hace apenas seis meses que estoy aquí!

—Lo que demuestra cabalmente el aprecio que se le tiene. Ni siquiera esperan a que concluya el año escolar.

Permanecen callados un rato, todos.

—¿Y qué piensa hacer? —pregunta Tomasa, con ansiedad.

—Mi opinión —declara el inspector— es que no debe vacilar. Es una oportunidad que le dan, señorita Magola. ¡Y quién sabe si la puerta de un porvenir mejor, que se le abre!

Carraspea otra vez, para proseguir con la voz algo trémula.

—Sin duda... sí... sin duda es lástima que se vaya. ¡Y tan pronto! Cuando todos la quieren ya, o la queremos; y tan bien amañados están con usted. Pero no podemos, no debemos ser egoístas. Y egoísmo sería, pero imperdonable, sacrificar sus ventajas y conveniencias a nuestra personal satisfacción.

—Sí, ciertamente sería una lástima —repite Tomasa como el eco.

—Pero si yo no he dicho que acepto, ni que me voy.

—Tiene qué pensarlo despacio, señorita Magola —aconseja el inspector—. Medítelo con calma tres días, y avíseme su decisión definitiva.

—¿Para qué, don Eulogio? Estoy segura de que mañana pensaré lo mismo que hoy. Y pasado mañana, y siempre.

—¿Así, pues, se niega a aceptar de veras?

—En forma absoluta, don Eulogio.

—¿Me autoriza, por tanto, para contestar en tal sentido?

—Y para que lo haga esta misma noche, si puede.

—No tanto, no tanto, señorita Magola —exclama el inspector con sonrisa nerviosa aún—; pero escribiré mañana temprano.

Barrios no suda, ni hay razón plausible para ello; y sin embargo, extrae con gesto maquinal el pañuelo de su bolsillo, y enjuga, también con gesto maquinal, la imaginaria humedad de su frente.

—La verdad es que sufrí un apreciable susto —agrega con repentino buen humor—, pensando que aceptara esta oferta. No nos habríamos consolado jamás, ¿verdad, señorita Dueñas?

—Jamás, don Eulogio. Y yo habría sido la más afectada y perjudicada, porque me estaba aficionando a la compañía de la señorita Magola. ¡Cuánta falta me hubiera hecho!

Horas después, metida en su lecho, Magdalena repasa, como rosario de recuerdos, las ocurrencias y

episodios de los seis meses anteriores. Le parece que fue ayer no más cuando vino; cuando por primera vez se posaron sus ojos sobre el paisaje urbano de aquel pueblo tranquilo, donde los días transcurren con la placidez del río manso. ¿Por qué se ve tan cercana y precisa la perspectiva del tiempo que pasó? ¿Por qué tan distante y confusa la del porvenir, cual si la contempláramos a través de turbios lentes de reducción? Lo pasado, el ayer, camándula de días parecidos unos a otros, los ve Magdalena como en el fondo de un pozo; y ella está en el brocal, la mirada clavada en el agua inmóvil y transparente, para recordar desde allí la vida que ya vivió. ¡Seis meses! ¿No podían ser lo mismo seis siglos que seis segundos?

Sonríe, porque piensa que fueron seis etapas felices; o una, como se quiera. La felicidad no tiene medida, ni dimensiones; no es larga ni corta en realidad. Es la felicidad sencillamente, la indivisible dicha, el gozo que cabe lo mismo en la fugacidad de una oscilación del péndulo que en la aparente eternidad de cien años. Así saboreó ella esa ventura simple de su vivir pueblera y humilde, jornada a jornada, minuto a minuto, sin que escapara a su conciencia despierta un sólo matiz o un detalle mínimo de su significado profundo.

¿Cómo pensar ahora en marcharse? Ah, no. Magdalena siente que es como árbol crecido ya, cuyas raíces se hundieron en la tierra; advierte el vigor de

una savia nueva; le parece que se adhieren al tronco con poder de brazos robustos, fuertes lianas que la sujetan. Tal vez allí nació, y no lo sabe; acaso sus pies deletrearon en ese lugar los primeros pasos. La verdadera y propia tierra es la que se quiere: la ciudad, la región, la patria. En esto, el corazón no se equivoca; la geografía puede equivocarse. ¿Y no está, pues, allí, para ella, Magdalena Romero, criatura sin padres, sér sin hogar, el albergue cierto y conquistado?

Cuando, vencida por el sopor, comienza a dormirse, le parece sentir suave balanceo de cuna. ¡Pero si ella también es una niña de su esperanza y de sus sueños!

IX

El padre Segismundo Losada es de los curas de almas que saben armonizar felizmente los deberes espirituales con los ineludibles menesteres profanos. Ya pasó el arsifinio de los cincuenta, pero su vivir austero y metódico, de hombre limpio de cuerpo y alma, prolongó su lozana juventud más allá de los ordinarios términos. Su sobriedad es proverbial. Viste con sencillez y pobreza; algunos sospechan que solo tiene una sotana; su voz paternal, de notas profundas, acuerda con las dimensiones del cuerpo, alto y fornido. ¡Y qué salud la suya, casi contagiosa, como su fe, su optimismo, su bondad evangélica!

Hace más de veinte años pastorea el dócil rebaño. No fue labor demasiado ardua por el lado moral, porque sus feligreses son gentes constitucionalmente sanas, honradas y religiosas. En cambio, la tarea material resultó siempre áspera y difícil; tanto más laboriosa y dura cuanto mayor fue su optimismo. ¡Pues hay que saber los sueños y proyectos que alimenta su santa ambición! ¡Y la confianza que lo acompaña a diario, como fiel servidor! El modesto templo local cuenta con transformarlo en imponente catedral; quiere hacer edificio para convento de mujeres; pretende levantar un asilo; ya tiene listos los planos para hospital y para nueva casa cural.

Pero, ¿cuándo será esto, Dios mío, cuándo? —se dice él mismo suspirante y desconsolado, cuantas veces piensa en tales proyectos y las cuantiosas sumas que requiere su realización.

Piensa también en que tantas obras no pueden hacerse sino con fondos que los mismos fieles aporten, especialmente los pudientes. Y aquí se agrava su aflicción. ¡Ay, feligreses ricos que tienen la mano tan poco larga y dadivosa! Mas, ¿qué puede detener a un siervo de Dios, preocupado constantemente por el esplendor del culto sagrado, el triunfo de las doctrinas, el reinado del amor y la caridad? ¿Qué obstáculos son capaces de acobardarlo, o desanimarlo siquiera?

Fruto de su tenacidad, milagro de su paciencia, efecto de su fe inquebrantable, allí están levantando tímidamente la cabeza los cimientos de dos de sus obras y la construcción bien adelantada del nuevo templo. Ladrillo a ladrillo, cada fábrica va surgiendo como labor lenta y benedictina. ¿Qué importa el tiempo? El Padre Segismundo Losada es de esos varones que edifican para la eternidad. Lo único que lo preocupa de veras es que pueda pasar un día sin que se coloque un ladrillo más.

Alguien le preguntó cierta vez, cuando apenas era propósito nebuloso la construcción de la casa para religiosas:

—¿Y tiene ya el dinero listo, Padre Segis?

—Los fondos están todavía, hijo mío, en los bolsillos de mis feligreses.

—Mejor es tenerlos en caja, Padre Segis.

—Cuando se tiene fe, el dinero en poder de gentes piadosas es como moneda en el banco.

Pero el activo párroco no se atiene exclusivamente a las acudiencias divinas; sus iniciativas son constantes por eso, y su ingenio pródigo en expedientes. A todo recurre su religioso celo para lograr recursos. Organiza bazares, hace rifas frecuentes, promueve fiestas de caridad, efectúa colectas. Patrocina asociaciones de señoras que le ayudan eficazmente. Sus cálculos, por supuesto, andan siempre por las alturas, pasándose de la realidad en forma alarmante. No les tiene miedo a los números, ni lo asustan las cifras. Y es que su optimismo tranquilo lo lleva a pensar que no hay problema sin solución, por difícil que parezca. Voluntad o terquedad, el motor de su decisión lo mueve e impulsa; su fuerza interior lo moviliza. ¡Cuántas veces se vio en apuros, perdido en callejones sin visible salida, por meterse en empresas sin más capital que el de su confiada esperanza!

—La Divina Providencia nunca abandona al hombre —suele decir para justificar sus temeridades de párroco emprendedor y progresista.

Esa mañana, antes del medio día, se hallan reunidas en el despacho parroquial varias señoras del lu-

gar, convocadas con mucha urgencia. El Padre Losada las ha acabildado con el fin de deliberar sobre la manera de arbitrar nuevos fondos. Es el tema de siempre; el sempiterno asunto que hay que dilucidar. Por eso están allí, vestidas de negro y ataviadas con ostentoso lujo, las primeras "firmas" femeninas del pueblo; también algunas menos solventes, pero de mucha influencia por su posición y dón de consejo. Doña Piedad Orrego de Martínez, la primera en toda ocasión; doña Bernarda de Moncada, entonada y seria; doña Mercedes de Barrios; doña Delfina de Bastidas; la señorita Dueñas, y varias otras.

Calladas y atentas, escuchan durante largo rato la exposición cural. Como de costumbre en tales eventos, el Padre Losada les habla con místico entusiasmo; su palabra elocuente y cálida se hincha como vela, de imágenes y de optimistas perspectivas. Quiere llegar al corazón de sus escogidas feligresas, al fondo mismo de su piedad y sus sentimientos religiosos. Como experimentado varón y certero psicólogo, busca también la vena sensible para tocarla; conocedor del alma femenina, y de sus flaquezas y vanidades, sabe el camino recto para encontrar sus fibras más delicadas. No ignora que ninguna se irá de allí sin dejar algo, o sin prometerlo. Pero ahora lo que le interesa es hacer una coletca de importancia, recurriendo al espíritu contribuyente del pueblo entero.

—Necesito, hijas mías, arbitrar con vuestra valiosa ayuda una suma cuantiosa. Tenemos que recurrir esta

vez a la generosidad de todos los feligreses, pobres y ricos.

Bernarda de Moncada hace un gesto de incomformidad.

—Pero, Padre Segis, —arguye—, ¿no sería mejor reunir esos fondos entre algunas personas pudientes?

—No, hija mía; no es justo cargarles siempre la contribución a unos pocos. La piedad y la caridad tienen también su límite natural.

—Así es, Padre Segis —apoya Delfina de Bastidas.

—Además, me parece que tiene mucho significado que todos, hasta el más pobre y humilde, llevemos nuestra parte en estas empresas. Ojalá no se quedara nadie por fuera, de contribuir.

—Pero es que eso de andar pidiendo... —insiste Bernarda.

—No es para nosotros, hija, sino para el servicio de Dios.

La señora de Martínez interviene entonces.

—Ya sabe, Padre Segis, que mi cuota está a su disposición.

—Y la mía —ofrece Bernarda.

—Y la mía —anuncia Tomasa.

—Sí, sí, ya lo sé —interrumpe el párroco—; pero vamos a otra cosa, si les parece bien: pensamos en organizar las comisiones de colecta.

—Desde ahora me excuso de formar parte de ellas —declara Bernarda con tono enfático.

—Pero, hija mía: piense que su presencia le dará a la comisión autoridad y prestigio.

Mercedes de Barrios, que permanece en su asiento adormilada, o abstraída en otras cuestiones, habla de pronto para insinuar indolentemente:

—¿Por qué no nombra señoritas no más, Padre Segis?

El párroco se queda perplejo.

—Bueno; si ustedes lo prefieren así. . .

—Sí, sí —exclaman todas en coro.

La voz cantante, la que predomina, es la de Bernarda. Se ha animado de pronto, por su triunfo parcial.

—Vamos a ver, pues, hijas mías. . . Primera comisión: señoritas Camila Barrios, Sara Luján y. . . pondremos también a doña Tomasita. Las acompañará el doctor Carlos Aguirre.

—¡Jesús! —exclama Tomasa sin poder contenerse.

Todos la miran, el párroco incluso, que va anotando nombres con el lápiz sobre una tira de papel.

—¿Qué le pasa, hija mía? ¿No le agrada?

—No, no, Padre; no es eso. Me dió un calambre de improviso, que por poco me hace gritar.

Bernarda anota con aviesa intención:

—He oído decir que ese doctor Aguirre es algo descreído.

—Cuentos. Católico tibio nada más.

—Y también gran médico —sostiene Delfina de Bastidas—; me curó de unos cólicos que me mantenían a la muerte.

—Segunda comisión —continúa con gravedad el Padre Losada—: señoritas Rosalía Martínez, Magdalena Romero y Gloria Bastidas. Las acompañará el señor Marcos Leguízamo.

—Magdalena Romero, —pregunta Bernarda simulando no conocerla—, ¿no es la nueva maestra?

—Sí —afirma Tomasa con vivacidad—; la nueva maestra.

Tras de rápida pausa, agrega con risueña ironía:

—O la vieja, puesto que va a hacer un año ya que se encuentra en el pueblo.

—No es indispensable que una conozca a todo el mundo.

—¿Y no tiene, pues, su niña allí, misiá Bernarda?

—¿En dónde dice?

—En la escuela de la señorita Magola.

—Ah, sí, me parece que sí. Ahí está Chavita, ya recuerdo. ¿Y qué se ha averiguado de los antecedentes de esa joven? ¿A qué familia pertenece?

—Es huérfana.

—¿Expósita talvez?

—¡Por Dios, misiá Bernarda! —le reprocha doña Piedad.

—Tercera comision —continúa el párroco, impertérito—: señoritas Cristina Martínez, Carmen Leguizamo... ¿Qué otra, qué otra?

No se les ocurre por el momento.

—Habría que acudir a algunas casadas jóvenes. Vamos a ver...

—Pero si hay otras muchachas.

—No todas son a propósito —alega Bernarda—.

—¿Cómo les parece doña Matilde de Panezo? —sondea el párroco.

Las señoras guardan silencio. Se miran. Cada una quisiera decir algo seguramente, mas no se decide. Sería temeridad —piensan—. Y es que Matilde fue y continúa siéndolo un curioso problema social. Nadie se atrevería a descalificarla; y sin embargo, en el áni-

mo de todas produce manifiesta inquietud, e incertidumbre. Su carácter extraño, su arbitrario modo de ser, desconciertan y asustan. Ninguna puerta se cerraría ante ella, a pesar de todo.

—Es mejor que sean todas solteras.

—¿Y a quién ponemos para que las acompañe? Veamos, veamos.

Grupos primaverales invaden al siguiente día las soleadas calles del pueblo. La gran concurrencia que atrae el mercado es propicia para la colecta. Escoltadas por sus caballeros, las graciosas muchachas, luciendo vistosos trajes de colores, y defendiéndose con las sombrillas del fuego del resistero, circulan entre el compacto gentío, mientras el aire se llena de sus risas y sus alegres voces.

No fue posible convencer a Carlos Aguirre para que aceptara el galante encargo. Y esto constituyó gran contratiempo para Tomasa, que secretamente anhelaba su compañía, siendo a la vez motivo de bromas para Sara Luján. En cambio, Marcos Leguizamo acudió puntual, solemne y atildadísimo. En la primera esquina, el bobo Matías, con el salvoconducto de una apreciable contribución, se incorporó por su propia cuenta a la comisión de Tomasa. Y no la abandonó hasta el fin.

Sin proponérselo, con perfecta naturalidad, Magdalena asumió la dirección de su grupo. Cosa fácil, por

otra parte, porque Rosalía no piensa sino en su propia persona; va enfurruñada, engreída, copiosamente maquillada. La otra, Gloria Bastidas, callada y tímida, es simple figura decorativa.

¿Qué misterioso imán atrae a las gentes hacia Magdalena? ¿Cuál poderoso embrujo las llama a su lado? Camina despacio, no pudiendo casi moverse, porque la rodean, estrujándola, ansiosos de oírla, de verla de cerca, de sentir la proximidad tibia de su persona. Ella les habla a todos, grandes y chicos, ricos y pobres, entendidos e ignorantes, con sencilla dulzura y modestia sin artificios. Puebleros y camperos reciben igual atención y solicitud. Y bajo la corriente de simpatía, la bolsa se va llenando de monedas.

—Es la señorita Magola —comentan en voz baja.

Los del campo repiten, con admiración y respeto:

—Es la maestra; la que les enseña a los niños.

Cuando, al atardecer, pone en manos del párroco la cuantiosa colecta, éste le dice bendiciéndola:

—Que Dios le pague, hija, tan buena ayuda. En adelante, pensaré siempre en usted la primera.

Rosalía exclama, petulante, atribuyéndose parte del resultado:

—Ya sabe, Padre, que en todo momento estamos a sus órdenes.

—Sí, hija, lo sé; que Dios les pague también a ustedes.

Tomasa sí no quedó satisfecha de la jornada. A la hora de la merienda, sentada frente a Magdalena, se queja con acritud de la escasa suerte que tuvo.

—¡Figúrese, señorita Magola! Tocarme como compañeras a Camilita Barrios, alma de Dios, niña tonta de puro modosa, y a ese cascabel de Sara Luján, que por todo tiene que reírse. Claro: la gente la imita, echa la cosa a fiesta, y olvida poner la limosna en la bolsa.

Se mete en la boca, con exquisita delicadeza, un bocado homeopático, mientras continúa con visible desencanto:

—Para colmo de males, nos faltó galán de compañía. Ese tal doctor Aguirre, a quien sin duda le parecimos poca cosa, brilló por su ausencia. Pero se equivoca de veras, si cree que es imprescindible. Bien reemplazado quedó con el bobo Matías, quien sin ser invitado, no nos desamparó un momento.

—Matías es excelente persona.

—Ahora, si hubiera visto usted la miseria que se recaudó. Una bicoca, unos tristes cuartillos. Y todo por culpa de Sara, que no hizo sino pelar los dientes. No sé cómo pude soportar tal suplicio. ¿Sabe lo que hice, pues, para no quedar en vergüenza?

—¿Qué hizo, señorita Tomasita?

—Como soy previsora, y tengo experiencia de estas cosas, llevé dinero conmigo por lo que pudiera re-

sultar. Camila Barrios y Sara Luján llegaron con los bolsos casi vacíos a la casa cural. ¡Hubiera visto las caras que pusieron al verme entregar mi bolso repleto de dinero! Un milagro patente no las hubiera pasmado más. A la pobre Sara se le fue la risa con la sorpresa.

Magdalena siente deseos de reír, pero se contiene. En el fondo, todo aquello no es sino melancólico; humano y patético. Con sus habituales reservas, a pesar de la vigilante discreción que la caracteriza, Tomasa está ahí, ante ella, lo mismo que libro abierto por la mitad de sus páginas.

X

Se hallan en el corredor, junto al primer patio de la casita familiar; casa solariega talvez, por su antigüedad, y porque pasa de padres a hijos, de generación a generación, cual sagrado abolengo. La vivienda, de vieja construcción, tan semejante a las otras, tan ingenua en su arquitectura, es, como las otras también, remanso de sombra. El aire tiene allí cierta frescura grata, impregnada de olor de frutas. En los pilares de madera, formando festones, se anudan y cuelgan, como verdes hamacas frágiles, y espirales de follaje, las enredaderas tupidas. De los aleros interiores penden las maceteras con aspecto de lámparas apagadas. Hay plantas en los rincones, en los aposentos, en el patio asombrado de pequeños naranjos, limoneros, granados, palmeras enanas, grávidas con sus enormes abanicos.

El piso de ladrillo, bien cuidado, reluce por el uso y por el trapeo. Se adivina la obsesión de limpieza, de horror a la suciedad y a la pátina. Reclinada en flexible hamaca, Magdalena, que fue a ver a su amiga, se da aire en la cara con una pepena nueva de hojas de iraca.

—¡Qué calor hace! —exclama en tono de queja.

—Y eso que aquí está fresco —argumenta Sara, acompañando las palabras con las notas vibrantes de su perpetua risa.

Sentada en un asientito, con el cigarrillo ardiendo en los labios, contempla a su interlocutora, encantada de tenerla allí, en su casa, bajo esa cálida tarde dominical.

—Esta mañana las esperé en vano, para que fuéramos juntas a la quebrada. Quería ir a los charcos de arriba, a bañarme. ¿Qué les pasó que me dejaron aguardando?

—Ah, ¿no sabe, pues, Magola? Matilde está enferma desde ayer.

—¿Enferma dice? ¿Y qué tiene?

Pero Sara guarda silencio.

—¿Qué le ha dado a Matilde, Sara? —insiste Magdalena en saber.

—Pues... parece que fiebre, o qué sé yo; cosas del hígado probablemente.

Suspira y añade:

—¡Pobre Matilde!

—¿Está muy mal acaso?

—La verdad es que... no sé si hago bien en contarle estas cosas, Magola.

—¿No le inspiro confianza, pues?

—No es eso; sino que son asuntos tan delicados. Usted tal vez no sospecha cuál es la verdadera vida de Matilde.

—Siempre me pareció una mujer feliz. Tan joven como nosotras; tan alegre como usted, Sara.

—¡Alegre! Ojalá fuera así.

—Además, es casada. ¿Qué más puede desear?

Sara chupa su cigarrillo, con mohín gracioso, y vuelve a hablar, pero sin reír ahora.

—Usted habrá visto dos o tres veces a Chucho Panezo, su marido, ¿no? Quizás no se fijó bien en él tampoco. Se mantiene siempre en los campos, en diligencias de su oficio de veterinario. Tiene más de cincuenta años, parece hombre serio, y sin embargo...

—¿Qué?

—Pues que una cosa es parecer...

—No la comprendo, Sara.

—Cualquiera supone que un hombre de tales condiciones, y que ha de llevar bien asentada la cabeza, no puede darle a su mujer motivos de queja.

—Ya lo creo que no; ni puede, ni debe.

—Pues Chucho Panezo se los da, y abundantes por cierto. ¡Pobre Matilde! ¡Lo que hace por disimular esa vida triste que lleva!

—¿Pero los motivos...?

—Chucho es un borracho perdido. Dilapidó en vicios la modesta fortuna de su mujer. Trabaja, es verdad, pero se bebe cuanto gana. Por Matilde casi no se preocupa; ella es costurera, y posee otras habilidades; gracias a ello va viviendo. Pero los apuros que pasa, ¡la pobre! Y si fuera esto nada más; si la considerara al menos.

Sara se interrumpe, y agrega luégo:

—¡Ha llegado hasta maltratarla! La enfermedad que ahora padece es puro estropeo. Si viera cómo le dejó el cuerpo.

—¡Pero es infame todo eso que me cuenta! —dice Magdalena indignada, incorporándose en la hamaca.

—¿Y qué puede hacer la infeliz? Sufrir con paciencia su destino. Ocultarlo todo y disimular.

—¡Y yo que la suponía dichosa! Como siempre se se le ve tan contenta...

—Apariencia nada más; alegría y risa para fingir que es casada feliz. Hay que saber lo que en realidad existe en el fondo de tales exterioridades.

—Mucho valor, sin duda; y mucha alma.

—Las gentes piensan, sin embargo, y hasta llegan a murmurarlo, que Matilde es mujer coqueta. Ah, si ella quisiera... Y con la vida de perros que lleva...

—La verdad es que a mí también me pareció siempre un poquito rara.

—Matilde sufre mucho. Los padecimientos la impulsan a engañarse ella misma. En su aparente frivolidad encuentra consuelo y distracción.

—El juego es peligroso, de todos modos.

—Pero ella no se quema, Magola.

—¿Quién está seguro de nada?

—Matilde es de esas mujeres que pueden pasar tranquilas por en medio de un batallón ebrio.

—Es mejor no pasar, si puede evitarse.

Carmen Leguízamo, la hermana de Marcos, entra en aquel momento. Al verla, las dos maestras cortan el peligroso diálogo. La recién llegada es joven, de una tez moreno acentuado que toma en las mejillas tonos de canela y de rosa; con su mocedad, dieciocho años apenas, contrasta el color obscuro y modesto de sus vestidos. En la diestra trae un libro. Los ojos negros y almendrinados, son un poco pequeños; lleva largos los cabellos nocturnos, encrespados como arisco mar; los dientes son maravillosos. Al lado de Sara, blanca y pálida, de cabellos leonados, se destaca como una contradicción.

Se levanta para recibirla.

—El libro que me prestaste, Sara; te lo devuelvo, y muchas gracias —dice Carmen Leguízamo.

—¿Qué libro es ese? —pregunta Magdalena, curiosa.

—El Final de Norma.

—Ah.

—¿Lo conoce?

—Sí, lo leí hace tiempo; es un poco anticuado.

Carmen y Sara ponen mucha atención.

—¿Qué libros conoce usted interesantes, Magola?

—El interés de un libro depende de quien lo lee, de sus aficiones.

—Novelas, por ejemplo —anota Carmen—; son tan divertidas.

—Muy pocas. Sin embargo, hay obras modernas. . .

—Eso es, modernas.

La joven Leguízamo pronuncia la última palabra como si mentara algo misterioso y pecaminoso; algo selecto y exclusivo para personas iniciadas en el secreto. ¡Cuántas sugerencias se encierran en tal vocablo para cualquier imaginación ingenua y pueblera!

Pero Sara Luján la mira con cierta malicia compasiva. Y su mirada es sabia, burlona, igual a la del adulto que sonrío ante el cándido asombro y las inocentes preguntas de los niños.

—Me llevaré otro libro, si quieres, Sara.

—Pues vamos a buscarlo en la estantería.

Se meten las tres en un pequeño cuarto con aspecto de costurero. Adosados a la pared hay varios anaqueles; un escritorio en un rincón. La vieja máquina de coser ocupa el centro de la estancia. Cuadros desvahlidos, retratos, asientos con pilas de periódicos y revistas, libros dispersos. En el escritorio, gavetas abiertas y papeles en desorden.

Mientras Carmen y Sara escudriñan en los estantes, en minuciosa búsqueda de un libro que a aquélla le guste, Magdalena, acercándose al escritorio, curioseea desganadamente. Hay hojas con lecciones escritas, cuadernos de apuntes, textos. De pronto, sus ojos se posan en una gaveta mal cerrada, repleta de láminas. Son dibujos pequeños, estampas, reproducciones fotográficas de desnudos artísticos: cuerpos de mujer, esculturas, escenas de la mitología.

Magdalena examina aquello con creciente perplejidad. En otras gavetas descubre cosas inesperadas: novelas picarescas, libros de autores reconocidamente prohibidos para señoritas de cierta edad. Obras de imaginación casi todas. ¡Sorprenvente mezcla de temas sentimentales y realistas, románticos y sensuales, ingenuos y escabrosos! ¿Qué gusto, o qué capricho, confundió allí tan promiscua literatura?

No sale todavía de su desconcierto cuando Sara, que se ha aproximado, dándose cuenta de la requisa le dice riendo:

—Ya lo hurgó todo con seguridad, ¿no? Allí debe haber libros hasta del tiempo de la colonia.

—Y obras del tiempo de los griegos también —afirma Magdalena con intencionado tono.

—Papá leía mucho, y de cuanto se escribe.

—¿Era de su padre esta biblioteca?

—Cuando la hubo, puesto que ya no quedan sino restos, ruinas. Desde que murió todo fue desapareciendo. Un hermano mío, casado, que vive en Bogotá hace varios años, traía también, cada vez que venía, libros que dejaba olvidados; de los que venden y se compran para leer en los trenes, durante el viaje. No se sabe con precisión qué entra y qué sale aquí.

—Pero, ¿leyó usted estos libros?

—¿Cuáles?

—Los que están entre las gavetas.

El rostro de Sara se torna rojo de improviso.

—Sí, es decir... me parece que sí —responde luego, titubeando.

Hay un silencio, que Carmen Leguízamo no comprende.

—¡Bah! —exclama Magdalena de pronto, con risueña despreocupación—. ¡tonterías! Hay libros que no enseñan nada, y hacen perder el tiempo. Yo nunca los leo.

—¿Cómo sabe, entonces...? —arguye Carmen, maravillada.

—Sé de antemano, por referencias, lo que contienen. Bobadas en su mayoría, dislates y absurdos.

La joven Leguízamo se encara con la Luján, resueltamente.

—¿Por qué no me prestas uno de éstos?

—¿No has oído, pues, que no valen la pena?

—Lo decía por informarme... no más... ¿No dicen las gentes, por otra parte, que se debe leer de todo?

—Se dicen tantas cosas disparatadas.

Una voz repite desde la puerta del corredor:

—Sí, es verdad, se dicen muchos disparates; usted tiene sobrada razón, señorita Magola.

Es Marcos Leguízamo, que acaba de entrar. Peinado, atildado, con su aire habitual de solemnidad y cortesía. En el rostro recién afeitado brilla una dignidad pedagógica. Los largos surcos de su frente se han atenuado un poco; en sus ojos hay destellos de euforia, de gozo apacible de profesor en vacación.

—Si se leyera todo, no nos alcanzaría la vida; ni la aprovecharíamos tampoco.

Magdalena sonrío. Salen de nuevo al corredor.

—Vine por acompañar a Carmen a una visita —se cree obligado a explicar Leguízamo.

—Lo estaba esperando, Marcos.

—¿Y a dónde van, pues?

—A casa del inspector Barrios. Jorge y Camila, sus hijos, parten mañana, a ingresar en colegios de la ciudad. Misiá Mercedes debe de estar desconsolada.

—¿Ah, sí? No lo sabía —afirma Magdalena.

—Parece que lo resolvieron a última hora.

—En tal caso —vuelve a hablar aquélla—, me parece que todos debíamos ir. ¿No opinan lo mismo?

—Si quiere acompañarnos. . .

—Pues cómo no. ¿Viene usted también, Sara?

—Yo soy la de menos.

Acordados y convenidos, se ponen en marcha; adelante, Sara Luján y Carmen; detrás, como de mayor categoría, o dignidad, o respeto, Magdalena y Marcos. Se tornaron serios ahora, todos. Leguizamó, por lo menos, le ha dado al acto un significado trascendental, pues avanza con ejemplar decoro, bien poseído de su papel, lleno de la conciencia clara de su misión y su responsabilidad.

XI

En la puerta, al salir, Magdalena casi tropieza con alguien que pasa por la acera. Ambos se han detenido, quedándose un instante desconcertados.

—¡Caramba, dispéñeme! —exclama con voz gruesa y áspera el corpulento sujeto que estuvo a punto de atropellarla, no por culpa de él sino por la prisa con que la maestra salía.

Al hablar, se ha arrancado el sombrero con ruda cortesía. Su habitual traje de vaquero denuncia recientes andanzas por el agro. El semblante se le arrebola por el asoleo.

—Ah, ¿es usted, don Ismael? —saluda Magdalena afablemente y como si nada hubiera pasado, mientras estrecha la mano recia que él le tiende con evidentes muestras de simpatía.

El rico hacendado le inspira cierta devoción respetuosa, casi filial. Raras veces lo vé, apenas lo ha tratado superficialmente, y sin embargo, le parece que se siente ligada a él por secretos vínculos de afecto. Tal vez es porque extiende hasta su persona, por asociación natural de sentimientos, su cariño por Angel, su estimación por la familia de éste.

—¿Cómo va su discípulo? —interroga don Ismael—. ¿Logró al fin meter en razón a ese muchacho díscolo?

—Estoy satisfecha. Ha cambiado bastante. Casi que no se le conoce.

—¿De veras? —dice el hacendado, entre complacido e incrédulo—. Pues si es tal como me cuenta, usted es una santa que hace milagros.

—¡No tánto, don Ismael, por Dios! Angel es muy inteligente; posee sentimientos nobles y generosos. Que tiene el genio vivo, es otra cosa.

—¡Vaya, vaya! Por lo menos no se dirá que no tiene suerte, con semejante maestra que así lo disculpa. Pero me voy, porque ando de prisa. Hasta otra vez será.

Se queda, sin embargo, como titubeando.

—Supe por ahí que la señorita Dueñas está mala. ¿Cómo sigue ahora?

—Hace una semana que cogió la cama, don Ismael.

—¿Y qué le dió, pues?

—Como que son fiebres hepáticas.

—Cosa de los pies, de seguro. Alguna hinchazón.

—No don Ismael; cosa del hígado.

—Ah. Pues no me extraña. De esa pieza vivimos sufriendo todos en esta tierra.

—Pero no es mucho lo que mejora; un día bien y otro mal. Anoche tuve que pasarla en vigilia.

—Se le nota; está un poco ojerosa.

Magdalena enrojece, sobresaltada súbito, pensando que acaso es muy visible su transitoria demacración, mientras el hacendado fija en ella la mirada imperiosa. Cierta palidez le cubre, en efecto, el bello semblante; en torno de los párpados se le ve un halo azulino. ¡Y qué encantadora está con su aire soñoliento, el sencillo traje de olán, y el ramito de violetas frescas que lleva sobre el pecho!

Ismael Martínez la contempla en los ojos, con insistente y repentino interés. La mira como si jamás la hubiese visto. Sí, evidentemente, no la había visto. Cuántas veces se pasa junto a una persona, se clava en ella la mirada, sin verla, sin darse cuenta de que está allí, nada más que por acto maquinal o instintivo; y luégo, de improviso, como si la ceguera cesara, la pupila se inunda de su presencia. Así está viendo ahora Ismael Martínez a Magdalena. Sus ojos se han quedado como hipnotizados, pareciendo alumbrar con inmóvil luz el gesto dramático del labio inferior caído como el belfo de los caballos.

Pero reacciona en seguida.

—Me voy —repite con la voz ligeramente alterada.

Vuelve a tender su mano recia, dura, que Magdalena siente temblar entre la suya; que parece no tener

prisa, porque permanece allí, adherida e inerte, sin querer desprenderse, comunicándole su calor e impregnándola de su tenue humedad.

Sorprendida e inmóvil, lo ve alejarse pesadamente por la calle arriba. Luégo se pone en marcha, cargada con su somnolencia, la preocupación por la enfermedad de Tomasa, y la impresión de ese encuentro inesperado. Siente vaga inquietud; desazón obstinada, ingrata y torturante. Mientras camina, apenas atiende a los saludos amigos.

En la escuela, al llegar, un infantil tumulto la detiene casi a la entrada. En torno de algo que los aglomera y conmueve, los muchachos se apiñan impresionados y curiosos. Forcejeando para abrirse paso, Magdalena pregunta:

—¿Qué ocurre, niños? ¿Por qué se agrupan así?

—A Angel que le dieron una pedrada.

—¿Y dónde está, pues?

—Allí, maestra, tendido en el suelo.

Una chiquilla anota:

—Como que se ha desmayado.

Le abren camino, empujándose y reculando. Sobre el andén, a poca distancia de la puerta, el muchacho está quieto, perdido el conocimiento. La sangre le fluye de una herida en la frente.

—¿Quién lo descalabró? —inquire Magdalena, angustiada, a tiempo que se inclina sobre el cuerpo yacente para examinarlo.

—No sabemos nada, maestra. Angel parecía pelear con alguno, allá en la otra esquina. Se vino, y de pronto se llevó las manos a la cabeza. Cayó por tierra. Pero no pudimos saber quién fue.

—¡Angel, Angel! —lo llama Magdalena quedamente, sacudiéndolo con suavidad.

En seguida se incorpora, ordenando:

—Ayúdenme a llevarlo al despacho.

Lo entran en vilo, colocándolo sobre un banco. Tiene el semblante demudado, caídos pesadamente los párpados. Con el pañuelo empapado en el agua de una palangana, Magdalena limpia con sumo cuidado la sangre de la herida. Le coloca luégo un vendaje. Ahora recuerda con agrado las nociones de enfermería que aprendió en la Escuela Normal. Entre tanto, chicos y chicas van y vienen, como abanico de tonta, o se agolpan en torno, curiosos y asustados.

—No es cosa grave; un rasguño no más, causado por el guijarro. Váyanse todos al salón; yo voy en seguida.

Los escolares salen, despacio.

—¿Y usted por qué no va, Chavita?

La niña se ha quedado allí, sin moverse. Se le adivina la zozobra; se le ve el dolor en la carita compungida.

—¿No me necesita, maestra?

—No la necesito, Chavita; váyase con los demás.

Aproximándose, Isabel pasa con vago temor los dedos por la faz inerte de Angel. Parece acariciarlo. Luégo se marcha también, lentamente, volviendo a mirar.

Magdalena se queda sola. La mañanera luz, bogando en la estancia, ilumina el rostro de Angel; le imprime a su piel tonos dorados de fruta hecha. Es casi un adolescente. Los cabellos crespos y revueltos pregonan la permanente rebeldía de su dueño. Suspira, se mueve; parece quejarse.

—¿Le duele? —pregunta Magdalena, solícita.

Pero no contesta; talvez está todavía bajo el soporcio. Ella se acerca más; pone su cara junto a la suya; percibe su respiración todavía levemente agitada. Y siente de improviso que una avalancha de ternura le sube del pecho angustiado. ¿Qué la retiene allí con tal imperio? ¿Qué vago y confuso sentimiento nace en su alma de pronto, anegándola tan dulcemente?

Magdalena se da cuenta de que, sin quererlo ni proponérselo, por natural e irresistible impulso, sus labios se han posado sobre los del muchacho. Lo siente suspirar nuevamente.

—Maestra... Señorita Magola...

Con los ojos dilatados por el estupor, Angel la mira ahora, casi pegada a él todavía; la mira y sonrío, sin acertar a pronunciar más palabras.

—¿Cómo se siente? —dice ella, apartándose.

—Estoy bien ya; no siento dolor.

—Ahora lo llevaremos a su casa.

—¿A mi casa cargado? —exclama Angel con visible y cómica alarma—. No; si puedo muy bien ir caminando —agrega incorporándose con dificultad.

Después, suplicante y atemorizado:

—No le diga nada a mi papá, maestra; me castigaría.

La cabecita de Isabel asoma nuevamente en la puerta, que se abre con cautela.

—Maestra, —dice con terca solicitud—: si quiere, vamos a llamar al doctor.

—No, Chavita, no es necesario.

Asegura mejor el vendaje con alfileres, advirtiendo luego:

—Aún hay tiempo para dar la lección.

La niña intenta ayudar a Angel, pero éste la rechaza, malhumorado y desdeñoso. Cuando penetran en el aula, todos lo miran con viva curiosidad, y acaso con velada envidia. Están dramáticamente silenciosos.

Sobre el escolar enjambre gravita la trivial atmósfera de las pequeñas tragedias. Ninguna ocasión más propicia que esa, en que los ánimos infantiles se hallan impresionados, para que Magdalena haga una elocuente admonición moral, de carácter general, y seguramente eficaz; pero no hace alusión alguna al suceso. Habla de otras cosas, sin darle importancia al incidente ni sacar moralejas de él.

Sus oyentes, entre tanto, es menos lo que escuchan que lo que miran; sobre la cabeza de Angel vuelan incesantemente las flechas de su curiosidad admirativa. Se convirtió en el pequeño héroe de la mañana. Lo observan al soslayo, examinándolo, midiéndolo. Bajo la misteriosa venda debe de haber, sin duda, alguna herida grande y gloriosa. ¡Bravo muchacho! Y advierten también que un sentimiento de respeto se va apoderando de sus ánimos.

Concluída la lección, Magdalena advierte:

—No vengan esta tarde a clase.

Palabras sencillas que caen como fresca y milagrosa lluvia sobre el sorprendido concurso. Aquel, evidentemente, es día de emociones. Disipado el corto estupor, una algarabía alegre sacude el recinto. ¡Vacación! Voz mágica. Vocablo maravilloso que en su simplicidad y su significado pueril encierra mundos de promesas. A su sólo enunciado la imaginación infantil se puebla de sueños, de jubilosas visiones, de proyectos. Para los unos, los campos aledaños, con

sus quebradas y sus lomas, su monte y sus prados; pájaros, excursión, libertad. Para las otras, los tranquilos juegos caseros: muñecas, dulces, bagatelas.

Salen como el colmenar que se despuebla; haciendo ruido, riendo y hablando a grandes voces, discutiendo planes de diversión. Los trajecitos de colores se confunden como en la paleta de los pintores los tonos variados. Desde la puerta, la maestra los ve alejarse, y dispersarse, y perderse a lo lejos, lo mismo que una alegre visión que se desvanece. Y sonrío suspirante.

XII

Recostada en la mecedora, bajo la grata penumbra del corredor, siente que los párpados se le caen grávidos de sopor. La solana es tibia, y entra allí tamizada por la tupida red de las trepadoras y el espeso y fresco follaje de los altos árboles del patio; y sinembargo, le cuesta trabajo sustraerse a la pesada somnolencia. El isócrono golpe del agua que gotea en un tinajón, desprendida del viejo filtro, agrava la predisposición letárgica.

Son más de las dos. Un pequeño volumen se le quedó abierto sobre el regazo. Sosteniendo la nuca, la mano izquierda está levantada atrás, mientras que la diestra cae a un lado de la mecedora, a modo de desmayada flor. En el piso, limpio y brillante, traza la luz dibujos caprichosos, encajes fantásticos que tejen las agujas del sol en la sutil tela de sombra. También sobre la página del libro se posó, plegando las alas, el pájaro luminoso de un dardo solar, agudo y fulgente.

De repente, con brusco sobresalto, se incorpora en la mecedora. Se queda un rato así, inmóvil, pensativa. De nuevo intenta leer en el pequeño volumen. Y se levanta al fin, para dirigirse a la habitación de la enferma.

En el lecho monumental, antiguo y suntuoso, Tomasa descansa. La alcoba es espaciosa, penumbrosa, imponente. Grandes armarios se alzan en los oscuros rincones. Entre dos de ellos, junto a la ventana cerrada, brilla opacamente la luna del enorme tocador. Al lado de la cama hay un velador, con la lamparilla encendida y un jarrón colmado de rosas. Se percibe confuso olor de olores revueltos: drogas, flores, zahumerio.

—Ah, ¿estaba usted aquí, señorita Magola? No la había sentido.

—Me quedé esta tarde, por acompañarla, y también para descansar un poco ¿Cómo se siente?

—Mejor; casi bien ya.

Tras de corta pausa pregunta:

—¿No vendrá ahora el doctor Aguirre?

—Advirtió que vendría esta noche.

Tomasa suspira, removiéndose entre las cobijas.

—El pobre se mantiene tan ocupado. ¿Pero no le parece, señorita Magola, que debía venir con mayor frecuencia? El buen médico tiene que ser asiduo. Recuerde que al principio venía tres veces por día.

—Como está ya fué ra de peligro...

—Puede ocurrir cualquier recaída.

—No lo permita Dios, señorita Tomasita.

Magdalena arregla la llama de la lamparilla.

—¿Quiere que abra la ventana? —pregunta luego.

—No, déjela así; el aire puede hacerme daño.

Magdalena se sienta. Permanecen un rato en silencio. El ruido de un reloj de mesa, acompasado, semejante al picoteo de las aves de corral sobre una superficie dura, adquiere insólita resonancia. Por momentos se torna trascendental.

—¿Qué ha dicho de mí el doctor Aguirre?

—El primer día opinó que la enfermedad no era de cuidado.

—¿Y después?

—Dijo que era asunto de pocos días que se mejorara.

—¿Nada más?

—También alabó su buena constitución.

Tomasa vuelve a suspirar.

—Es muy bueno el doctor Aguirre —musita—. Lástima que lo acompañe tan mala fama.

—¿De qué? ¿De médico?

—¡No niña, por Dios! De hombre enamorado.

Tomasa agrega, con súbita y sorda irritación;

—De mujeriego, de tenorio.

Al anochecer llegan Sara y Matilde.

—Venimos a acompañarlas un rato, Magola.

La noche, en plenilunio, adquiere en breve misteriosa belleza. Una lumbre pálida, sin color, y como dormida, baña suavemente el caserío, prendiendo racimos impalpables en las ramas de las palmeras, esmaltando de plata los empedrados. En el patio silencioso, y en los corredores, se tiende como césped y alfombra; cuelga como festones y lianas; quédase suspensa en el aire quieto, como flotantes velos.

—¡Qué noche más linda! —exclama Matilde.

Sara comenta con su risa de todas horas:

—Sí, noche como para el amor.

Entran en la alcoba. Conversan. Cuatro mujeres en la intimidad, jóvenes todas y atrayentes, tienen siempre mucho qué hablar; pueden hablar la noche entera continuamente, y muchas noches más. Y no acabarán nunca. Ahora, no obstante, lo hacen con cierta parsimonia. Tomasa, con sus habituales reservas. Las otras, diversamente cohibidas.

A las nueve, las sacude un aldabonazo.

—Ya está allí —dice la enferma con la voz agitada, estremeciéndose.

—¿Quién?

—Pues el doctor Aguirre.

—Iré a abrirle yo —anuncia Sara.

Sale, y regresa a poco muerta de risa.

—Adivinen quién era.

—Ah, ¿no era él? —suspira Tomasa contrariada.

—Es Matías, que viene a averiguar por la enferma. Lo hice sentar en el corredor.

Magdalena exclama con ingenua alarma:

—¿Y van a dejarlo solo, pues?

—Matias no se aburre. Es bien capaz de estarse allí como un poste, hasta que amanezca.

—Yo voy a atenderlo.

Junto al contraportón, bajo la bombilla que ilumina la entrada, el bobo espera dignamente, en actitud circunspecta. Se ha sentado en un taburete, rígido, con el busto erguido e inmóvil, las rodillas juntas, y las manos sobre las rodillas. En la vieja percha se puede ver, colgando con aire de premios de cucaña, el hongo lustroso y el bastón; los guantes asoman tímidamente por uno de los bolsillos de la americana del bobo.

Se levanta cual un resorte, al ver a Magdalena:

—Buenas noches, Matías.

—Para servirle, señorita.

—Pero vuelva a sentarse. Y dispense que lo hayamos hecho aguardar.

—¿Cómo sigue la enferma?

—Está casi bien. Mañana, o pasado, creo que se levantará.

—Ajá. ¡Cuánto me alegro!

Matías no sabe qué otra cosa decir; se siente desconcertado, incómodo; hace movimientos extraños, sin objeto aparente. De pronto exclama, como el náufrago que se agarra a una tabla:

—Muy bonita la noche, ¿no?

—Sí, Matías; la noche está muy bonita.

—Y sobre todo clara, ¿no?

—Parece que está clara, en efecto.

Matías vuelve a hundirse en angustioso silencio. Si tuviera al menos en las manos el hongo lustroso, para darle vueltas, o el grueso bastón, para dar golpecitos con él sobre el piso. Unas manos torpes, o vacías, son algo terrible para quien se ve obligado a guardar silencio porque nada tiene qué decir, o porque nada se le ocurre.

—¿Le gusta la luna, Matías? —pregunta Magdalena, compadecida.

—Oh, sí, me encanta; ¿y a usted?

—A mí también me gusta bastante.

—Pues entonces nos gusta a ambos.

—Eso creo. ¡Qué feliz coincidencia! ¿Es usted poeta?

—¿Poeta?

—Le pregunto si le agrada hacer versos.

—Ah, versos... Por allí tengo unos guardados.

—¿De veras? ¿Me permitirá leerlos?

—Pero si usted debe conocerlos.

—¿Yo? No sé cómo...

—Son de don Julio Flórez.

—Ah, —exclama Magdalena súbitamente desentantada.

Matías, animado por el imprevisto diálogo, sigue diciendo:

—Don Marcos Leguízamo hace también versos. A la señora viuda de Cañizales le compuso unos muy bonitos.

—¿Le gusta la viuda al maestro Leguízamo?

—No; fue por encargo mío.

—Ah. Pues ahora recuerdo que en alguna ocasión oí hablar de esa viuda y de no sé qué enredos con usted.

Bajo la luz de la bombilla, Magdalena lo ve enrojecer; comprende también que a Matías le agradan aquellas bromas.

—Me voy —dice éste, levantándose de nuevo.

Y mientras Magdalena, gentil, le entrega con suma urbanidad el bastón y el hongo lustroso, él se deshace en despedidas y reiteradas reverencias, las que combina con todo género de votos, pronósticos y deseos por la salud de la enferma y por el sueño tranquilo y reparador de su interlocutora.

Matías saliendo, y el médico Aguirre entrando, fue como cosa convenida; casi chocan en el portón.

—Por lo visto, tenía usted visita, señorita Magola.

—Sí, doctor, visita, y muy simpática.

—¿Cómo va la paciente?

—Muy bien. Toda la tarde estuvo esperándolo.

—Mañana la daré de alta.

Precedido por Magdalena, penetra en la alcoba. Su saludo es alegre y desenfadado, pero se le nota cierta premura.

—Tengo qué ver a otros enfermos esta noche.

Tomasa suspira en su lecho; se rebulle; tose.

—A ver, ¿cómo va esa fiebre? ¿Qué tal se siente, amiga mía?

Aproximándose, le toma el pulso; le baja luego con el índice unos de los párpados.

—Muy bien, muy bien. Ahora le pondremos una inyección.

—¡Uy! —exclama Tomasa con nerviosidad y melindres—. ¿Dónde me la colocará hoy, doctor?

—En el brazo, si le parece bien.

—Sí, cómo no; lo malo es que me dejará cicatriz; tengo la piel tan delicada.

—¡Pero una punzada de aguja, mi querida amiga!

—A mí todo se me encona, doctor.

—Pues la pondremos en el muslo.

Matilde sale en ese momento.

Efectuada la pequeña operación, entre aspavientos y melindres de Tomasa, y mientras Magdalena y Sara se ocupan en limpiar y arreglar los instrumentos, Carlos Aguirre va a lavarse las manos. Conoce bien la casa, sabe el camino de memoria. Al extremo del corredor descansa, puesta sobre una mesa, la enorme aljofaina. La luz es allí más atenuada; casi que es la sola luz de la luna la que alumbra. Hacia la izquierda puede verse una de las puertas del comedor, mal cerrada; el interior obscuro.

—¿Quiere darme agua... Matilde? —dice el médico en tono de ruego, encontrándola en el trayecto, ya de regreso ella a la alcoba de la enferma.

Tras de corta vacilación, la interpelada se devuelve.

—Con mucho gusto, doctor Aguirre. Pero no olvide que me llaman señora de Panezo.

—Es verdad —suspira él con socarronería—; ¡afortunado marido!

Avanzan juntos hasta el aguamanil. En la penumbra lucen, tranquilos y burlones, los ojos enormes de Matilde. Se mueve con andar ondulante y felino, que le imprime a su figura alta y estilizada suavidad de deslizamientos. Carlos Aguirre pensando acaso que las oportunidades son contadas, le habla rápidamente, con cierto apremio, y a la vez con cierta zozobra, por el temor de ser sorprendido.

—¿Quiere verter el agua mientras me enjabono?

Matilde, con el jarrón en alto, ofrece el curioso aspecto de una Samaritana bajo el crepúsculo.

En la alcoba, entre tanto, Magdalena, concluido de arreglar el instrumental, le habla a su compañera.

—¡Qué sed tengo! Quédese, Sara, con la señorita Tomasita, mientras voy un momento al comedor.

Sale, y no tarda en percibir la voz agitada y confusa del médico, en diálogo con la de Matilde. Un sentimiento agudo de invencible curiosidad la asalta en seguida. Lucha brevemente contra sus escrúpulos. Pero decide al fin enterarse de aquello, saber algo. ¿Qué ocasión más propicia que ésa para formar opinión por sí misma?

Escondida en el comedor, inmóvil y atenta, escucha el estupendo coloquio.

—Sí, ya sé que es casada; y conozco también su situación. Pero, ¿quién puede afirmar que el matrimonio es siempre la felicidad? Para usted no lo ha sido, ni lo es, ni lo será nunca, desgraciadamente, a juzgar por las circunstancias en que vive. Y no es ésta la suerte que merece.

—La mereceré cuando me ha tocado.

—¿Qué rara mujer es usted, Matilde! Cualquiera pensaría que está contenta, o que se resigna a su destino.

—No soy sino una mujer como las demás.

—Las otras no se conforman con no ser dichosas.

—¿Y quién le dijo que no lo soy?

—Oh, perdóneme. Comprendo que es usted orgullosa. Pero todo el mundo conoce aquí su... ¿qué diré?, pues su ventura conyugal. Yo quiero ser franco y sincero. ¿Por qué se empeña tanto en ocultar sus penas, Matilde? Las adivino, y las comprendo. Y sufro también con usted, porque la quiero hace mucho tiempo. ¿Seguirá usted ignorándolo de propósito?

Matilde no responde. El médico continúa, exaltado, sin acabar nunca de secarse las manos con la toalla que ella le ofreció:

—Dígame, Matilde, que no seguiré siendo indiferente al amor que me abrasa. Este juego suyo, de bromas y veras, acabará por enloquecerme. ¿No me dirá una palabra, una sola palabra de verdad?

El silencio que sigue es hondo, angustioso; silencio de esos en que pueden ocurrir tantas cosas. Magdalena oye luego el rumor de un repentino forcejeo, sordo, rabioso; después, la voz acezante y colérica de Matilde.

—¡Cuidado, doctor Aguirre! No pierda la cabeza. ¿Se olvida acaso de dónde está, y con quién se encuentra?

—¡Matilde, no me exaspere, por favor!

—Pero, ¿es que se ha vuelto loco?

De repente, con ruido seco, suena el golpe imprevisto de una bofetada.

—¡Magola! ¡Matilde! ¿Dónde se metieron, muchachas?

Es la voz ansiosa de Sara, que las llama.

—Ya voy —responde en el acto Magdalena—; ya vamos.

Cuando vuelve a salir al corredor, el médico Aguirre ha ganado nuevamente la alcoba. Pálido, pero sereno y sonriente. Matilde está también allí, cual si nada de particular hubiera ocurrido.

En su lecho monumental, Tomasa se queja.

—¿Le duele todavía?

—Sí, doctor, me siento bastante adolorida. Esta vez tuvo usted dura la mano.

—No se desconsuele —dice Aguirre con intencionada mordacidad—; hay otros que la tienen más dura.

A pesar de la situación, Magdalena está a punto de soltar la risa. Se contiene, disimulando. Mira otra vez a Matilde, asombrada de su tranquilidad. ¿Cómo creer que hace un momento sufrió tal arrebató si ahora está allí, calmosa, casi impasible, sacudida acaso por interior tormenta, insospechada por los demás? Le parece que por el semblante de Matilde, grave y encantador, pasa impalpable nube de tristeza; sus ojos bellos e inmensos se han oscurecido más; la boca se le contrae levemente con tenue mueca de amargura.

Siente que brusca simpatía la llama hacia la mujer de Panezo; que en el alma le nace, cual imprevista flor, misteriosa ternura. Así suelen generarse no pocos sentimientos: de pronto, suscitados por cualquier detalle, por la expresión fugaz de unos ojos o el tono de una frase trivial. ¿Quién puede saber con certeza cómo y por qué nace el amor, o el afecto, o la admiración? ¿Y cuándo precisamente comienza? A veces está allí, en el ánimo, y no se sospecha su presencia; dormido y como latente, talvez temeroso de sí mismo y de salir a luz. A veces acaba apenas de encenderse, igual que súbita llama, y parece que es antiguo ya, o está aposentado en el espíritu desde muchos años atrás.

Aguirre se ha despedido hace rato. Ahora, en el corredor, a la entrada, las tres amigas se dicen adiós hasta mañana.

—Son las diez y media —advierde Sara, consultando el reloj.

Y agrega, en voz baja, con travieso tono de burla:

—Pero qué cismática estaba hoy Tomasita. ¡Uy, uy, uy, doctor! ¿Dónde me la pondrá esta noche? Mire, por Dios, que se me encona.

Se tapa la boca, para atajar la risa, mientras las otras sonríen a su pesar.

Cuando estrecha la mano de la mujer de Panezo, Magdalena le dice con inesperada dulzura:

—Buenas noches, Matilde. Si puede, vaya mañana por la escuela, para que demos un paseo. Y usted también, Sara.

XIII

La tropilla escolar avanza, en alegre desorden, por el ancho sendero trillado a través del campo. El claro sol de estío, tibio y dorado, baña con su radiante luz el vasto paisaje. Bajo los matorrales, estridentes y monocordes, prolongan su metálico grito las tercas chicharras. El aire está quieto, grávido, porque no sopla brisa ninguna, y todo parece desfallecer bajo el bochorno de la hora, que no turba más ruido que ese canto acerado, áspero e interminable de los grillos.

La llanada por donde van, bordeando las dehesas cercadas, saltando angostas acequias, dejando atrás las sementeras, está sembrada de árboles, ranchos dispersos, pequeñas fincas rurales. En algunas partes el césped verdea con tonalidades tiernas y frescas todavía; en otras ha tomado el tinte amarillo de la vegetación que maduró el verano.

Desembocan por fin en despoblado paraje. Al frente, a pocas cuadras, se alza una colina; grandes peñascos diseminados, incrustados en tierra como monstruosas gemas en burdos engarces, le comunican al lugar aspecto salvaje de cantera virgen; por las laderas y las faldas, bosquecillos espesos son como grandes manchas sombrías donde el resol se quiebra con opacos destellos. Sinuoso, jovial, apareciendo y ocultándose, con veleidades caprichosas de reptil que avanza al azar, un

arroyo de aguas ruidosas corre al pie del alcor, sin que se pueda saber al punto dónde nace y dónde claudica.

Muchachos y muchachas, que al principio se confundieron en la desbandada arbitraria de la salida, cuando en la linde del pueblo la maestra dio orden de romper la formación regular, ahora caminan en grupos, en patrullitas constituídas al acaso, u organizadas por la simpatía o la tendencia. El campo los ha enardecido, la libertad efímera les alborotó la inventiva y el espíritu aventurero. Para el chico del burgo, el agro será siempre misteriosa región, continente colmado de maravillas; cuando menos, fuente perenne de emociones frescas y silvestres. ¡Ahora, para el escolar que sueña a todo momento con la escapatoria del aula! Del aula que es la prisión y la disciplina. Del caserío, del poblado, que es esa cosa grande, permanente y abrumadora, habitada por gentes mayores que no lo comprenden, y que quieren vivir la vida tan diferentemente porque no saben verla como los niños.

Una pabela inmensa cubre la cabeza de Magdalena; para venir a ese paseo, reglamentaria excursión de cada semana, se puso el traje más usado, los zapatos más viejos, y dejó olvidadas las medias en el ropero. Bajo el ala del ancho sombrero su faz parece reducirse. Es como la chiquilla mayor entre la animada tropa infantil. Una ramita seca se agita en su diestra, golpeando al pasar las altas y delgadas hierbas, azotando los calcinados pedruzcos, rozando a veces el sediento piso del sendero. En la otra mano lleva un libro.

A su lado, con aire de ser el discípulo más formal, camina Angel Martínez. Va enfurruñado aún, porque a la salida Magdalena le decomisó la cauchera. ¿Cómo cazará pájaros ahora, sin herramienta? Se siente desarmado, y por lo mismo insignificante y paupérrimo frente a la espléndida perspectiva campestre. La verdad es que se resistía a venir, pero la maestra le persuadió por fin con una caricia y la promesa de devolverle al regreso la honda mortífera.

Durante largo rato Magdalena les ha hablado con sencillez, sobre la belleza del agro; exaltando el vivir bucólico; haciendo la apología de la agricultura. Después ha callado, mientras el enjambre se dispersa otra vez, inestable y gárrulo, para correr por la llanada, tras de los saltamontes, o para organizar brigadas de juego.

Aparte, rezagándose de propósito, Isabel Moncada camina con una compañerita; tiene doce años ya y aspecto de gravedad precoz que tiende a apartarla de las preocupaciones pueriles de las otras. Su compañera es blanca y delgada como ella, presumida como ella; ambas tienen parecida voz imperiosa; ambas son ricas; pero Isabel parece ejercer cierto dominio y autoridad. Los mismos años las asemejan mejor. Se podría pensar, a primera vista, que son gemelas.

Dialogan en voz baja, andando despacio, abrazadas mutuamente por las cinturas; y las miradas de Isabel vuelan frecuentemente, al soslayo, hacia el grupo que forman Angel y Magdalena.

De repente, imprevisto estallido de risas los obliga a todos a mirar hacia la derecha. ¿Qué ocurre? Es el potecito Agustín que voltea como bola de carne sobre el prado, dando respingos y bufidos. Catalina y otra muchacha corren detrás, para darle impulso cuando se para.

—No, no, que lo asfixian; no lo empujen así.

—Déjelo, maestra, a ver si desengrasa un poquito.

Tulita, compadecida de la suerte del gordiflón, llora plácidamente, mientras se enjuga las narices con la punta del delantal.

Martina, entre tanto, ha venido hasta Magdalena para protestar contra el atropello. El pálido rostro se le ha coloreado por la indignación, y las pupilas zarcas le brillan bajo las gafas con fulgores de agua azulina.

Pero Agustín, incorporado ya, impasible y heróico, se ha plantado sobre las piernesitas abiertas cual invertida horqueta, lo que lo hace parecer más pequeño aún, mientras se sacude decorosamente la tierra y las briznas de hierba del vestido.

Están al pie de la colina. Entre gritos y risas, la tropa toma posesión del lugar: asaltando peñas, trepan-do a los árboles, saltando por sobre el arroyo. Las chi-quillas, por su parte, establecen ruedas de juego.

Durante media hora Magdalena ha contemplado aquello, encantada y absorta; también con algo de

perplejidad, como si no supiese qué actitud apropiada adoptar ante sus alumnos. Se sienta por último sobre un pedruzco saliente, con el fin de distraerse leyendo.

Angel, que se apartó hace poco, se le acerca agitado.

—Maestra, ¿no va a jugar, entonces?

—¿Yo? —responde ella, como sorprendida por la pregunta.

—Es que la veo con un libro, y pues. . .

—Pero, ¿qué se le ocurre, que juegue yo, Angel?

—Acabo de armar un columpio en aquel mango.

—¿Ah, de veras?

Mira en la dirección indicada, y agrega:

—Me gusta la idea. Vamos a mecernos un rato.

El trapecio es rústico, fabricado con resistentes bejucos y un trozo de corteza de árbol.

—Suba usted primero, maestra.

—No, usted primero, Angel.

Con el impulso inicial, el muchacho se balancea. Parece un diminuto acróbata del aire. Delante, controlando el vaivén, Magdalena ríe, la inmensa pámela echada atrás sobre la nuca.

—Ahora sí usted, maestra.

Angel la impulsa a su turno, poco a poco, cohibido talvez por el sentimiento de respeto; casi no se atreve

a mirarla; la ve subir y bajar, serio, transido de la impresión tenaz de que desempeña en tal instante funciones de honor y de evidente importancia.

—Más duro, Angel, más duro.

El muchacho se esfuerza; el rostro se le cubre en breve de intenso soflama; bajo los cabellos revueltos tenue humedad le empapa las sienes morenas. Ahora ha cobrado más ánimo. Arriba, al ascender, las faldas se pliegan; y cuando regresan de nuevo, en el descenso rítmico, se abren como abanico, abombadas por el aire vivo, dejando ver por un instante la línea turgente de las piernas. Son como lampos de luz esos relámpagos de blancura, arrancados por el movimiento a la carne limpia y desnuda.

—No más, Angel; basta ya.

¶ Pero parece fascinado. La agitación, el calor, la risa, pusieron sobre el rostro de Magdalena cautivadora gracia. De su mirada fluye, cual de escondida fuente, el misterioso encanto de su juventud triunfadora. Nunca la vio así Angel Martínez.

Sentados sobre la hierba, a corta distancia, pero ocultas casi por un matorral, Isabel Moncada y su compañera observan con atención la escena del columpio. Siguen hablando paso, como dos pequeñas conspiradoras. Los labios delgados de Isabel se contraen a cada momento con pucheritos de fastidio y enfado.

—Ojalá se cayera esa vieja —dice.

—No, Chavita, no; es pecado desear mal a los otros.

—Yo no la quiero a la maestra; desde que llegó se ha cogido a Angel para ella sola. Como si fuera suyo, y no de su mamá.

—¿De quién es úno, Chavita?

La chiquilla va a resolver el inesperado problema que plantea la pregunta ingenua, cuando un ruido sordo de ramas que crujen las obliga a quedar suspensas. Es cosa de segundos. El columpio se ha venido abajo, y Magdalena está allí, sobre el suelo, con las ropas desordenadas, en tanto que Angel, en su consternación, apenas se atreve a moverse.

—Venga, déme la mano.

Tembloroso, torpe, la ayuda a levantarse. Ha enmudecido. Por su cara turbada pasan oleadas rojas de vergüenza.

—Yo tuve la culpa —balbucea—; yo, maestra.

—Pero si nada pasó; si no fue más que un susto... Ahora, vamos a subir la colina, ¿quiere?

En lo alto se detienen. Desde allí se divisa una grande extensión del campo. Fresco viento ha empezado a soplar, suavizando el ambiente cálido.

—¡Cómo me gusta contemplar el paisaje así, desde las lomas! Si pudiéramos quedarnos hasta el atardecer, y ver llegar la noche. ¡Qué lindos son los cre-

púsculos! la noche con sus estrellas, y su silencio, y su paz misteriosa. ¿No le agrada también a usted, Angel?

—¿Qué cosa, maestra?

—Pues las noches bonitas, hombre.

—Cristina dice que las noches bonitas son las de luna, porque puede salir de paseo con el novio.

—Ah, bueno, también por eso. Y usted, ¿cuál prefiere?

—La noche en que hay cine, o retreta.

Magdalena ríe, divertida.

Ahora vamos a bajar por otro camino; y cruzaremos el arroyo.

Cerca de allí, en el abajadero, hay un vallado en ruinas; seguramente formó parte, o la forma aún, de algún viejo lindero, o es la pared de cualquier casa que se cayó o no fue concluída. A trechos, sobre el vallado, crecen bardas tupidas: zarzas, maleza, trepadoras silvestres; vegetación profusa e inútil. A distintas alturas, como saeteras de fortificación, tres o cuatro agujales semejan cortaduras sin sangre, ojos alargados y muertos.

Con agilidad simiesca, Angel brinca la vieja tapia, para ayudarle a Magdalena. Trepado a horcajadas, le tiende una mano para que suba. La pared no es alta,

pero exige para salvarla cierta destreza, o un esfuerzo de músculos. Por un momento permanecen los dos allí, mirándose, el uno bizarro jinete, la otra pintoresca amazona, mientras la brisa de la tarde les bate los cabellos como banderas. En los ojos claros de Magdalena hay fulgor jubiloso, radiante, de gozo infantil e ingenuo.

Desde el opuesto lado Angel, con petulancia varonil, confiado temerariamente en sus fuerzas, y viendo que ella se dispone a saltar, acude veloz a recibirla; pero lo hace con tan poca fortuna, que, no pudiendo resistir el peso del cuerpo, maestra y discípulo ruedan sobre la hierba. Esta vez la hilaridad de Magdalena, pasado el susto momentáneo, es tan franca y sonora que contagia a su desventurado compañero. Tendidos en tierra, todavía el uno sobre el otro, sienten recíprocamente el calor de sus cuerpos, el jadeo de sus respiraciones, la sacudida alegre de sus risas.

Ella se incorpora de pronto, y paseando en torno la mirada se percata con cierto rubor de que algunos niños y niñas, que se enteraron del percance, los observan con interés, riendo y palmoteando encantados, cual si se tratara de un espectáculo.

—Camine, Angel —ordena con tono de súbita seriedad, apresurando el paso—; se nos está haciendo tarde.

Tiene las mejillas ardientes, los ojos mal alumbrados por luces furtivas de vergüenza. Se pregunta si

esos juegos ingenuos, pero que pueden amenguar su autoridad y respeto, quedan bien en una maestra. Pero ¿es que ésta ha de ser necesariamente dómine, o adusto bedel para espantar a los niños? ¿No juegan las madres con sus hijos? ¿Y no es la maestra como una madre?

Al cruzar el arroyo se apoya otra vez en Angel, pasando un brazo sobre sus hombros. Despojada del viejo calzado, pone los desnudos pies con suma cautela sobre las piedras. El agua cristalina corre con delgado rumor por entre las grandes guijas limpias y bruñidas.

—Cuidado con un resbalón, no vamos a salir de aquí convertidos en una sopa.

El muchacho siente sobre sí el dulce peso del brazo de la maestra; casi el peso entero de su cuerpo. Maravillosa sensación lo recorre. La contempla furtivamente, entre cohibido y feliz de llevar tan preciosa carga. Y le parece que ahora, más que nunca, su personita ha ganado extraordinaria importancia. ¿Qué otro escolar podría envanecerse de desempeñar iguales o parecidas funciones? A veces amaga vacilar por los movimientos bruscos de Magdalena, que, a punto de perder el equilibrio, se apoya contra él con mayor fuerza. Pero, por fin, ganan la orilla.

XIV

Durante muchos días una venda sutil cubre los ojos de Magdalena; vive en continuo éxtasis, en inefable dicha de donde apenas alcanza a sacarla transitoriamente la realidad de sus cotidianos deberes pedagógicos. Pero, ¿es que me enamoré de verdad? —se pregunta ella misma en sus soliloquios, con cierto delicioso candor, admirada y feliz a la vez por el sentimiento que se le metió de pronto en el alma, con quedos pasos de ladrón, instalándose allí arbitrariamente, como en su propia casa, y con el desenfado de un señor abusivo y déspota. Igual, sí, que cualquier tiranuelo, de esos que se constituyen en dueños de vidas y haciendas y no admiten otra autoridad que la suya.

Fue inútil razonar; vano pretender tantas veces analizar la paradójica situación en que las circunstancias la colocaron sentimentalmente. ¿Y cómo esperar que pudiese llegar así a las conclusiones sensatas y discretas? Los sentimientos no toleran razones, y si las admiten ha de ser necesariamente en su favor; la verdad no puede soportar tergiversaciones, porque dejaría al punto de serlo. Y la verdad simple y elemental es que Magdalena está enamorada. ¡Enamorada! Eso es. Encendida en pasión ingenua; llena como la copa rebo-

sada, de esa embriaguez dulcísima que levanta y transporta el ánimo, y anega la mente, y aprisiona la voluntad, y en la que se confunden ahora, en su caso, los sencillos impulsos del corazón con los excesos imaginativos y los sueños absurdos o lógicos de la fantasía.

¿Cuándo prendió la llama en su espíritu? ¿En qué momento se escurrió traidora y clandestinamente dentro de su sér el gusanillo de luz que la ilumina y la roe tan gratamente? Y esa música interior que suena con tanta dulzura, como si ella misma fuera milagroso instrumento de melodías, ¿de dónde proviene?

Magdalena se pregunta con cierto pasmo si no es un contrasentido tan insólito sentimiento, tendido cual peligroso puente entre ella, mujer de veintidós años, y Angel, que apenas amaga llegar a la adolescencia; sentimiento que es, si se acepta la realidad del símil, como la aproximación vital entre la abierta flor y el capullo. ¿Cómo pudo nacer aquello? Pero lo cierto es que está allí, presente y vivo, dominador e intransigente, presidiendo sus pensamientos, controlando sus actos, acompañándola y siguiéndola con sus inaudibles pasos de sombra. Y asomándosele al rostro también, incauto y confiado, por los postigos de los ojos, y el arrebol mañanero de las mejillas, y la luz melancólica y blanca de la sonrisa que ahora se alegra con júbilos y resplandores de fiesta.

Sin quererlo, pese a su voluntad y a su vigilante cuidado, no se percata a veces de que los ojos de sus discípulos están fijos en ella con insistencia, y sus oídos atentos, y su curiosidad lista como antena. Sus movimientos la delatan, sus gestos denuncianla, el tono de su voz la distribuye y vende. ¡Qué mal histrión es el amor y cuán torpe para la ficción y el disimulo! Por eso cuando lo mira a Angel, cuando le dirige la palabra, adquieren sus ojos expresión de caricia que a todos sorprende, y toma su voz dejos de ternura tan penetrantes y hondos que los demás se ven obligados a volverse para contemplarla con asombro.

Ah, pues si ya comenzaron a despertarse también celos y envidias, entre los escolares, por esa ostensible preferencia que los criterios infantiles aprecian como una desigualdad, y por aquellas constantes manifestaciones de protección y afecto.

El reloj de la escuela acaba de articular diez sílabas pausadas y graves. Despacio, con intencionada morosidad, para ver si el discípulo más amado se marcha también, o se retrasa como suele hacerlo frecuentemente, chicos y chicas van saliendo. De todos, la más morosa y celosa es Isabel Moncada. Pero en esta ocasión, Angel se ha apresurado a irse, quién sabe con qué interés callejero.

Cuando se queda sola, Magdalena va a su despacho, a buscar la maletita de mimbre; se maquilla de prisa el rostro; cierra la puerta de la calle, y a paso

menudo se encamina en busca de su amiga Sara Luján. Aunque convinieron desde la víspera que se encontrarían esa mañana a las diez en punto, para salir de compras, Sara no ha suspendido la clase todavía. O la espera a Magdalena, haciendo entre tanto que sus alumnas se ejerciten en las cartillas.

Desde la puerta, al entrar, oye Magdalena el anárquico coro de voces.

—Dios hizo a la mujer de una costilla de Adán.

—Dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí.

—Los alimentos no deben tomarse con los dedos, con excepción del pan y los espárragos.

Son voces agudas, de diferente diapason, monótonas y casi estridentes; voces maquinales, que dan la impresión de un sonsonete terco y sin sentido.

Sara domina, dando fuerte golpe en la mesa con una regla, la fragorosa algarabía.

—No griten tanto, caramba, que me rompen los tímpanos.

Se produce un silencio mágico. En el rincón más apartado, una chica de ojos saltones le pregunta a su compañera, de mayor edad, bajando la voz:

—¿Qué es eso de espárragos, ah?

Como lo ignora, la interpelada encoge los hombros con indiferencia.

—Yo qué sé; será algún pescado.

—Pueden continuar estudiando —vuelve a decir Sara—; pero no quiero que hagan escándalo.

Las voces tornan a entonar su estribillo.

—Dios hizo a la mujer de una costilla de Adán.

—Dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí.

—Los alimentos no deben tomarse con los dedos, con excepción del pan y los espárragos.

Arrastran las últimas sílabas. Poco a poco, con insensible cambio, el diapasón sube de nuevo. La bulla se impone otra vez. Pero Sara, viendo entrar a su amiga, la apaga ahora definitivamente, con brusco ademán e imperioso acento, como si una voz fuese un manotón dado contra la llama de una bujía. En seguida se levanta, muerta de risa.

—Y esa maleta, ¿para qué, Magola?

—Tengo que comprar hilos para bordar, y también... dulces; y como no han de caber en la cartera...

A poco caminan, despacio ahora para examinarlo todo a su amaño y no acalorarse demasiado, por las asoleadas calles del pueblo. Juntas, forman la pareja más atrayente de muchachas, de cuantas en esa mañana cálida hubieron de salir de sus casas por diversos motivos; parejas escasas, es verdad, pero que le comunican al precario tránsito local cierta animación

imprevista. La menuda figura de Sara, coronada por sus cabellos leonados, recogidos y sedefios como la barba de las mazorcas, apenas si excede del hombro de su compañera, empinada ésta y gallarda, y cuyas claras pupilas se contraen graciosamente por la crudeza de la luz. Magdalena habla poco en ese momento; Sara, en cambio, lo hace por ambas, comentándolo todo, riendo y bromeando sin tregua.

—¿Se fijó, Magola, en el señor que acaba de pasar? Es un ganadero de los más ricos que hay por aquí. No tiene más de setenta años, pero ya lo ve: camina derecho, y quiere casarse.

—¿Es viudo?

—No; solterón que por poco se queda así.

—No serán novias las que le falten.

—Lo malo es que no se proporciona; se le ocurrió que la esposa no ha de tener más de quince años. ¡Fígúrese!

—Quizás haya alguna...

—Claro, —continúa Sara con cómica desolación—, que tan buen partido no es para nosotras dos. Ya estamos viejas para él.

Magdalena se vuelve con vivacidad hacia su amiga.

—No haga burla, Sara, de estas cuestiones. ¡Quién sabe qué razones puede tener ese caballero para pensar de tal suerte! Además, ¿quién dijo que el amor tiene edad?

Se han parado de pronto frente a una gran tienda con vitrinas. El establecimiento podría ser miscelánea de artículos, bazar, o heterogénea exposición, según la diversidad de mercaderías que contiene. Tras del mostrador, el hortera bosteza. Al ver a las jóvenes parece animarse súbito, para acudir solícito, con aire galante y servicial, bien provisto de una sonrisa que sin duda no es para todos los clientes.

Magdalena no va a comprar sino fruslerías: baratijas de costurero, algún retazo quizás; Sara, probablemente nada. Pero hacen bajar de los estantes buena parte del almacén, para curiosear. Examinan telas vistosas, discuten sobre formas de calzado, miran y palpan medias que parecen tela de araña; por sus manos pasan adornos y bagatelas de tocador, como si pasaran por entre las manos de un jurado. El dependiente infatigable y paciente, trae y devuelve a su sitio, mientras hace la apología del artículo con llamativas hipérboles, alabando su frescura y su novedad. Todo esto a tiempo que enciende, en honor de sus clientes, la pirotecnia de su sonrisa. ¿Qué importa, en el fondo, no venderles? Para él, hombre anclado en el remanso de un mostrador, es también forma de transacción comercial ese amable diálogo con sus parroquianas y esa pasajera visión de su juventud y su gracia. Por ello no solamente las atiende con manifiesta complacencia, sino que además trata de prolongar cuanto puede la exhibición de mercancía, ofreciéndoles todo lo que hay allí y puede interesarles.

La compra es irrisoria, pero vendedor y compradoras quedan bien satisfechos. Al salir, Magdalena se devuelve exclamando:

—¡Qué memoria la mía! Pues se me olvidaban los dulces.

—Más adelante, en cualquier tienda de comestibles...

—No; si son dulces finos los que quiero: bombones.

Y señala en dirección de varios globos de cristal repletos de confites variados: chocolates, grajeas, almendras, azúcar candía.

—Veo que le gustan mucho los dulces, Magola.

—Sí, me encantan —asiente ella con enigmática sonrisa.

En la plaza, pasando por la peluquería de Otoniel Tisquesoy, el brillo de los espejos y las ruidosas voces las obligan a mirar instintivamente; también la natural y femenina curiosidad. Hay allí varios parroquianos. Cubierto con blanco delantal, tijeras en mano y un peine enredado entre los cabellos crespos y lustrosos, el fígaro se ocupa en arreglar a un cliente y en divertir con sus gracejos a la ociosa concurrencia. Charla con festivo tono, con tonante y petulante voz, adecuada para su corpachón, y al parecer sin el menor asomo de cansancio. Su locuacidad es torrencial.

Resulta evidente, por otra parte, que se siente encantado y generosamente remunerado viendo celebrados sus cuentos y ocurrencias con estruendosas carcajadas.

Apenas las dos amigas han dado pocos pasos, dejando atrás la puerta del establecimiento, cuando alcanzan a oír la voz estrepitosa de Tisque soy que dice mordaz:

—¿No se fijaron, amigos? Pues allí va, para que lo sepan, nada menos que la nuera del ciudadano Ismael Martínez.

Al oír tal cosa, Magdalena se ha estremecido, sintiendo como cruel latigazo la maligna alusión.

—¿Oyó, Magola? —pregunta Sara sorprendida—. ¿Por qué dirá eso Otoniel?

Disimulando su turbación, aquélla responde despectiva:

—¡Cualquiera podría pensar que lo dijo por nosotras!

—¡Pero qué estupidez! Hablar por el gusto de hablar, y decir cosas sin sentido. ¡Ni un papagayo que fuera!

Sara agrega a continuación:

—He oído contar, no recuerdo a quién, que ese peluquero tiene la lengua viperina. Dizque habla horrores de la gente, sin respetar a nadie. Lo que me sor-

prende es que haya quienes acudan a oírle sus diatribas y sus barrabasadas, y lo que es peor, a celebrárselas.

Magdalena guarda silencio.

Media hora después se ha encerrado en su cuarto, con llave. En la mesa, durante el almuerzo, Tomasa, que la observa con atención, le pregunta:

—¿No tiene hoy apetito, señorita Magola?

—Creo que estoy indispuesta.

—En tal caso, sería mejor no hacer clase esta tarde.

—Oh, no —replica vivamente Magdalena—; ni puedo ni debo faltar. Sería demasiado. Esta mañana solté a los niños a las diez, por tener qué hacer ciertas compras. ¡Qué pensaría el inspector! ¡Qué diría la gente!

—Don Eulogio no diría nada; es tan bueno. Pero la gente. . .

—Por eso mismo tengo que ir.

Metiéndose entre la boca un bocadito, con exquisito ademán, Tomasa vuelve a decir, contemplándola de hito en hito:

—Parece que ha llorado.

—¿Por qué lo supone?

—No lo supongo, lo veo. Tiene hinchados los párpados, y los ojos enrojecidos.

Magdalena inclina la cabeza un instante, como avergonzada; la levanta en seguida para explicar con mustia sonrisa:

—Tuve necesidad de recostarme un rato; talvez dormí demasiado.

En toda la tarde no logra recuperar su placidez habitual; los escolares la observan con inquieto recelo, incapaces de comprender tan insólito retraimiento, y sin acertar a explicarse por qué la maestra, comunicativa y jovial de costumbre, se muestra ahora adusta y parca en palabras. Talvez adivinan que tiene penas, o misteriosos motivos de sufrimiento, lo que suscita su interés y su cariñosa simpatía. Contagiados al cabo, a su pesar, terminan por caer también en vaga congoja. Se han quedado quietos y graves, sobrecogidos de confusa angustia, y temerosos de turbar con importunas voces o ásperos ruidos el ensimismamiento de Magdalena.

La lección fue pesada, monótona, con grandes lagunas de silencio no tuvo, como siempre, la animación y el colorido que despiertan la atención de los niños. Pero por fin, ¡ah!, suena la hora de salir. Y para todos es como efectivo alivio libertarse de esa atmósfera abrumadora de malestar que violenta los ánimos.

Sola ya en su despacho, se deja caer sobre el asiento, y cogiéndose la cabeza febril entre las manos finas y blancas, cierra los ojos para pensar. La imagen triqueña y graciosa de Angel, con los cabellos revueltos

como encrespado y obscuro oleaje, los ojos negros y expresivos, la sonrisa ladina, acude a su mente preocupada. Le parece escuchar la voz infantil, de timbre altanero, pero que se suaviza singularmente cuando le habla a ella. Pensando en todo esto, Magdalena siente que dulce y tenue emoción le anega el espíritu. ¿Por qué se conturba así, y se agita su pecho con tan confuso anhelo? Su propio sentir la desconcierta y asusta. Recuerda luego, con indignación y amargura, el torpe incidente del medio día, cuando la hirió, a mansalva y de paso, la grosera y maliciosa alusión del figaro chistoso. ¿Cómo —se pregunta ella misma— pudo nacer el absurdo rumor, chisme, o lo que se quiera? La sobresalta la posibilidad de que su nombre ande ya por ahí en cuentos equívocos y en historias disparatadas. ¡Y con un niño casi! Con una criatura a quien quiere, es verdad, con mucha ternura, con afecto que acaso resulta algo desmedido, o exagerado, pero cuya nobleza y pura intención nadie podría poner en duda. ¿No es, pues, su propio discípulo? ¿No es también como una hechura suya, y bien suya?

A pesar de todo, Magdalena comprende con evidente zoöobra, que en el sentimiento que la desconcierta y confunde hay algo obscuro y sutil que no se atreve a confesarse. ¿Amor? Sí, amor. Pero, ¿cómo es posible? ¿No resulta ingenuo y pueril admitir siquiera la presunción de algo parecido? ¿No es candidez suponer la existencia de una pasión en semejantes circunstancias? Y sin embargo, allí está, como paradoja viviente, o he-

cho arbitrario, riéndose de la lógica, de los principios, de las leyes sociales; haciendo piruetas con la patética seriedad del payaso de circo que se mofa de sí mismo, del público, y de sus propias y caprichosas acrobacias.

—¡Estoy loca, debo estar loca! —murmura entre dientes, sacudiendo de pronto la cabeza—. En qué extravagancias me pongo a pensar, sin quererlo.

Pero torna a sus pensamientos. La persiguen, la obsesionan, la embriagan. Y la imagen adolescente vuelve a ocupar su imaginación con tenaz insistencia. Tan intensa es la evocación, tan viva y poderosa la concentración de las ideas, que hay momentos en que le parece que se materializan en el ambiente. Es ilusión nada más, pero que adquiere formas sensibles, cayendo bajo la jurisdicción engañosa de los sentidos exaltados.

De pronto, leve sacudida la hace volver en sí. A pocos pasos, de pie ante ella, mirándola con indefinible expresión, está Angel en persona. En su semblante grave se refleja fielmente el sentimiento de la pena y hay como muda interrogación.

—¿No se había ido usted, Angel? —pregunta ella, sorprendida.

—Sí, maestra, me fui pero he regresado.

—No debió hacerlo, en su casa extrañarán la tardanza.

Enrojeciendo, Angel trata de disculparse.

—Perdóneme, señorita Magola. Pensé que estaba enferma. Y como la vi tan rara esta tarde...

—¿Rara? ¿Por qué lo dice?

El muchacho se turba, enredándose.

—No sé... Talvez hice mal... Me pareció que estaba triste, aburrida... Vine a ver qué se le ofrecía.

Durante largo rato Magdalena lo mira. La conmueven la humilde actitud, el tono dolido, el interés que revelan las frases entrecortadas. Percibe en los ojos interrogantes una obscura zozobra, una esperanza turbia que parece naufragar entre furtivas humedades.

—¿Lo apena que esté triste, Angel? —interroga dulcemente.

Pero él no responde, porque en su garganta la voz está estrangulada; se limita a mirarla con expresión de súplica.

Entonces Magdalena, levantándose, se queda de pie junto a la mesa; inmóvil y rígida. Apoyada de espaldas en el mueble, permanece algunos segundos indecisa, mientras el pecho se le mueve como lenta marea, con tenue accedido.

—Venga, Angel; acérquese.

Posa suavemente las manos sobre sus hombros; las posa como si se asentaran dos pájaros, plegando las alas en silencio. Puestas allí, son como dos palomas en descanso.

—¡Angel! ¡Mi Angelito! —susurra.

El muchacho siente su aliento tibio y capitoso; percibe el grato calor de la proximidad de su cuerpo; casi que escucha las palpitaciones de su corazón agitado. De las ropas sencillas, claras como vestes de luz, se desprende un perfume vago de flor, que se confunde con el limpio olor de la carne, con la fragancia misteriosa de su feminidad joven e intacta. Fascinado, no puede apartar sus ojos de los de ella, que brillan con rara intensidad.

Bruscamente, Magdalena lo atrae con fuerza hacia sí, inclinándose un poco porque le aventaja en estatura. Lo besa en los labios con contenido ardor, largamente, entre suspiros y gemidos que casi son como un sollozo.

—¡Angel! ¡Mi Angelito! —repite con un hilo de voz—. ¿Es qué es malo quererlo? ¿Por qué?

Embriagado por la inesperada caricia, el discípulo se siente desfallecer. Aquello le parece sueño, tergiversación de la realidad. Tiembla, y no se atreve a moverse; quisiera huír, pero algo lo retiene allí prisionero, paralizado, sin fuerzas, como evadido por completo del mundo circundante.

Súbito, Magdalena lo aparta con involuntaria violencia. A su palidez momentánea la reemplaza ahora un soflama ardiente que le quema las tersas mejillas. Está como agobiada.

—¡Pero qué estamos haciendo, Angel! ¿Es qué nos hemos vuelto locos? ¿Verdad que soy una idiota?

—Sí, maestra responde el muchacho, sin saber lo que dice.

—Ah, ¿de modo que le parezco una idiota?

—No, maestra; es decir... pues... lo que usted diga.

Está tan aturdido, que ella rompe a reír espontáneamente. Luégo, poniéndose seria de improviso:

—Sí, somos unos tontos. No se debe jugar así, Angel. ¿Verdad que no ha sido más que un juego?

—Sí maestra, un juego nada más.

—¿Verdad que no ha pasado nada?

—Sí, maestra, no ha pasado nada.

—Hay qué olvidar todo esto, Angel. Nadie debe saberlo.

—Nadie, maestra.

—Pero, ¿qué es ese ruido?

—Yo no he sentido nada.

—Sí, distinguí muy bien como unas pisadas —asegura Magdalena con sobresalto.

Sin afanarse, abre la puerta que da al corredor, del lado del patio. Con una regadera de latón en las manos,

Isabel Moncada se ocupa, cerca de allí, en regar las matas.

—¡Cómo, Chavita! ¿Usted tampoco se había ido?

—Pero si acabo de llegar, señorita Magola.

—¿Y a qué ha vuelto, pasadas las cinco? ¿No sabe que después de esa hora no hay clase?

Isabel se pone descolorida.

—Quería regar estas flores, maestra. Pero ya me voy, pues, ya me voy.

XV

La señora Bernarda de Moncada, mujer rica y autoritaria, no es ni joven ni vieja; su edad parece más bien estacionaria, como las que echan anclas en el mar inmóvil del tiempo. Un hálito otoñal, de otoño perpetuo, se desprende de su persona, junto con el efluvio de las ropas lujosas, perfumadas con lilas. Casi tres lustros hace ya que vinculó su suerte al mercantil destino del comerciante más acaudalado del lugar, alianza algo tardía de parte de éste, y que diera por único fruto una muchachita blanca y delgada, de rasgos finos e imperiosos como los de la madre. ¡Ah, su Chavita! Sin duda la señora de Moncada piensa, con lógica enteramente maternal, que esa niña inquieta y altiva, heredera por añadidura de cuantiosa fortuna, posee todas las preeminencias, siendo además dechado de criaturas humanas, y como no tiene más hijos hace gravitar sobre ella, con implacable celo, el peso total de su ferviente adoración.

Pero no se limita a esto, a amarla con fanático amor, doña Bernarda. Mujer previsora y calculadora, que piensa en la prolongación de la estirpe, se puso a cavilar de tiempo atrás, con cierto dón profético, en lo bella y feliz que sería la vida seguramente para la pareja formada, de un lado por la graciosa doncella Isa-

bel, y de otro por el arrogante mancebo que ella le tenía destinado a su hija, y que, como ésta, ostentaba también tan noble prosapia y heredaría tan halagüeña fortuna. La dignísima dama cae en completo éxtasis cada vez que medita en asunto tan importante. Su persuasión de que tal matrimonio es cosa de Dios, y hasta disposición fatal del destino, no admite controversia. Fatal, sí, por lo que tiene de necesario, de lógico, según ella. Porque, ¿qué otra esposa más acabada para el apuesto joven Martínez que la encantadora Chavita? ¿Y qué esposo más ejemplar que éste para su niña idolatrada?

Apenas es racional, por lo tanto, puesto que se trata de predestinación divina, que a la señora de Moncada no se la haya ocurrido siquiera reflexionar en lo prematuro de semejante proyecto matrimonial. O aspiración, o propósito, o lo que se quiera. ¿No fue costumbre en otros tiempos, que los padres dispusieran a su arbitrio del porvenir de los hijos, y acordaran los casamientos por su exclusiva cuenta y riesgo, sin contar con ellos para nada, y hasta convinieran enlaces de los que acababan de nacer, o estaban aún en el vientre materno? Nadie podría negar, por otra parte, en opinión de doña Bernarda, que ninguno más autorizado que padre o madre, por su desinteresado amor y sabia experiencia, para decidir tamaños intereses.

Segura, pues; convencida de que la soñada unión es un hecho, o debe serlo por lo menos, sus desvelos y afanes se han encaminado sistemáticamente a incrustar

en la mente de Isabelita la persuasión cabal de que está llamada a ser la esposa de Angel. Y no pierde ocasión de recordárselo.

—Chavita, cuando te cases con Angel. . .

Tánto se lo ha repetido desde pequeña, y con tan patética constancia hizo alusión en toda oportunidad al remoto acontecimiento, incierto, aleatorio, y hasta si se quiere misterioso, que la pobre Isabel, incapaz de resistir parecido asedio, concluyó por quedar convencida. De cierto modo se considera, pues, con derechos sobre el muchacho. No le fue difícil tampoco acomodarse a su futura suerte, porque Angel le agrada, y ella va sintiendo ya, actualmente, en su corazón en capullo, el despertar confuso de la alondra sentimental que se dispone a entonar su canto mañanero en el alma de las vírgenes.

—Cuando seas la mujer de Angel, Chavita. . .

Se ha acostumbrado a oír sin turbarse el materno estruendo. Como se habituaron a oírlo, al principio con cierta perplejidad, luégo con tácita aquiescencia, los padres y hermanas del muchacho. Bah, aquello estaba tan remoto; pero bien podía acontecer. Y doña Piedad sonríe, asentidora y benévola, cada vez que la señora de Moncada repite:

—¡Qué linda pareja van a formar estos dos pichones!

Rosalía, por supuesto, a quien no le interesan tales escarceos, se encoge de hombros con displicencia.

Ahora, la señora de Moncada está allí, de visita, según suele hacerlo. De vuelta del templo seguramente, o del despacho parroquial, porque a su habitual efluvio de lilas se une con fraternidad transitoria un olor menos profano de cera y de incienso. Entonada y seria como siempre, pero con cierta excitación, deja correr con facilidad el caño fluyente de su palabra cálida y dominante. Las otras, doña Piedad y Rosalía, la escuchan con profunda atención.

—Yo no quería creer al principio, cuando a mis oídos llegaron los primeros rumores, en la realidad de estas cosas. ¡Qué digo, en la verdad de semejantes inmoralidades!

—¡Una mujer que podía ser su mamá! —exclama Rosalía.

—Cállese, hija, y deje hablar a misiá Bernarda. No la interrumpa.

—Yo no quería creerlo. Se me hacía aquello tan inaudito. Un horror de adefesio. ¿No les parece abominable, y hasta ridículo, ver a una mujer con los años de la señorita Magola, en farsas de amor con niños de pecho?

—¡No tánto, por Dios! —arguye con plácida sonrisa la señora de Martínez. En seguida agrega con cierto orgullo maternal:

—Angel no es una criatura. El biberón lo dejó hace bastante tiempo ya. Y en cuanto a la señorita Magola, entiendo que apenas tiene veintidós años.

—Me parece que hay alguna distancia.

—Ah, eso sí; claro.

—¿Veintidós? —objeta Rosalía bruscamente, con tono de irrisión y acrimonia—. Esos son los que ella se pone. Por lo menos tiene veinticinco.

—¡Que sabe usted, hija! Bueno, volviendo el asunto, creo que en el fondo no vale la pena. ¡Pero si Angel está tan muchacho!

La señora de Moncada finge escandalizarse.

—¿Qué no vale la pena, misiá Piedad? Es que usted ignora todo lo que se dice y murmura. El pueblo entero no se ocupa ya de otra cosa que de este noviazgo de entremés.

—¿Cómo de entremés, misiá Bernarda?

—Quiero decir de petipieza, o de zarzuela si le suena mejor.

—Ah. Continúe.

—¿Y no hemos de tomar ninguna medida para ponerle coto a tamaña relajación? ¿Permitiremos que nuestras hijas sigan recibiendo tan nocivo ejemplo? No, no, esto no puede continuar así. Es indispensable y urgente que se le ponga algún remedio.

—A nosotras no nos incumbe.

—Ya lo sé; y por eso mismo, ahora vengo de hablar con el Padre Segis. Lo he puesto en autos de todo. Le pinté a lo vivo la gravedad de la situación.

—¿Y qué piensa él, misiá Bernarda? ¿Qué opina?

—¡Pensar! ¿Cuándo es que ese santo varón dice lo que piensa? Como es tan calmoso, que a veces parece que no es ni carne ni pescado. . .

—¡Misiá Bernarda, por Dios!

—Y sobre todo, como es tan optimista. . . Para él, todo es bueno en el fondo; todo ha de concluir bien necesariamente. ¿Saben con la que me salió? Pues con la oferta de que le hablará discretamente a la maestra. ¡Las admoniciones del Padre Segis! No, no, misiá Piedad; lo que se requiere es acción enérgica, algo que sirva de escarmiento.

—¿Cómo qué cosa, misiá Bernarda? —inquire doña Piedad un poco asustada.

—¿Por qué no la mandan a otra parte? Tal vez sería lo mejor. Un nombramiento en otro pueblo, digamos. ¿No creen que interviniendo don Eulogio. . .?

—Por eso mismo digo que el asunto no nos incumbe.

La señora de Moncada se levanta de pronto. Parece haber tomado alguna resolución. Se despide seria y solemne.

Al trasponer el umbral de la calle, Cristina, que entra en ese momento, le hace una reverencia graciosa, de acatamiento y de burla por partes iguales. No puede ver, aunque la respeta, a la adusta y presumida dama; no la puede ver sin que por el cuerpo le corran, cosquilleantes y acosadores, hormigueos de risa.

—¿A qué vino hoy doña procesión de corpus?—pregunta con impertinencia festiva, a tiempo que coloca sobre la mesa varios paquetes de compras.

—A asuntos de personas mayores —dice doña Piedad secamente.

—¿Qué traes ahí? —averigua Rosalía, curiosa.

—Adivina, adivinadora.

—Con seguridad son polvos y coloretos. Como no piensas más que en pintarte para ponerte a la ventana...

—Peor es tener la cara como lechugas trasnochadas.

—¡Hijas, por Dios, hijas!

—Lo que traigo aquí son grageas para tortas y también... unas telas.

—¿Más trajes, hija? Pero si hace poco le hizo dos la modista.

—Es regalo de papá. Lo encontré en la plaza conversando con don Eulogio. Tuve que esperarlo buen rato, plantada cerca de ellos como pilar sin techo. Y a que no adivinan de lo que hablaban.

—Qué gracia, si el pobre Ismael no habla sino de vacas y sembrados.

—Pues trataban de la maestra.

—¿Cuál de ellas?

—La señorita Magola.

Las miradas de doña Piedad y de Rosalía se encuentran un momento, furtivas.

—No pude enterarme bien, pero parecían preocupados. Al principio papá se puso a decir cosas y a reír; después, se quedó serio también.

Doña Piedad se levanta para dirigirse hacia el interior. Rosalía la sigue casi en el acto. No hace mucho que ha quedado sola Cristina cuando irrumpe en la sala Angel, su hermano. Al verla, se detiene súbito.

—¿Qué fue? ¿Por qué vienes así como asustado?

—Acabo de descalabrar a una vieja... No fue de propósito... Apuntaba a otra cosa, y la piedra se desvió... Un gendarme quiso cogermé, haciéndome meter qué carrera...

Habla acezando, la cara encarnada y el pecho transido de agitación. Como de costumbre, sus cabellos anarquizados parecen acabar de afrontar fuerte ventisca. Trae las ropas ajadas, sucias. En la diestra lleva todavía, pregón elocuente de su culpa, la honda mortífera.

—Con tal que no lo sepa papá...

Cristina lo mira en los ojos, risueña y compadecida.

—No será por mí, bobo. Pero ve a cambiarte de traje.

Viéndolo salir, lo ataja un momento.

—Ah, otra cosa. Dame esa cauchera, Angel, yo te la guardaré.

XVI

Propalada, no se sabe cuándo ni cómo ni por quién, la noticia de que Magdalena se va se extendió a lo largo y ancho del pueblo. En lugares pequeños, de existencia tranquila y sin complicaciones, todo, por insignificante que sea, adquiere importancia. El suceso trivial se agranda, el incidente se exagera, la verdad del hecho se deforma. La misma escasez o rareza de acontecimientos que se salgan del nivel común, de los lindeos ordinarios y vulgares, contribuye a darle categoría a cualquier ocurrencia inusitada. Y es que, frente al vivir tedioso, apacible y descolorido del pequeño burgo, las gentes reaccionan como pueden cada vez que un estímulo, así sea el más baladí, les ofrece suficiente pretexto para conmoverse o interesarse.

Lenta, sinuosa, susurrante, desde varios meses atrás venía haciendo camino la maligna especie; primero como murmullo tenue, evasivo, de esos que no quieren tomar forma precisa sino que se presentan vestidos con la estameña humilde de la tímida sugerencia; luego, abandonado el paso furtivo, el secreteo, como afirmación atrevida, segura y concreta, que se decide por fin a levantar un poco la voz y a mostrarse con cierto descaro. Cabe advertir, naturalmente, que la maledicencia es risueña en este caso, y sobre todo callejera; se pasea anónima, o se mete por los porto-

nes disimuladamente y con aire de intrusa, o quédase cual niña expósita en cualquier sitio propicio para que la recoja algún alma caritativa.

Lo cierto es que quienes estuvieron al tanto, porque pescaron aquí o allá el cuento andariego, no pasaron jamás de sonreír y encogerse de hombros; algunos, de hacer cualquier chiste cruel o de sentido equívoco. La cosa era apenas para reír, o para poner a la víctima en tablado de burlas. Pero hé aquí que de pronto, y por artes de taumaturgia, el asunto toma proporciones inesperadas.

Para el inspector Barrios, muy a su pesar, adquirió el respetable tamaño de un problema. Así se lo han planteado. ¿Quiénes? Acaso las circunstancias mismas. El ambiente en que vive, el aire que respira, las sibilantes fuerzas que lo circundan. Sabe y comprende que la cuestión está muy distante de tener las dimensiones que se le asignan; o de ser el hecho absurdo que la fantasía de algunos supone; y sin embargo, el problema está allí vivo y protuberante, planteado por las conjuradas fuerzas sin nombre, por el aliento obscuro y potente de un mito que se esconde, que nadie ve, pero que todos sienten y perciben.

Entre tanto, cuán lejos está Magdalena de sospechar que hay nubes oscuras en el cielo de su paz humilde y confiada. Fué de aquel incidente penoso que ya olvidó, nada ha venido a conturbarla. Su pobre dicha ingenua la inmuniza. A ella le ocurre lo que

a ciertos maridos, lo que a muchas gentes que son blanco de la calumnia o la murmuración solapada: que son siempre los últimos en saber su desgracia, cuando llegan a saberla. Todos, singular paradoja, ayudan a divulgar la especie, la comentan sin recato entre ellos, pero se guardan bien de contribuir a que la conozca la víctima. Tal vez los mueve un sentimiento de maligna piedad, o extraña cobardía.

Sola en casa esa tarde, porque Tomasa Dueñas salió, recibe en su cuarto la visita de sus amigas Sara y Matilde. Hablaron durante largo rato, de multitud de cosas; cuanto puede ofrecer algún interés para mujeres jóvenes como ellas. Pero Sara, sorprendente detalle, no está risueña como de costumbre, sino que parece tener alguna preocupación.

De pronto, con ostensibles titubeos, exclama:

—No había pensado venir hoy, porque mamá sigue bastante mal, pero Matilde se empeñó en que la acompañara. Además, . . . díganos una cosa, Magola: ¿es verdad que se va?

—¿Yo? ¿Para dónde?

—¿Por qué ha guardado tanta reserva con nosotras?

—No sé de qué me habla, Sara. ¿Para dónde he de irme, si nada me interesa fuera de aquí, ni nadie me espera?

Sara y Matilde cambian una mirada rápida.

—Ah, pues es bien raro entonces. En el pueblo andan diciendo eso: que se va, y que el viaje es del todo. Esta mañana lo supe yo.

—Yo lo supe hace varios días —afirma Matilde—; lo supe por conducto de mi marido.

Magdalena permanece suspensa, asombrada.

—¿De modo que no es cierto? —vuelve a hablar Sara, con equívoca expresión de ansiedad y gozo.

—No sé qué decirles. Lo único que sé con certeza es que no he pensado ausentarme.

Pero sus ojos se han velado con una nube de tristeza y de incertidumbre.

De improviso se vuelven hacia la ventana abierta, junto a la cual alguien se ha detenido del lado de afuera. Lo primero que ven es un hongo lustroso sostenido en el aire por enguantada mano. Abajo, bien abiertos e inmóviles, unos ojos bovinos miran con patética angustia.

—¡Matías! —exclaman las tres al tiempo.

—Muy buenas tardes, señoritas.

Levantándose, Magdalena se acerca.

—¿Cómo está, Matías? ¿Qué se le ofrece?

—Vine, señorita Magola —explica el aliñado tonto, manteniendo siempre en alto el sombrero—, a presentarle mis respetos.

A continuación agrega, con súbita alteración de la voz:

—Y también a despedirme de usted.

—¿Está de viaje, pues?

En el curtido rostro de treinta años asoma tan profunda sorpresa, que poco falta para que Magdalena prorrumpa en sonora risa.

Es curioso —piensa ella—; se podría creer que todo el mundo desea arreglarme las maletas.

—He oído por ahí que se va.

—Son cuentos, Matías; nada más que cuentos.

—¿Ah, sí? ¿De modo que no se marcha? ¿Es decir que se queda?

Sobre los grandes dientes, que la infantil sonrisa descubre en su espléndida amarillez, el bigote cerdoso, recortado como cepillo, tiembla ligeramente.

—¿De manera que no se va? —repite con estúpida tozudez.

Y como si él fuera el culpable de todo:

—Discúlpeme. No quise ofenderla, señorita Magola; se lo juro.

Inclinándose, con repetidas genuflexiones, empieza a retroceder, el hongo lustroso siempre en alto. Recula con cierta torpeza, enredándose, dando traspiés, sin apartar la vista de su interlocutora, que lo contempla

ahora muda y atónita. Inesperadamente, el tonto vacila al tropezar con una piedra; va a perder el equilibrio...

Pero ella no lo ve caer porque, apiadada, cierra de golpe la ventana.

Desde adentro, oyen el batacazo; calladas, porque no tienen ánimo para regocijarse.

—Bueno, me voy; no quiero dejar sola a mamá mucho tiempo —dice Sara poniéndose en pie—. ¿Vienes conmigo, Matilde?

—Nó, me estaré un rato más; luégo iré a acompañarte.

Cuando se quedan solas, Matilde, abriendo la cartera, saca un cigarrillo y lo enciende, a tiempo que mira con larga y profunda fijeza a Magdalena.

—Habrà extrañado todo este enredo, ¿verdad? Gentes despidiéndola, y usted en ayunas de tal viaje. Pero así somos aquí. Como canta el abad responde el sacristán. Uno canta, y los demás corean. Bastó que alguien, cualquiera, pusiera a circular el chisme, para que todos quedaran convencidos.

—Pero, ¿de qué proviene tal bulla, Matilde?

—Ha dicho bien: bulla. Lo que hay en el pueblo es un abejo que cansa y fastidia. Dígame una cosa ahora, Magola: ¿de veras no sospecha de qué se trata? Si fuera franca conmigo...

—¿Y qué quiere que le diga?

—Sara no sabe nada. Pero en el lugar hay muchas personas que comentan, por lo bajo naturalmente. . .

—¿Qué es lo que comentan, por Dios? Hable ya.

—¿Me permite, pues, que se lo diga?

—Pero si no deseo otra cosa.

—La gente, por lo que parece, está interpretando mal la preferencia que usted muestra por uno de sus discípulos.

—¿Que yo muestro? —repite Magdalena, turbada.

—Eso es lo que la gente asegura.

De repente, aquélla se indigna.

—¡Oh, qué infamia, Matilde! ¡Qué miserable perversión suponer que hay en esto algo indebido o vergonzoso!

—Conmigo sobra esta explicación, Magola.

—Ya lo sé. Pero, ¿cómo pueden creer. . .? ¿Cómo se atreven a pensar mal de un sentimiento honrado e inocente?

—No se fijan sino en los hechos, en las apariencias engañosas.

—Ni los hechos ni las apariencias podrían condenarme.

—Pero la condena, Magola, la mala intención de los que quieren hacerle daño. ¿Se convence ahora de cómo es el mundo? Se lo digo yo, que he estado muchas veces como un nazareno moral.

—Sé que la han calumniado.

—Pero no han podido crucificarme.

Magdalena, curiosa, con sorprendente volubilidad, y recordando de improviso chismes pasados, exclama:

—Ah, sí. Ese asunto del médico, por ejemplo.

Lanzando un chorrillo de humo, Matilde continúa hablando, tranquila.

—Lo del doctor Aguirre es cuento viejo. Hace tiempo que me persigue con una terquedad que mejor haría empleándola en combatir las epidemias. ¿Qué culpa tengo yo de estas cosas?

—Ciertamente, Matilde; usted, ninguna culpa tiene.

—Hay qué saber... Sí, hay qué estar en el fuero interno de los demás para poder juzgarlos. A quienes piensan mal de mí, y sobre todo a las que así piensan, me gustaría verlas metidas entre mi propia piel. Es que...

Un hipo brusco le corta la voz, que se le estrangula en la garganta. Magdalena observa con estupor que los ojos bellos e inmensos se han enturbiado, poniendo leves fulgores de rocío sobre las aleteantes pestañas.

—¿Qué le pasa, Matilde?

—Nada. Usted no puede darse cuenta de estos conflictos. No le ha tocado, felizmente, vivirlos.

—¿Sufre mucho, pues?

—Yo no busco voluntariamente las penas; trato más bien de evitarlas, o de olvidarlas. Pero la vida es superior a nosotras. Mi marido...

—Ah, don Jesús Panezo. Tanto tiempo que llevo aquí, y casi no lo conozco.

—No lo lamente, Magola.

—¡Cómo! ¿Qué dice?

—Ni extrañe mis palabras. Hay verdades tan amargas que jamás debieran decirse. Y por mis labios menos. ¿Qué va a pensar de mí, Magola? Pero ya he hablado bastante. Prefiero que lo sepa todo.

Magdalena, sagaz, se apresura a advertir:

—Creo saber algo ya de lo que va a contarme; pero la escucho con interés.

—Hay mujeres que no son casadas, y lo parecen; yo lo soy, y no lo parezco. Cierto es también que Chicho, mi esposo, no se ha preocupado jamás de hacerme parecer. Es increíble, ¿no? Y horrible. Muchos deben de pensar que su interés está en todo lo

contrario: en que los demás me tengan por mujer sin marido.

—Pero, ¿la tiene abandonada?

Y Magdalena piensa, con indignación, que debe ser sujeto abominable, torpe y vulgar, el que es capaz de desinteresarse de mujer como aquélla, de tan ostensibles juventud y belleza, y lúcida inteligencia.

—De tiempo en tiempo —continúa Matilde—, Chuchó se presenta en mi casa, ebrio perdido. Me ultraja, en ocasiones me golpea. ¡Si supiera lo que tengo qué luchar para que no se den cuenta los vecinos, y todo quede oculto y tapado! Pero si sólo fuera esto...

—¿Hay más todavía?

—Lo peor. ¡Oyera usted las insinuaciones que me hace! ¡Escuchara sus teorías y opiniones sobre cosas que a todo el mundo le inspiraron siempre respeto! Cuando me habla así, en esa forma, me asaltan dudas penosas sobre mi propia dignidad; y me pregunto entonces si será verdad que soy mujer despreciable. A una la hacen los otros, los demás. Quizás por esto hay tantas mujeres malas.

—O desgraciadas —corrige Magdalena.

—Sí, eso es... Porque tiene que ser una infeliz la que se ve empujada así hacia el precipicio.

—¿Cómo puede usted soportar semejante vida, Matilde?

—¿Y qué quiere que haga? Talvez nació para ella, con tan humillante destino. Mi marido debe pensar lo mismo, porque me dijo alguna vez, muy borracho, que yo le inspiraba el mismo interés que sus enfermos.

—¿Cuáles enfermos dice?

—Pues los animales, las bestias. ¿No recuerda que es veterinario?

—Lo dijo quizá porque estaba ebrio.

—Casi siempre lo está. Además, es en tal estado cuando dice lo que piensa y siente.

Varios golpes dados en el portón interrumpen el diálogo.

—Me voy —exclama Matilde disponiéndose para partir—. Ya le confié estas cosas, Magola. Ahora, no sé por qué, me parece que tenemos mayor amistad. Sara debe estar esperándome.

Quien aguarda a la entrada es el inspector escolar. Magdalena se turba un poco al verlo. Diez minutos después, en la penumbra discreta de la sala, dialogan animadamente y en cálido tono de confidencia. La voz de Barrios es pausada, grave pero de afectuoso timbre. Se comprende, escuchándolo, que lo mortifica y desagrada el obligado tema de la conversación.

Magdalena le había dicho con cierta audacia, de amargo e irónico sabor, no bien se despidiera Matilde:

—¿Usted también viene a decirme adiós, don Eulogio?

—¿Por qué esa pregunta?

—Hoy he recibido varias visitas. . .

—Ah, ¿ya lo sabe entonces? Lo siento de veras. Yo no quería que llegara hasta sus oídos tan estúpido cuento.

Y ahora están ahí, tratando el asunto, mas no como juez y reo, sino como dos antiguos amigos, o dos compañeros del oficio.

—Usted sabe cuánto la estimo, señorita Magola, y que en casa todos la quieren de verdad. ¿Recuerda que una vez seis meses después de su llegada, le ofrecieron por mi conducto un puesto mejor en la ciudad, mucho mejor que el que tiene aquí?

—Sí, lo recuerdo; y hoy estoy dispuesta a aceptarlo.

—En esa época, por interés de usted, fuí de opinión y hasta le aconsejé que aprobara la promoción. Era evidentetemente un traslado que le convenía. Han corrido casi tres años desde entonces.

—¡Cómo transcurre el tiempo!

El inspector local carraspea, indeciso.

—En el pueblo —se resuelve a decir por fin—, y por lo que he podido entender, consideran su viaje como cosa definitiva. Y tengo que decirle, en honor de usted, que todo el mundo lo lamenta.

—Quiero creerlo así, don Eulogio.

—He hablado sobre el particular con el Padre Losada, con muchos padres de familia, con el mismo don Ismael... Y ahora, señorita Magola, al revés de lo que en otra ocasión pensé, vengo a decirle que se quede.

—Pero... ¿cómo? ¿Contra todo este chisme, don Eulogio?

—Ah, no se preocupe.

En seguida, con amable y socarrona sonrisa, el inspector agrega:

—Me parece que le traigo buenas noticias. Don Ismael y yo hemos convenido en que Angel se vaya para Bogotá, a iniciar estudios formales. Será un abogado de cartel. Usted, no lo dudo, se alegrará por su discípulo.

Al escuchar estas palabras, Magdalena mira a su interlocutor con honda y sincera gratitud, pero se siente enrojecer hasta la raíz de los cabellos.

XVII

Lentos, idénticos, como un desfile de colegiales uniformados, los meses han transcurrido sin que ningún acontecimiento extraordinario turbe el vivir monótono del pueblo plácido y tranquilo. Todo sigue lo mismo, fiel a su tradición, prendido al pasado por el cordón umbilical de los hábitos inalterables y las ideas arraigadas. Cuando cada mañana, al despertar, las gentes piensan maquinalmente en lo que harán durante el día, se llenan de cierta resignación empírica y fatalista, considerando acaso que sus rutinarias ocupaciones y sus vulgares intereses son algo mecánico, automático y matemático como la salida del sol, la llegada de la noche, la respiración de los seres vivientes. Saben de antemano, con absoluta seguridad, lo que tienen que hacer durante la jornada, los saludos que han de repartir, las frases triviales y gastadas que saldrán de sus labios. ¡Ah, las saluciones de ordenanza, con alusión al estado del tiempo y con el protocolario y mutuo interés por la salud de las respectivas familias! ¡Y las usadas frases, que se empeñan en perdurar como los vestidos raídos de un pobre o de un avaro, que se resisten a salir de la circulación, y que son como esas monedas lisas y borrosas por causa del prolongado manoseo!

Saber de antemano todos los días lo que se ha de realizar; saberlo de memoria y con sus detalles; abrigar la fe inquebrantable de que nada habrá de alterar el reglamento cotidiano elaborado para una eternidad aparente; ¿no es, pues, el colmo de la previsión, la seguridad, la ciega confianza en la estabilidad de las cosas?

Para Magdalena, como para los demás, la existencia no ha ofrecido cambio ninguno desde que Angel se marchó para la capital del país, a estudiar una profesión. Recuerda con extraña fidelidad los pormenores mínimos de la despedida. Hora inolvidable y patética; momento angustioso y punzante, que fue como desgarramiento para su corazón maltratado por tanta pena silenciosa. Le parece que sucedió la víspera no más aquel adiós furtivo, tierno y precipitado, en que, reprimiendo valientemente las lagrimas para no acobardarlo, demudada y con balbucientes palabras, confundía su último beso de amor y sus recomendaciones ingenuas. ¡Cuántos meses, Dios mío, cuántos! Y sin embargo, fue ayer no más aquello. Ayer, sí, nada más. ¿Quién puede probarle lo contrario, si está viéndolo y sintiéndolo?

El paso de los meses sólo sirvió para adormecer sus sentimientos. Al principio, recién partido Angel, su alma se anegó en una especie de soledad; no podía acostumbrarse a la separación del discípulo amado; y cuando su mirada se tendía por el aula, no viéndolo allí entre el enjambre bullicioso, el corazón se le llenaba de

obscura congoja. El puesto vacío la obsesionaba, pareciéndole muchas veces que iba a llegar de pronto, con su airecillo díscolo y truhán, al viento los tormentosos cabellos, los ojos negros y vivaces plenos de claridad, y la linda sonrisa desplegada como banderita de fiestas; y que iba a prorrumpir como un pájaro, con el encanto de su voz infantil y altanera.

Después. . . En el cofre de sus intimidades Magdalena conserva, con mucho misterio, dos pequeños mensajes; dos cartas pueriles y arbitrarias, plagadas de ingenuidades. Fue una correspondencia efímera, que la hacía sonreír, calmándole el ánimo, a pesar de su fugacidad, de inefable y candorosa dicha. Ahora, transcurridos ya muchos meses, y cuando un aparente velo de olvido parece cubrir el pasado tierno, su pecho suspira todavía, pero con añoranza melancólica. ¡Cuán lejano está viendo hoy aquel extraño idilio! ¿No fue, pues, lo mismo que un sueño en el verano, bajo el plenilunio? ¿Lo mismo que la canción alegre escuchada en cualquier posada del camino, y el recuerdo de cuya música se va desvaneciendo en el tiempo?

Pero también las gentes han olvidado ya el pequeño episodio. Se hundieron de nuevo en el remanso de las preocupaciones mecánicas y los vulgares afanes diarios. Algo, no obstante, conmueve y altera en esta fecha la parroquial rutina con su ocurrencia inusitada; o poco frecuente por lo menos. ¿Qué puede trastornar así la quietud y el sosiego habituales? ¿Qué singular suceso congrega tan apretada multitud en las calles del pue-

blo, de ordinario escasamente concurridas? El agro entero se volcó sobre el caserío; en las viviendas no quedan más que los enfermos y los que no pueden moverse por distintos motivos. Todo es entusiasmo y júbilo, alegría de vivir con cualquier pretexto unas horas distintas de las que se viven cada jornada, lentas, abrumadoras y grises.

Rebosando satisfacción, chorreante de santo optimismo, empapado en el rocío ideal de sus místicos sueños edificadores, el Padre Segismundo Losada resolvió solemnizar lo mejor posible la conclusión del primer tramo de una de sus laboriosas obras. De esta suerte, atrae hacia ella la atención, demostrando la realidad palpable de sus empeños apostólicos y estimulando a la vez el sentido contribuyente de la grey. Por eso quiso hacer de tal acto, sencillo de por sí, memorable ocurrencia y fiesta sonada.

A los estrepitosos acordes de la banda local, el gentío se aglomera, vocinglero y multicolor, en el sitio de la edificación. El aire mueve suavemente los gallardetes y festones que adornan las calles adyacentes. A un lado, tras de una mesa que parece un altar, presidiendo la ceremonia, el Padre Losada sonríe feliz entre las autoridades municipales y varias señoras. Algo solemne e imponente emana de tan selecto grupo social: de la dignidad perfumada de las matronas, de las negras y flamantes levitas, del tono grave con que se habla y de la expresión académica que toman los rostros. Allí están, extracto y esencia de los valores del pueblo, el

alcalde, el juez municipal acompañado de su prolífera esposa, el inspector escolar con su disciplinada familia. Todo el funcionarismo del distrito, o sea el mundo oficial. Capitaneadas por sus directores, las escuelas se enfilan como batallones inquietos. Entre el público numeroso, compacto, ávido de ver y escuchar, el bobo Matías, encaramado sobre un cajón, rechinante de elegancia, empolvado y aromático, alarga el pescuezo para no perder detalle del acto, mientras con la diestra enguantada mantiene en lo alto el hongo lustroso, a manera de diminuto cimborrio.

Lento, sensacional, un hombre asciende a la tribuna que han preparado de antemano. En las manos nerviosas lleva amenazante rollo de papeles. Dentro de la levita obscura su cuerpo delgado que quince años de magisterio maceraron y estilizaron, parece tomar mayores dimensiones. Cierta palidez le baña el rostro bien afeitado. Descubierto, bajo la cruda luz diurna, las hebras grises de sus sienes son más notorias, y acaso por la preocupación de la responsabilidad oratoria que pesa sobre sus flacos hombros, se han pronunciado las estrías de su frente, sobre las cejas. Con visible nerviosidad, se compone el pecho; fulmina larga e interrogadora mirada sobre el auditorio expectante; y de repente, con detonante voz, comienza la lectura de su discurso.

Hablan después el inspector, el personero municipal, y media docena de vecinos que aprovechan la feliz oportunidad para desahogarse. ¡Son tan contadas

las ocasiones como esa, que permiten hacer pública demostración, dentro del programa o fuera de él, de facultades oratorias ignoradas por los demás, o acaso mal apreciadas!

Terminada la ceremonia, a los compases de clamorosa marcha torera, el gentío, curioso y fiestero, invade el inconcluso edificio. Hay bastante desorden. Entre la confusión alegre, el humano concurso se mueve con vaivén de marea.

Magdalena, que dio libertad a sus alumnos, se acaba de unir a Sara para terminar juntas la tarde. Carmen Leguizamo está también con ellas. Todavía emocionado, y ronco por el esfuerzo que hizo al hablar, Marcos se les acerca poco después. Lo congratulan, excusándose él con pedagógica modestia. Pero éste se despide en seguida, llevándose consigo a su hermana.

Luégo, más adelante, Carlos Aguirre se aproxima a las dos amigas. Resaltan su distinción y desenfado. Riendo, Sara le dice:

—Esta vez sí lo dejaron ingrimo, doctor; le escamotearon el compañero.

—¿Qué quiere usted, Sara? A Bastidas lo monopolizó hoy su mujer. ¡Y era justo, con semejante acontecimiento!

—Está, pues, como las ánimas solas, ¡y en pleno día!

—No tanto, no tanto; y mucho menos en este preciso instante.

Aguirre fija su mirada durante un segundo en los ojos de Magdalena, que los aparta con ostensible indiferencia.

—Cabalmente, allí va —exclama Sara.

—¿Quién?

—Don Serapio.

Efectivamente, el juez municipal pasa en tal momento ante ellos, con singular decoro, dando el brazo a su cónyuge y precedido de la mitad por lo menos de sus doce retoños. Mira al soslayo a Aguirre, con expresivo guiño de picardía y rostro desolado.

—No vi en la fiesta a doña Tomasita —anota el médico, por decir algo.

—¿La extrañó, doctor? —pregunta Magdalena con ironía—. Estoy segura de que ella también ha sentido mucho no estar aquí; pero no le fue posible venir: una pequeña indisposición la retuvo en casa.

—Sí, la he extrañado, lo mismo que a Matilde.

Como las dos amigas callan, haciéndose las desentendidas, Aguirre sigue hablando.

—Mucho que temo que no la haya dejado salir alguno de los acostumbrados accesos de ternura de su marido.

—¡Doctor!

—Sí, mis queridas amigas, lo dicho: alguno de los habituales arrebatos de cariño de Chucho. ¡Son algo

terrible los hombres demasiado afectuosos con sus mujeres! ¡Y más si su amor es de carácter contundente!

En el tono del médico, irritado y sarcástico, hay cierta mordacidad perversa. De pronto, Sara se aparta para acudir a la llamada de la señora de Moncada, que le hace signos con la mano.

—¡Qué encantadora está! —dice rápidamente Aguirre, al quedar solos, y casi al oído de Magdalena.

—¿Quién? —responde ésta volviéndose hacia él—; ¿misiá Bernarda?

—No, no, por Dios; dejemos en santa paz a las señoras venerables. Me refería a usted, señorita Magola.

—Ah, ¿de veras? Pues... la cosa no tiene importancia.

—Lo dije con tanta espontaneidad...

—Interesante caso el suyo, doctor.

—¿Cómo así? ¿Por qué?

—Porque me parece que es mucha desgracia esa inclinación manifiesta de usted hacia los amores imposibles.

—¿Se refiere acaso al asunto de Matilde? La verdad es que... también la constancia acaba por aburrirse y cansarse.

—No espere que le diga que lo lamento.

—Ni yo lo sentiría ahora. Ahora, señorita Magola, cuando tengo la impresión cabal de que la veo por primera vez, porque antes estaba ciego y no la veía. Ahora, cuando comienzo a comprender que mi admiración por Matilde va siendo ya algo distante y borroso, porque otra admiración más grande y duradera ha nacido en mi alma. ¿Me permitirá usted abrigar siquiera una humilde esperanza?

Sara ha vuelto a juntárseles. Se despiden las dos del médico. Durante el camino, deshecha en risas, le dice a Magdalena:

—Si supieras para qué me llamó la dómina. Pues para contarme que Chava, que cumplió años ayer, recibió un precioso regalo de las Martínez. En la tarjeta de congratulación dizque había esta leyenda: “También de parte de Angel, con expresivo saludo suyo”. Vieja más vanidosa. . . Bueno, y el doctor ¿qué le dijo? Alcancé a ver que le hablaba con gran calor.

—Me hacía el amor —responde Magdalena, distraída.

—Pues ándese con cuidado, Magola.

—¡A quién se lo encarga, Sara!

Al entrar en casa, ganosa de descansar un rato, Magdalena se encuentra en el corredor con Tomasa, vendada la cabeza con su pañuelo y el semblante descolorido.

—¿Cómo sigue? ¿Se ha aliviado ya?

—La jaqueca me calmó. . . Ah, vino el cartero con un paquete y una carta, todo para usted. Mire, sobre esa mesa están.

Con lento andar se mete en su alcoba.

Es de María Rosa —piensa Magdalena viendo la letra de las cubiertas. Y con repentina alegría va a sentarse en la mecedora, para abrir la correspondencia. Ocho planas de letra apretada y nerviosa. Como siempre, desde hace cuatro años largos, María Rosa Quintero le escribe con la misma constancia, igual interés afectuoso, y reiterado fervor, sin que la separación ni la carrera del tiempo logren amenguar la firmeza de su amistad inalterable. Cariño que creció con ellas, compañerismo tierno y dulce que las amamantó, ¿quién podría destruir tan sólidos nudos sentimentales?

Leída gozosamente la carta, cuyo contenido la hace emprender transitorio viaje ideal a la ciudad lejana y casi olvidada, haciendo de paso corta excursión a la finca de campo de su amiga, abre con cuidado el paquete mientras su mente repite las palabras de María Rosa: "Te mando un libro reciente que espero te haya de gustar, querida y romántica Magola. Hace pocos días apareció, y, como verás, el autor es Fernando Larbarca, quien escribe también en los periódicos con el seudónimo Fermín Lanceros. Ya apreciarás en seguida, leyéndolo, que es escritor de gran sentimiento y de florido estilo. A mí se me hace excesivamente apasio-

nado. Por lo demás, y esto despertará acaso tu interés, el libro ha tenido mucho éxito, como dicen ahora, especialmente entre las mujeres”.

—Escritor de gran sentimiento y excesivamente apasionado —repite Magdalena moviendo apenas los labios.

Echándose hacia atrás en la mecedora, comienza a leer con cierta incredulidad. Son versos y prosas de tono lírico y fastuoso, como para que impresionen mejor el alma femenina. Cantos de amor, tema y señuelo eternos para la ilusión inmortal, a cuyos misteriosos conjuros vibrará siempre esa alma. A través de toda la obra es la frase tan cálida, las imágenes son tan deslumbrantes, y tiene tanto poder de sugestión el contenido ardor que palpita en cada palabra, que no se necesita esfuerzo ninguno para comprender y explicarse el triunfo del libro.

Muy pronto, la atención de Magdalena acaba por abismarse como en profundo pozo. Las hojas del lujoso volumen se suceden rápidamente, impulsadas por los dedos nerviosos. Un interés febril le sacude el ánimo ansioso. Sin quererlo, y a medida que la lectura avanza, siente que aquella poesía se le va convirtiendo en honda cadencia musical. Primero es una melopea, luego una canturía suave y dulcísima, hasta que se torna por fin en acariciante melodía. Exaltada, sus labios comienzan a pronunciar con voz alta y sonora las palabras maravillosas; y se percata súbito de que su emoción la acompaña el agitado vaiven de su propio pecho.

MUNICIPAL
SANTIAGO DE CALI

2-16-53032 NI. 15665

Dejando caer el libro sobre el regazo, suspira con admiración:

—¡Fernando Labarca! ¡Fernando Labarca!

Luégo se pone a imaginar, arbitrariamente, la personalidad del autor, desconocido y lejano para ella. ¿Cómo será ese famoso personaje? Lo supone a su amaño, como querría fuese, como sus sueños y su fantasía se lo sugieren: un joven apuesto, de aire un poco truhán, y naturalmente con cierta apariencia anticuada, de romance clásico, para que acuerde mejor con el concepto tradicional que se tiene de los poetas. Con seguridad ha de poseer manos blancas y finas, de aterciopelada suavidad; y ojos elocuentes, de esos que miran con laguidez, sin que se perjudique por ello la varonía; y también voz de timbre armonioso, clara y pausada, con notas graves y profundas para los momentos trascendentales.

—¡Fernando Labarca! —repite—. ¡Fermín Lanceiros! ¿Para qué querrán dos nombres los escritores, si con uno basta?

Y se da cuenta, sorprendida y levemente turbada, de que imprevistos sentimientos de admiración surgen en su alma ingenua. Nacen como la flor, roto de repente el capullo. O como los infantes, pequeños y tiernos, pero con tales anuncios de vitalidad que Magdalena se pregunta, asustada, si tendrá fuerzas suficientes para contenerlos y sustentarlos su espíritu.

XVIII

La noche entera lo pensó. Extrañamente desvelada dando vueltas bajo las sábanas, los oídos llenos todavía de la halagadora música, su imaginación galopó, infatigable y ágil, por las praderas azules del ensueño. Hecha un ovillo de suspiros, dilatadas las pupilas por la obscuridad del aposento, entornados a ratos los párpados para concentrarse mejor, meditó largamente sobre aquella idea singular que se le ocurriera de pronto, y que se debatía en su cabeza con tenacidad insidiosa, lo mismo que la mariposa caída en espeso líquido, del que no puede libertarse.

Se ha levantado, echando apuestas con el alba; burlándose de la madrugadora estridencia de los gallos jactanciosos; decidida a servir de despertador al sol veraniego. La matinal alegría de las alondras la contagia agradablemente. Le llena la vista jubilosa ese rosado amanecer, fresco y tierno, recién dado a luz por el inexhausto vientre del universo.

Tomado el frugal desayuno, Magdalena llena con reflexiva lentitud, encerrada en su cuarto, las caras de un elegante pliego. Bajo la fecha de ordenanza, y el encabezamiento que dice: "Distinguido señor", se agrupan ya los finos renglones de su letra linda y pareja. Letra menuda de mujer, que tanto sugiere.

La carta es una discreta y tímida sucesión de frases admirativas, alabanzas ingenuas y confesiones llenas de sencillez. Casi que escribe con vergüenza. Al final, Magdalena pide perdón por su atrevimiento de escribir a tan insigne y consagrado artista; ensaya justificar la simplicidad de las palabras; disculpa su natural ignorancia de pobre maestra aldeana; y, como inmerecida merced, solicita humildemente al hijo mimado de las musas el excelso favor de aceptar su rendido homenaje. Porque Magdalena —así dice la carta— no tiene otra ambición ni aspira a otra cosa, con su saludo y sus manifestaciones, que hacer llegar hasta el poeta la insignificante noticia de que en un burgo casi ignorado una lectora desconocida lo admira y lo aplaude con toda el alma.

Concluída la exaltada misiva, Magdalena se dispone para salir. Son casi las siete. En el camino de la escuela queda la oficina postal. La administradora de correos, que es también la telegrafista, abre en ese momento la puerta de su despacho. Lleva blusa de lana, gorrito del mismo material, y bufanda. Como está acatarrada, habla ronco y gangoso.

—Labarca... Labarca... ¿Quién es? —inquire curiosa, leyendo la dirección del sobre.

—Un médico de la ciudad, a quien le hago una consulta.

—Y el doctor Aguirre, dígame, señorita Magola, ¿no le acertó con el diagnóstico?

—No, no es eso; se trata de un especialista.

—Ah, ya me doy cuenta.

Magdalena continúa su marcha. Camina, con el delicioso secreto a cuestas, como inmensa carga que no siente; y que si la agobia, es nada más pesadumbre dulcísima. No obstante, la tortura cierta zozobra, acaso la sutil angustia de lo desconocido e incierto. ¿Cómo será acogido su modesto mensaje por aquel personaje ilustre, a quien la fama coronó de verdes laureles? ¿Qué pensará de ella ese incógnito señor que jamás ha visto?

La respuesta la tiene tres días después, en un atardecer dichoso, cuando, todavía sumida en la incertidumbre, el cartero le entrega una carta. El sobre fino y grueso. La letra viril, la hacen palidecer. Lo abre con dedos temblorosos. Y siente que una ola de calor le quema la cara, cuando ve la firma sinuosa. ¡Es de él, sí, de Labarca!

La contestación es corta y sencilla, pero muy expresiva. El poeta le da las gracias con cierto tono protector, de superioridad complaciente. Se siente halagado, le dice con mucha urbanidad. Leyendo la gentil y sobria respuesta, Magdalena tiene la intuición de que es hombre acostumbrado seguramente a recibir cartas de mujeres, mensajes de lectoras apasionadas y de admiradoras fervorosas. Y esta idea le produce un poco de pena. Al final de la carta, en dos líneas aparentemente insignificantes, Labarca la invita a que le escriba,

manifestándole que le agradaría su correspondencia. ¿Es pura cortesía nada más? ¿O simple cumplido de caballero? Sea como fuere, Magdalena guarda la invitación como áurea moneda.

Forjado el primer eslabón, la cadena empieza a crecer, alargándose. Pasan los días, las semanas discurren, y con ellos vienen y van los frecuentes mensajes. Heraldos misteriosos que viajan clandestinamente, como por subterráneos caminos, lo que tienen de más encantador es su sigilo, su complicidad silenciosa. Nadie en el pueblo podría sospechar la existencia de esa amistad a distancia, de ese oculto diálogo de almas sostenido a través del hilo frágil de la escritura. Para Magdalena se volvió una necesidad recibir carta de Labarca; la espera siempre con ansiedad y anhelo, pero tan cierta y segura como la salida y la puesta del sol. Y es gozo supremo para ella encerrarse en su cuarto para darle lectura y larga respuesta.

Mas, ¿qué misteriosa alquimia, o química maravillosa, transformó insensiblemente, con tan inadvertida mudanza, el sentido y el tono de esa correspondencia? Ahora Magdalena, transcurridos meses y meses, y familiarizada ya con la realidad del milagro, sabe que no es exclusivamente la mente la que le dicta las palabras de sus mensajes, sino también el corazón. ¿Cómo pudo ocurrir semejante prodigio?

Si se revisaran los abultados archivos del uno y la otra, se explicaría pronto el lector el curioso proceso.

La llama fue prendiendo, creciendo, alimentada por el halago y las recíprocas atenciones, mantenida por la persuasiva razón de un lenguaje pleno de cortesías, colmado de finura y donaire, y aliñado cada vez más con delicadezas exquisitas y discretas lisonjas. El poeta Labarca, hábil y experimentado hombre de mundo, supo hablar con acierto el idioma mágico del amor, después de emplear con gentileza el de la amistad intelectual. Y Magdalena supo bien responder, llegado el momento.

Al principio, en la balbuciente época del tanteo, las vacilaciones y los temores, el asunto fue algo difícil; ¡pero tiene tanto poder de persuasión un hombre galante y elocuente! ¡Y sobre todo, un hombre con imaginación, o un poeta que sabe aprovechar sus facultades! Emocionante sorpresa cuando a poder de cada uno llegaron los respectivos retratos, lujosas fotografías mandadas a tomar con especial encargo. Fernando Labarca no quedó defraudado al ver la imagen de la maestra. A Magdalena, si bien le pareció su "soñado amigo" menos joven de lo que supuso, no por ello se le menoscabó la pasión. Todo lo contrario. La madurez naciente le daba cierta apariencia sugestiva y un aire mundano impresionante.

Alguna que otra vez llegaron también, con intrigada curiosidad de Tomasa, paquetitos misteriosos cuyo contenido, muy apurada, tuvo Magdalena que convertir en píldoras. Y en medicamentos diversos. Eran regalos de buen tono: libros en ediciones de lujo, alguna

que otra joya discreta... La administradora de correos le pregunta frecuentemente por los resultados del tratamiento, y toma generoso interés en no demorar la correspondencia. Si las cartas llegan a retardarse, por cualquier motivo, participa con sincero pesar de las inquietudes de Magdalena.

Quien, por su parte, vive pendiente de los correos; pensando en ellos a todo momento; soñando con su feliz llegada. Nada le importa *yá*, fué ra de la venturosa estafeta. ¡Saber de Fernando! ¡Deleitarse con la lectura de las ardientes cláusulas de sus cartas! ¡Embriagarse con su recuerdo, la contemplación de su imagen, la música enloquecedora de sus palabras!

Magdalena no existe ya sino para aquel amor. Como llama permanentemente encendida, su propio corazón inflamado la abrasa sin lograr consumirla. Por eso goza y sufre a la vez; y comienza a sentirse dichosa y desgraciada conjuntamente porque la realidad no quiere acordarse con sus sueños y sus anhelos imperiosos.

El año escolar está para terminar. Durante varios días Magdalena se ve obligada a concentrar toda su atención en los preparativos de exámenes y del acto solemne en que han de adjudicarse los premios. Epoca febril y agitada la que precede a la tradicional clausura de tareas. Tiempo angustioso y emocionante de ensayos, confección de programas, inquietudes y afanes de diverso orden. Las circunstancias imponen mayor necesidad de mutuas consultas, deliberaciones

constantes, acuerdo completo y ayuda de todas horas. Marcos Leguizamo, por ser el decano y el de más experiencia, se convierte en el árbitro; su opinión decide en definitiva.

Llegada por fin la fecha de la sesión de clausura, que es también la de la despedida, Magdalena se da cuenta cabal de que su tristeza es menor que en años anteriores. Siempre, invariablemente, el pensamiento de que se iba a cerrar la escuela, teniendo que separarse de sus alumnos durante los meses de vacaciones, la ponía melancólica. Era el descanso que llegaba, es verdad; la perspectiva alucinante de algunas semanas de libertad y alegres diversiones; pero, ¿cómo sustraerse al recóndito sentimiento que causa la separación de lo que se quiere? Además, la fuerza del hábito, la tiranía de las costumbres amadas y despóticas... Ahora, contra tales antecedentes, y a pesar del pasado mismo, siente y comprende que algo grande y dominador compensa su pena, superándola. No, no está triste ya, ni podría estarlo; el pesar no cabe en su corazón porque allí canta la esperanza; el dolor no tiene acceso a su alma porque la colmaron los sueños.

Se ha dispuesto con alegría, sonora de gorjeos gozosos como pájaro en el amanecer; y se ha vestido como para las grandes fiestas. Durante toda la sesión las miradas permanecieron fijas en ella, atraídas por rara fascinación, cual si no existiese otro motivo de interés en el concurrido recinto. Tiene su voz resonan-

cias musicales y acariciadoras inexplicables; brillan sus ojos claros con sorprendente luz; su figura parece estilizarse, tras la sutil seda del traje, con líneas ideales de una escultura maravillosa.

No lo dicen las bocas, pero los ojos lo pregonan: ¡qué bonita está la maestra! ¡cuán graciosa y gentil con su encantadora sencillez!

A la salida, rezagándose de propósito, Ismael Martínez aprovecha un momento en que queda sola, para hablarle. Bajo el costoso terno de paño negro, atavío de fechas extraordinarias, el enorme cuerpo del hacendado se aligera notablemente de su pesadez cotidiana. La cabeza denuncia la mano reciente del peluquero.

Tratando de urbanizar sus rudos modales, y esforzándose por suavizar el tono de la voz gruesa y áspera, exclama:

—Quiero felicitarla, señorita Magola. Se lució de verdad con este acto. Todo salió requetebueno.

—Muchas gracias, don Ismael.

Tras breve pausa, en que la mira a los ojos con cierta avidez, pregunta solícito:

—Y ahora, ¿dónde va a pasar el asueto?

Magdalena vacila. Bien pensado lo tiene, pero desea envolverse en discreta reserva.

—Se lo averiguo porque... Bueno, no sé cómo decírselo.

—Hable no más, don Ismael.

El hacendado adopta un tonito confidencial.

—¿Se acuerda de Angel?... No, no lo digo por mal, ni por mortificarla. Eso ya pasó, ¡qué caramba! Fue una muchachada sin importancia. Si lo traigo a colación el asunto es porque pienso que...

—Continúe, don Ismael —incita Magdalena, dominando su repentino desasosiego.

—¡Pues vaya, se lo diré! La cosa es que se me ha ocurrido pensar que si usted quiere al hijo aún, bien podría extender al padre también algo de ese cariño.

—¡Don Ismael!

—¡Que! ¿Es que no lo merezco? —prosigue el hacendado animándose—. ¿Y no es, pues, casi la misma música? Aceptarme a mí sería mucho más práctico, ya lo creo; claro; y como nadie ha de saberlo...

—¿Tiene todavía algo más que decirme, don Ismael? —inquiere Magdalena con la faz demudada y seria—. Necesito cerrar la escuela, para marcharme.

—Nó, espere un poquito; escúcheme. Si es que la quiero, niña. La estoy queriendo hace un buen rato. ¡Pero ni modo de paliquiar a gusto! Mire: tengo una hacienda no muy lejos de aquí. ¿Por qué no deja

este cansón oficio? Hace como que se va para otra parte.

Ismael Martínez pasa la lengua por sus labios resecos, y continúa:

—Nadie va nunca por allí. Usted estará como en su propia casa. ¡Piense no más en la lunita de miel que vamos a pasar tan sabrosa! Usted queriéndome como es de ley, y yo dándole gusto en todo lo que desee.

Magdalena rompe de improviso a reír.

—¡Por Dios, don Ismael! Déjese de esas burlas tan grandes. Pero si la luna de miel hace tiempo que pasó para usted. Y hasta la de panela.

—No, no son burlas, señorita Magola; le hablo completamente en serio. O si lo prefiere, se queda aquí, y nos vemos secretamente.

—Lo que prefiero es marcharme en seguida —exclama Magdalena con fastidio—. Ya lo he atendido demasiado, don Ismael. Y tenga cuidado, no sea que vaya a imponerse de estas cosas misiá Piedad.

El hacendado se sobresalta.

—¿Piensa decirle usted...? No, no; no haga tal, se lo ruego.

Viéndose fracasado, intenta excusarse.

—No fue sino una chanza, créame. A ratos me da por ser ¡juguetón con las muchachas, sobre todo cuan-

do son buenas mozas. Me dispensará, ¿no? Ya lo creo... Bueno, me voy. ¿Como que me decía que tiene algo qué hacer?

—Eso dije, don Ismael.

—Bueno, me voy. Será hasta otra vista.

Tiende la pesada diestra, morena y velluda, para despedirse de Magdalena. Es una manaza, gruesa, curtida, de hombre de campo; una especie de garra que da la impresión de que triturará lo que coja. La diestra permanece un momento levantada; luégo cae otra vez, arrastrada por su propia inercia, porque Magdalena, que se aleja ya, no la vió o no quiso verla.

XIX

Hasta la estacioncita del pueblo habían venido a despedirla Sara y Matilde, Marcos y su hermana, y algunos de sus alumnos. La verdad es que nadie esperaba aquel viaje, y mucho menos tales vacaciones en la ciudad, todo lo cual parecía decisión de última hora, puesto que Magdalena a nadie dijo una palabra que permitiese adivinar sus propósitos. El anuncio de su partida casi que lo hizo, como se dice, ya con el pie en el estribo. Y sin embargo, hacía muchos días que tomara la imprevista resolución.

Al saberla, Sara le dijo con cierta decepción:

—Ah, ¿conque se va? ¡Y yo que contaba con usted para pasar estas vacaciones lo más entretenidas posible!

—Tengo que ir, Sara, de todas suertes —al hablar la voz de Magdalena adquiría un extraño timbre de obsesión misteriosa.

—¿Y se quedará toda la temporada?

—No sé... puede que sí... Nada tendría de raro tampoco que estuviese de vuelta dentro de una semana.

—Ojalá.

—¿Ojalá?

Magdalena rompió a reír de pronto, nerviosa, como si tan sencilla palabra e inocente deseo, expresión de cariño ingenuo, la hubiese asustado, o le pareciera de mal agüero.

—¿Por qué no viene conmigo, Sara? —repuso en seguida, sin convicción, ni el menor anhelo de que la acompañara.

—Lo hiciera con gusto; pero... ya sabe... la pobre mamá... tan enferma siempre...

Rauda, sonora, igual que un vértigo metálico, la pavonada máquina corre hacia la ciudad, arrastrando en su fuga el largo convoy de vagones. En el último, la graciosa cabeza tirada atrás contra el espaldar del asiento, los párpados tenuemente entornados, Magdalena se abisma en sus pensamientos. ¿Sueña? ¿Medita? Acaso sueña, porque sus labios sonríen, y su sonrisa es como vagarosa libélula. No parece darse cuenta de lo que la circunda; a su lado está la realidad, la vida; y sin embargo, se podría pensar que la realidad nada tiene qué ver con ella ese momento. Tal vez no la siente. Lo cierto es que su abstracción es tan completa, que Magdalena parece haberse olvidado de ella misma. La actitud indolente, de transitorio abandono, le da aire de ausencia. Como si no se hallara ahí su alma, sino su cuerpo únicamente.

A su lado, veloz, haciéndole guiños por la ventanilla, con fulgurantes parpadeos de color, cruza el paisaje desbocado. Relámpagos verdes que se suceden

en desfilar continuo; ocres visiones fulminantes; ilusiones rojizas; blancor de ciénagas dormidas. Pero Magdalena no ve, no se percata de la existencia de ese rápido panorama. Y es que, absorta en sus sueños, lleva dentro de sí su propio paisaje.

¡Ah, por fin, la ciudad! Allí está el hombre que quiere; el hombre que no ha visto jamás, y que, no obstante, le parece conocerlo tan bien. Como si lo hubiera visto mil veces. ¿No ha de conocerlo, pues, si lleva su imagen en el fondo mismo del alma, nítida y viva; si se familiarizó de tal suerte con ella que no ha de extrañar sus facciones cuando lo vea; si cree escuchar su voz todas las mañanas, y en el grávido día y en la noche diáfana, porque las palabras de sus mensajes llegaron a materializarse de tal modo que se convirtieron en tono, en acento, en inflexiones y modulaciones?

Cuando, entre los brazos de su amiga, da libre curso a la emoción, apenas puede balbucir:

—María Rosa... Querida María Rosa...

—Tu carta fue una sorpresa —dice ésta—. Llegó a tiempo, porque pensaba salir mañana para el campo. Pero, ¡qué distinta estás! ¡Y qué linda te has puesto!

—Tú también. ¡Y pensar que poco faltó para que hoy, en lugar de tan esbelta doncella, encontrara yo una robusta madre de familia!

—No hablemos de eso. Ya pasó. Acaso fue que no convenía.

Inquieta, Magdalena pregunta:

—¿Decías que piensas irte al campo?

—Ahora habrá que aplazarlo, naturalmente. Iremos más tarde. ¿Recuerdas cuánto gozámos la otra vez?

—Sí, recuerdo; en tu finca, hace cinco años.

—Cinco siglos, Magola.

Y Magdalena vuelve a decir, con ingenuo gozo:

—Nos quedaremos unos días en la ciudad, ¿verdad? Nos divertiremos un poco. Esa vida de pueblo es tan aburrida, sin distracciones casi, sin salir a ninguna parte. Dos semanas, tres; y luego sí, ¡a hartarnos de campo!

La noche entera la pasó Magdalena como el viajero en cualquier posada del camino: esperando impaciente y ansiosa el amanecer. Junto a su lecho, silenciosos, invisibles y fieles, velaron sus sueños, sus vagos anhelos, sus pensamientos. Una alegría profunda se hincó en su corazón, como daga de diamante. Pero su júbilo es también confuso y lleno de sobresaltos. Hilandera infatigable, su fantasía teje y desteje imágenes, borda extraños proyectos, crea cosas absurdas y fantásticas. Para ella no lo son, sin duda, porque ¿quién pretendió jamás que el ensueño tenga qué ver con la realidad? El ensueño es el deseo, la

ilusión tímida que esconde su rostro, la verdad deformada divinamente por la belleza, cubierta con la máscara de oro de la poesía.

Se ha levantado muy temprano. Alta, en el horizonte, la matinal pastora arredra con su cayado de rosada luz los rebaños de nubes. En el aire hay pellares, signo de buen tiempo. Sentada frente al pequeño tocador, las mejillas lechosas teñidas de suave grana, los claros ojos bien abiertos a pesar de la vigilia, peina con cierto afán sus cabellos castaños donde se enreda el oro de la mañana. Una linda kimona le cubre la figura fina y esbelta, de graciosos contornos.

—Buen día, niña. ¿Qué tal amaneció?

Volviéndose hacia el lado de la puerta, Magdalena ve, cautelosamente asomada por entre los batientes separados sin ruido, la cabeza lanosa de una mujer.

—Ah, ¿es usted, Dorotea? Entre.

—Sí que madruga la señorita —exclama la intrusa, penetrando despacio en la habitación—. A quien madruga, Dios le ayuda.

Es vieja, con tendencia a la obesidad. Su cara redonda, de achatada nariz, y boca grande y gruesa, tiene expresión angélica; de querubín negro y tosco. Al reír, los dientes de caña, maravillosos, la hacen más infame. Magdalena observa que lleva una bata nueva, de burda zaraza, y percibe fuerte y agradable olor de chocolate molido con especias y nuez moscada.

—¿Ya se levantó María Rosa?

—¡Quién! ¿La niña Maruja? Si no va usted misma a tirarle las mantas. . . Todavía estará en media noche.

—Ah perezosa.

—¿Quiere que le traiga café?

—Sí, una tacita. Pero oiga, Dorotea: ¿el teléfono de esta casa es de línea directa?

—Yo qué sé, señorita. Como nunca jamás me meto con esos embelecos. . .

—Ah, creía. . .

—Pero si le parece, lo averiguo más tarde.

—No es cosa de afán. Yo misma puedo hacerlo en seguida. Además, no era sino por saber.

La negra se va, con su paso de servidumbre.

Durante varias horas Magdalena necesita refrenar su impaciencia, en espera de la ocasión propicia. La que llega, por fin, cuando María Rosa tiene que salir de compras, acompañada por su madre. Los demás han salido también: un hermano que trabaja en comercio, una chiquilla que se fue a acompañar a la tía soltera y enferma. El jefe de la familia se encuentra en la finca hace tres días. Para poder quedarse esa tarde, Magdalena simuló de antemano fuerte jaqueca. Se acostó un rato incluso.

En el corredor, en un ángulo penumbroso, entre matas colocadas sobre trípodes de metal, cuelga un telé-

fono de pared. Persuadiéndose previamente de que Dorothea y la otra criada tienen bastante oficio por los lados de la cocina, busca con nerviosa premura en el directorio el número del poeta. Tan fuerte es su emoción cuando coge el auricular, que éste tiembla en su mano.

A poco oye una voz grave y tranquila que dice:

—Fernando Labarca, para servirle.

Magdalena casi no puede hablar. Siente, como los redobles de un parche, la palpitación de su pecho.

La voz lejana repite con cierta impaciencia:

—Fernando Labarca. ¿Quién llama?

El perentorio tono de enfado la hace reaccionar en seguida.

—Soy yo, señor, yo... Una mujer.

—Ya lo veo, por la voz; es decir, lo oigo, lo adivino —responde el interlocutor distante, con acento levemente burlón y súbitamente amable—. Pero, ¿su nombre?

—Se va a llevar una sorpresa.

—Agradable, sin duda.

—Eso, ¿quién sabe! —y Magdalena siente que recobra el dominio pleno de sí—. ¿Qué va a pensar usted cuando le diga la que ahora le habla, así de improviso, que se llama Magdalena Romero?

—¿Magdalena Romero?

—Sí, su amiga remota, su misteriosa admiradora, llegada expresamente a la ciudad para conocerlo. ¿Recordó ya, poeta?

—¡Magdalena Romero! —zumba el auricular—. ¿Magdalena Romero, dice? ¿Pero es de veras de aquí de la ciudad que me habla?

Ella comprende, adivina la pequeña angustia y el desconcierto del hombre que lucha por reconocer, a través de la distancia incierta, a la persona con quien dialoga. De pronto, una pena sutil la invade. Pero, ¿es que su nombre nada le dice al sorprendido e ignoto señor? Piensa luégo si se habrá equivocado. Mas no, es imposible: él mismo le acaba de asegurar que se llama Fernando Labarca, el hombre que busca precisamente.

—Tiene usted una memoria que no se la envidio —afirma en són de reproche—. Necesitará que le ayude. La que le habla, señor escritor, es Magola, la maestra de. . . Ah, ¿ya recordó por fin?

—Perdóneme. ¡Quién iba a pensarlo! Así, de modo tan inesperado. ¿Por qué no me avisó su venida? Pero no vaya a creer que no la tenía presente, se lo suplico. Hay que culpar a esta cabeza mía, llena de tantos asuntos y preocupaciones.

—Y de tantas cosas bellas —agrega Magdalena audazmente.

Al otro extremo del teléfono hay una larga pausa; luégo la voz prosigue, con evidentes inflexiones galantes:

—Su venida, Magola, me llena de sincera alegría. Y se la agradezco con toda el alma. ¡Si supiera la ardiente sed que tengo de verla, y lo que deseo conocerla! Con seguridad, la persona ha de superar a la imagen, al retrato.

—No se haga muchas ilusiones sobre eso.

—El corazón no puede engañarme. La presiento tal como debe ser, como la reflejan sus deliciosas cartas. Pero discúlpeme, Magola; debo cumplir ante todo las leyes de la hospitalidad, los preceptos de la cortesía, y aún no le he preguntado en dónde se aloja, para visitarla.

—Oh, no —exclama ella vivamente—; he resuelto mantener el misterio de mi domicilio. Es un pequeño capricho.

—Entonces. . . ¿no la veré? ¿No vino, pues, a conocerme?

La lejana voz adquiere opaco timbre de desencanto.

—Sí, sí, yo también deseo verlo; pero no en esta casa en donde estoy. ¿No podría usted sugerir algo? Tal vez en otro sitio. . .

—En este momento le hablo desde mi propia residencia. Si quiere usted venir aquí. . . La pongo a sus órdenes.

—¿Su casa dice? Gracias. ¿Tiene familia?

—No, ninguna; vivo completamente solo; no tengo parientes ni allegados.

—Como yo.

—¿Como usted?

—¿No recuerda, pues, que soy huérfana?

—Esto nos aproxima más.

—Bueno, si es así le diré: a su casa no; no quedaría bien.

—Yo le indicaría otro lugar.

—¿Cuál?

—Pero, no. Ahora se me ocurre que lo mejor sería mi propia oficina. ¿Le parece bien?

—Lo prefiero. Entonces mañana...

—Mañana la espero, Magola. La esperaré con tanta impaciencia y tanto anhelo, que las horas se me van a hacer invivibles.

—¡Exagerado! ¡Poeta!

Algo imperioso, algo más fuerte que ella misma, la encadena al teléfono; la retiene allí, fascinada, bajo su invisible y potente hechizo. Es una fuerza bruja la que la adhiere al extremo de esa cuerda delgada y mágica, inmovilizándola sobre el suelo. La música de las pala-

bras insinuantes y dulces se le va derecho al corazón, haciéndola estremecer de ternura; sube a su mente, trastornándola y embriagándola. ¿Cuándo sintió jamás tan maravillosa emoción? Un encanto invencible la domina completamente, subyugador y grato. Por eso no quiere desprenderse de allí; porque algo indefinible la llama, la cautiva y la atrae. Acaso un misterioso imán. Así debe de ser el influjo de las sirenas de la fábula, y el poder de su canto sobre los marinos insomnes. Así debe de ser la voz del destino.

Otra voz la devuelve a la realidad. En el portón acaban de resonar pisadas y voces. Magdalena, en su aturdimiento momentáneo, sólo tiene tiempo para decir con gracioso candor:

—Hasta mañana, pues. ¡Pero, por Dios, no me vaya a llamar aquí!

XX

Las horas que han precedido a aquel encuentro fueron, para Magdalena, de lucha tremenda con sus escrúpulos y sus vacilaciones. Largo tiempo hubo de batallar, porque en un minuto, en un día, puede haber una relativa eternidad, con sentimientos y con ideas contrapuestos a otros sentimientos e ideas, y con la sensación torturante de que su espíritu era el estadio donde se debatían, en mortal combate, los más contradictorios impulsos. De un lado estaba el amor, impetuoso y tiránico, decidido y dominador; ese amor que no admite polémica contra sus intereses, que se ríe de las leyes y de la lógica, que razona a su arbitrio cuando es capaz de razonar; de otro lado, enseñando los dientes como mastines, queriendo sin duda amedrentarla, se encabritaban los temores. Pero, ¿quién puede detener la pasión en marcha? ¿Qué obstáculos no serán arrasados cuando es el amor el que cabalga la dócil montura de la voluntad? Magdalena está enamorada, y eso es todo sencillamente. Para acudir a la cita con el amado, en los ágiles pies le nacieron alas ligeras; para infundirse ella misma esperanza y valor, su propia voz interna va cantando por el camino. ¿No es él, pues, quien la aguarda? Y Magdalena se percata, sobresaltada y gozosa, de que algo más poderoso que ella la conduce y la guía. Siente la atracción misterio-

sa, oye la perentoria llamada, percibe en todo su sér la fascinación invencible y distante.

A pesar de todo, se ha detenido varias veces, desanimada; casi resuelta a volver atrás. Un extraño instinto la hace avanzar despacio, como queriendo retrasar la llegada. A su lado, rápida, indiferente, pasa la multitud; cruzan exhalados vehículos, como relámpagos metálicos; se van quedando atrás, rezagados e inmóviles, los enfilados edificios. En ese momento, ni ella existe para la ciudad, ni ésta para ella. La meta, el final, el estrecho circuito de una oficina, donde aguarda el hombre que quiere, es lo único que para sus sentidos y su mente tiene vida real.

Transida de emoción, cuando pára en la puerta le parece que sus energías la abandonan. Hace un esfuerzo, y entra. El despacho de Fernando Labarca no es una oficina precisamente; su llamativa elegancia y su singular disposición le dan el aspecto de intimidad de los escritorios privados. El local de afuera es amplio, inundado de luz, y vistosamente amueblado. Sobre mesillas, en los ángulos, reposan dos máquinas de escribir relucientes. Un par de puertas, en el fondo, parecen comunicar tal local con sendas recámaras.

No viendo a nadie, llama discretamente. Transcurridos breves instantes, la puerta de la derecha se abre, apareciendo un hombre en el vano. Es de estatura mediana, casi grueso, sanguíneo; sobre la frente apunta ya ligera calvicie; cierta expresión de audacia

y cansancio brilla con equívoca luz en sus ojos oscuros. Todo en él tiene el sello de la mundana distinción: traje, actitud, gestos.

—¿Usted es...? —pregunta con indeciso tono, sonriendo.

—Magdalena Romero.

Con transición algo brusca, el escritor corre hacia ella mientras exclama:

—¡Ah, Magola, mi Magola! Por fin está aquí.

—¡Fernando! —exclama ella también, contagiada de su arrebató.

Y sin que pueda alcanzar a preverlo, siéntese acogida con vigor por los hombros, atraída de improviso hacia él, y besada en los labios. Durante un minuto quedan quietos, absortos; como abismados de lo que ha sucedido. En los ojos de Magdalena, húmedos de emoción, brilla una luz atónita, de maravilloso estupor. Ha enrojecido intensamente, y su rubor lo reemplaza casi en el acto una visible palidez.

—¡Fernando! —repite con tono de dulce reproche, entre seria y risueña.

—Perdóneme, no pude evitarlo; ¡fue un impulso tan irresistible!

Los ojos del escritor confirman con elocuencia sus palabras. La belleza de Magdalena lo impresionó, sin duda, fuertemente. La contempla admirado, con arro-

bamiento sincero, reflejando en sus extasiadas pupilas la gracia serena y primaveral del lindo semblante.

—No sospeché que era tan bonita, Magola.

Ella lo remeda, deliciosamente burlona.

—No sospeché que era tan galante, Fernando.

Un trivial encanto, grato y subyugador, parece desprenderse de tan extraña situación. Pronto, vencidos los últimos recelos, la familiaridad más amable se ha establecido entre ellos. Magdalena, entre tanto, y mientras conversan con sostenida animación, observa con profundo interés al hombre que tiene delante. A pesar de sus cuarenta y cinco años —no puede tener más, pero tampoco menos—, sorprendente vitalidad y raro vigor juvenil fluyen de su persona. Es como emanación de salud, o aura de fuerza incontrastable. La buena vida acaso, porque todo delata allí la presencia de la riqueza y la comodidad.

Pero lo que más le gusta y agrada es la voz de Fernando. Voz como la soñaba, y como creía escucharla diariamente en sus horas de imaginación y de fantasía. Mina de acentos, gama de modulaciones, espectro solar de los sonidos. Oyéndolo hablar, ella está como en éxtasis, sumida en inefable pasmo. Y es que esa voz fluyente, ondulante, melodiosa y rica en matices, resbala por ella con suavidad de mano de terciopelo, acaríciala como fresca brisa, la adormece como el arrullo de una ingenua canción de cuna.

Tres días después, ingeniándose para salir sola, vuelve a verlo. Y vuelve otra vez, y otras, durante dos semanas seguidas. La vida es como rosado sueño. Cada amanecer la ilusión se remueva dichosamente. Ahora, cuando camina hacia la cita, gozosa e ingrávida, ya no tiene temores, ni vacilaciones, ni escrúpulos. Sabe solamente que ama, y no quiere pensar en otra cosa que en su alegría dulce y recóndita.

Esa tarde, al llegar, ha encontrado a Fernando un poco nervioso. Varias cartas están sobre el escritorio, cerradas ya, para ser despachadas al correo. En una mesita hay paquetes con libros, periódicos. El escritor se pasea todavía, a pasos irregulares.

—¿Tenía visita?

—¿Por qué lo pregunta, Magola?

—Como vi salir una muchacha cuando llegaba...

—Ah, es la mecanógrafa. Acababa de concluir su servicio.

—No la había visto antes.

—Y sin embargo, viene todos los días. Pero yo tengo buen cuidado, cuando la espero a usted, de despedirla con alguna anticipación. Es simple medida de prudencia. ¿No le parece bien? Pero hoy se atrasó algunos minutos para irse.

—O pudo ser también —observa Magdalena, irónica— que yo me adelanté para llegar.

Fernando Labarca va a desplomarse en un sillón.

—¿Está fatigado?

—Sí, algo; pero no se preocupe: esto es natural cuando se trabaja seguido. La mira a los ojos largamente; sonrío. Después, levantándose de nuevo, exclama con alegre tono:

—¡Bah! Que se vaya al diablo el cansancio. ¿Quién puede sentirlo estando usted presente, Magola?... A propósito: un amigo me envió de regalo un vino exquisito. Creo que no me sentaría mal ahora una copita como tónico.

—¿Usted bebe? —pregunta ella con candidez.

—Oh, no —asegura Fernando, riendo—; tanto como beber... Pero de vez en cuando tomo una dosis. Ahora, por ejemplo.

Da algunos pasos por el despacho.

—¿Quiere probarlo? —dice luégo—; es muy agradable.

—Yo... la verdad es que...

—¿No me acompaña, entonces?

Ante el sutil acento de reproche, ella se apresura a rectificar.

—Sí, sí, bueno; deme una copita.

Abriendo la puerta de la izquierda, Fernando entra en la recámara. A poco se oye su voz jovial e insinuante:

—Venga, Magola. Va a tener que ayudarme.

La habitación es algo más pequeña que el local exterior. Un armario de cedro, taponado y oscuro, se alza en uno de los rincones; sus hojas bien abiertas permiten ver, en los entrepaños repletos, una curiosa miscelánea de botellas, cajas de distinto tamaño, bagatelas y pequeños artefactos metálicos. El centro de la estancia ocúpalo una mesita baja, circular, labrada con primor y rodeada de sillones de cuero.

—¡Qué poco curiosa parece usted, Magola! ¿No le había tentado saber lo que había en este cuarto, y en el otro?

Ella, sin responder, observa extrañada:

—Tiene una cantina completa; y me acaba de decir que no bebe.

—Recuerde el adagio. El hábito no hace al monje. Me agrada obsequiar a mis amigos, eso es todo.

—¿A sus amigos nada más?

Magdalena, que ase en su diestra ya la copa colmada de un licor transparente, rubio como las mañanas doradas, la mantiene en el aire suspensa, a tiempo que sus ojos inquietos se fijan en algunas fotografías que hay sobre las paredes.

—Son retratos de admiradoras —se apresura él a decir con estudiada displicencia, siguiendo la mirada de Magdalena—; por ahí, en cajones y gavetas, debe

de haber más. ¡Si supiera usted la cantidad de lectoras que honran a los autores con esta clase de testimonios amistosos! Se necesita tener un arsenal de fotografías para corresponder la atención, o convertirse en una emisora permanente de autógrafos.

—Falta la mía —se limita a decir Magdalena con intención.

Tras de un silencio embarazoso, el escritor invita:

—¿Bebemos?

Lo hacen, sin pronunciar palabra. Ella siente en el paladar un gusto exquisito, pero ardiente; y que le ronda por el cuerpo suave y enervador calorcillo. Fernando se le acerca mimoso, ofreciéndole almendras.

—Su retrato, Magola, lo tengo en casa, junto a mi lecho. Es allí donde debe estar. Allí, donde todas las mañanas lo miro, al abrir los ojos, y donde todas las noches puedo contemplarlo para tener sueños amables. ¿Quiere venir ahora a ver la otra recámara?

Es idéntica a la primera, pero con decorado distinto: dos grandes vitrinas colmadas de libros, un radio sobre un velador, y dos enormes sofás, anchos y mullidos.

—Siéntese aquí, Magola, a mi lado. Estaremos mejor, y en una mayor intimidad. ¿Conoce usted a alguien que tiene la propiedad de ser, según el momento, un grande amigo, o un grande enemigo? Pues ese

tal es el tiempo. Llega y se va pasito, de puntillas, sin avisar, cuando somos felices; o se coloca a nuestro lado, implacable, agobiándonos con su presencia, cuando sufrimos o cuando el tedio nos abruma. Junto a usted, Magola, el tiempo es el mejor amigo. Ni siquiera se advierte su compañía. ¡Quién pudiera lograr que estas horas fuesen interminables!

La voz de Fernando se va tornando grave, profunda, acariciadora; sus palabras se inflaman poco a poco con el fuego de una pasión que avanza sinuosa, pero incontenible y segura. Furtivas, por sus pupilas pasan a veces llamaradas oscuras. Magdalena, que lo escucha con avidez, ebria de amor y ensueño, no se percata casi de que un leve temblor sacude las manos de Fernando, mientras su boca se abre por el acezar que le sube del pecho agitado y su semblante se enrojece con el agolpamiento brusco de la sangre. ¿Por qué se quiebra ahora la voz aterciopelada y susurrante? ¿Por qué vacila, como si perdiera el camino? Al arrullo dulce y velado han sucedido de improviso roncocos y atropellados acentos, frases entrecortadas y confusas.

Ceñida por el talle, ella percibe, casi pegado al suyo el rostro del hombre, su respiración que la quema y el jadeo de su pecho enardecido. Los labios se han unido instintivamente. Y de pronto, impulsada hacia atrás, desfallecida y suspirante, siente que una mano torpe y convulsa cae pesadamente sobre su cuerpo.

—¡No! —exclama con voz ahogada, debatiéndose para libertarse de aquel brazo constrictor.

Se incorpora de un salto, con agilidad y fuerza imprevistas, mientras farfulla con acento alterado y la cara roja de indignación:

—¿Y esta es la poesía?... Yo creí... yo creí que al venir aquí... me iba a encontrar con un hombre de sentimientos...

—¿Duda de que los tengo?

—... de sentimientos delicados... de sentimientos nobles...

Fernando, que también se ha puesto de pie, replica con sonriente cinismo, todavía un poco descompuesto:

—Pero, ¿es que usted había imaginado, Magola, que los poetas no somos como los demás, seres de carne y hueso?

—¡Qué distinto lo veo ahora, Fernando! —dice ella con ostensible desdén, mirándolo desengañada y atediada.

Y su voz adquiere tono glacial cuando agrega:

—También hay hombres que no saben escribir lindos versos, pero que saben ser, en cambio, caballeros con las mujeres.

—Me inclino ante ellos con el más profundo respeto —responde Fernando sonriendo burlonamente.

Magdalena, que lucha hace largo rato por contener el llanto, estalla de improviso en sollozos. Se siente humillada, comprendiendo que aquella situación es absurda y escarnecedora.

—Pero, ¡qué tontería, Magola! —exclama Fernando con acento capcioso, viendo brillar de nuevo la esperanza—; estamos convirtiendo en tragedia un simple incidente del amor. Precipitado o torpe, no digo que no. ¿Quién está libre de equivocarse? Olvide esto Magola; yo le prometo que...

Sabe por experiencia que el llanto de una mujer es siempre fácilmente enjugable, que perdona y olvida cuando se le demanda perdón, por lo mismo que es generosa y crédula.

—Me voy —anuncia de pronto ella, componiendo de prisa sus cabellos y sus ropas todavía un poco en desorden.

—¿Se va? Pero... ¿no volveré a verla, Magola? ¿De veras no me perdonará?

Una idea perversa, hija de su rencor, la acomete súbito.

—No sé... He de pensarlo bien... Si fuera usted, Fernando, hombre capaz de hacer promesas y cumplirlas...

—¿Qué quiere insinuar?

—Si me prometiera que nunca más volverán a suceder estas cosas...

—Se lo prometo; se lo juro, Magola —declama casi Fernando, encantado.

—Pues si es así. . .

—¿Qué?

—No sé. . . Voy a pensarlo. . . Lo llamaré por teléfono.

Momentos después, Magdalena camina con pasos rápidos y menudos en dirección de la casa de su amiga. Las mejillas le arden como brasas. Aguda congoja le muerde el corazón hasta causarle casi dolor. Y le parece llevar sobre las espaldas, agobiadas bajo su pesadumbre cruel, como grávida cruz, el cadáver caliente todavía de sus ilusiones y sueños. Ahora su alma ni siquiera tendrá consuelo, porque aquel amor fue un secreto; sentimiento guardado egoístamente para ella sola, y que por lo mismo tiene que enterrar en silencio, en lo más hondo y oculto de su conciencia, cripta viviente y misteriosa. ¿Cómo podría, pues, sin morir de vergüenza, confiarle a su amiga, a sus amigas, tarde ya para hablar, la historia doliente de esa aventura desgraciada?

Percibe en la boca un sabor amargo de ceniza, sabor de pena y despecho; advierte en su ánimo el deseo violento de huír de la ciudad odiosa y maldita que supo atraerla con su voz falaz de asechanza.

Por la noche, con simulada indiferencia, le dice a María Rosa:

—Mañana se cumplirán tres semanas que hace que estoy aquí. ¿Y sabes que me siento ya un poco cansada? Si nos fuéramos a tu finca en seguida. . .

Su amiga le responde con júbilo:

—Pero si he estado esperando, Magola, que me lo digas. Todos los días lo espero. A mí tampoco me divierte esta vida, ¿sabes? En cambio, en el campo jamás me aburro. Me encanta de veras su sencillez, su libertad alegre. Tanto como a tí, bien lo sabes.

XXI

A su regreso al pueblo, Magdalena había encontrado una triste noticia: la madre de Sara acababa de morir. Y ella, que hartó dolor traía con el recuerdo atosigante de hechos recientes que laceraron su corazón, tuvo que olvidar los propios pesares para compartir la tribulación de la amiga inconsolable.

¡Cuán lentos, abrumadores y tediosos, pasan ahora los días! Gotear de clepsidra, despacioso y desesperante subir y bajar de canjilones de noria, carrusel perezoso que cansa la vista y la enerva con el estribillo terco de su repetición sin término.

El local de la escuela, al llegar, estaba, como se dice, ab-intestato: polvo, basura, telarañas; dos meses largos fueron bastantes para que tomara desolado aspecto de abandono. Magdalena misma, escoba en mano, y un cubo con agua como acólito silencioso, hubo de poner razonable limpieza en todo aquello. Restablecer el orden, volver las cosas a su sitio. Después. . . la reanudación de tareas, con el ánimo sobrecogido aún y el alma de un pasmo de tristeza y extraña soledad.

Pero los días desfilan, y el espíritu va sosegándose, al caer poco a poco en dulce y humilde sercnidad. Eficaz anestésico para los sufrimientos morales, el tiempo los calma y adormece, llegando a veces hasta

curarlos por completo. Mas no siempre trae consigo el olvido; y entonces el dolor se convierte, sorprendente metamorfosis, en el recuerdo resignado. No se va del todo la imagen, acaso porque se grabó con tanto vigor en la mente, y la sensible fantasía, impresionando el ánimo con firmeza indeleble; pero ya no es, como antes, sentimiento vivo y beligerante. Es como la secreta cicatriz, que en ocasiones, por cualquier imprevisto estímulo, trata de abrirse de nuevo sin conseguirlo; o como algo mal sepultado, que de repente quiere incorporarse cual un fantasma.

Por eso, porque la criatura humana jamás podrá ser sujeto de dolor sin medida, ni puede sin perecer soportar la carga de padecimientos eternos, Magdalena, conformándose con su síno, ha vuelto a sentir la paz en su espíritu. Lánguida paz humilde que se asoma aún con recelosa timidez por el postigo de la sonrisa mustia, miedosa acaso de que la desgracia aceche en el exterior, para acometerla de nuevo.

—¿Sí sabe, señorita Magola, que esta mañana llegó el hermano de Sara?

—No, no tenía noticia.

Conversan en el comedor, ambas de pie, Tomasa con el sombrero puesto todavía y la cartera bajo el brazo. Viste de negro, con su acostumbrada sencillez. El color obscuro parece adelgazarle la silueta, haciendo resaltar a la vez la blancura mate de las manos llenas de sortijas. Mientras habla, abre una alacena

de caoba de donde va sacando, con afectada pulcritud, golosinas diversas: cocadas con ajonjolí, bizcochuelos tiernos, merengues.

—Hace un momento, viniendo de donde el Padre Segis, lo supe. Tenemos que mandar a saludarlo.

Su alto pecho se infla con leve suspiro.

—Viene al matrimonio de Sara. ¡Quién iba a pensar que esa locuela se casara tan pronto! Digo, así tan imprevisto, cuando nadie lo sospechaba. Y con quien menos se creía.

En la voz de Tomasa, parsimoniosa, grata y tranquila, hay singular entonación de melancolías recónditas.

—Marcos es persona excelente —dice Magdalena con cierto cansancio—; será buen marido para Sara.

En seguida agrega, con súbita animación:

—Y sobre todo, es un matrimonio oportuno. ¡La pobre se quedó tan sola!

De pronto, sin motivo aparente, Tomasa rompe a reír con risa suave y agradable, enseñando al hacerlo los bonitos dientes cuidados con tanto esmero.

—¿Qué fue? —inquire Magdalena, extrañada.

—Nada. Bobadas de una. Se me ocurrió pensar en la curiosa pareja que formarán Marcos y Sara, ella tan alegre y despreocupada y él tan rígido y serio.

Magdalena ríe también, con desgano.

Está algo más alegre la mañana del siguiente día. Sara vino a verla a la escuela, terminada la hora de clase, para pedirle que le ayudase en ciertos detalles del ajuar. El luto de varios meses parece aumentar su palidez, avivando la llama de los cabellos leonados. Tiene aire infantil, de candor que acentúa la jovialidad de su sempiterna risa.

Junto a los arriates del patio, Magdalena, cubierta con un delantal, acolla las matas. Por sobre el tejado, muy bajo, vuelan varias palomas. De nuevo, el pequeño jardín ha florecido, multicolor y risueño. El escaramujo se ha cubierto de rosas. Más allá, la huerta verdea, como esmeralda niña.

—¿De modo que Matilde...?

—Sí, ¡la pobre! No pudo más, sucumbió. Todo se conjuró en su contra. Pero, ¿sabe Magola? Yo no la condeno, ni la culpo. La vida fue superior a ella.

Componiendo con ambas manos la albanega de hilo de seda que le sujeta los cabellos, Magdalena repite como un eco:

—¡La vida fue superior a ella!

—Como el mundo es así, ahora, por supuesto, nadie piensa en condenar a Chucho Panezo; ninguno quiere ver en ella a la verdadera víctima. Pero lo más odioso son esos abanicos de culpas. ¡Si supiera lo que ha propalado la radiodifusora perversa de Otoniel Tisquesoy!

—El peluquero, ¡ah!

—Bueno, no hablemos más de esto, porque hace daño. ¡Desdichada Matilde! Ahora sólo podemos pensar que ha muerto para nosotras.

La imprevista llegada del inspector Barrios, quien viene acompañado por Leguízamo, las interrumpe. Trae aire de albricias, jaracandoso y expansivo. Al ver a Marcos, la sangre se agolpa en la cara pálida de Sara.

—Acabo de recibir este telegrama —dice el inspector—. La dirección del ramo les concede un mes de licencia. Además —continúa con gracioso tono de notario—, y supongo que como regalo de bodas, dispone que se les paguen los sueldos de dicho mes.

Hace emotiva pausa, y agrega con afabilidad:

—¡Vaya, vaya! Se nos está casando el magisterio. Ahora queda faltando aquí nada más que la señorita Magola.

—¿Yo? —exclama la aludida, sin poder contenerse.

Y no sabe, en verdad, en medio de su turbación repentina, si permanecer sería y grave, o participar también en la intencionada broma.

Durante toda la tarde el recuerdo de Matilde no se aparta de la mente de Magdalena. Sus pensamientos giran, se alejan después, pero vuelven a ella implacablemente. Es como obsesión torturante. ¿Por qué la

lastima así ese suceso triste, que en manera alguna le atañe y sin embargo lo siente cual si fuese algo propio? ¿Algo terriblemente personal?

La necesidad imperiosa de hablar de aquello, de saber más, oyendo de labios extraños comentarios que acaso coincidan con sus íntimos pensamientos, la lleva a insinuar con cautela una conversación a propósito, ese mismo día, al anochecer. Se ha sentado en el corredor, con las piernas cruzadas, imprimiéndole a la mecedora suave y pausado balanceo. El aire es cálido e inmóvil. Acomodada al frente, en otra mecedora, Tomasa permanece quieta y en actitud de señorita modosa. En el cielo oscuro, que recorta el cuadrilátero de los socarrenes del patio, parpadean con furia luceros y estrellas de intensa luz.

—No puedo creer lo que se dice —declara Magdalena con vivo tono de protesta, siguiendo la charla iniciada ya—; me resisto a creerlo, porque se me hace tan absurdo. Conozco bastante a Matilde; y, la verdad. . .

Su interlocutora la interrumpe.

—Nada nos debería asombrar, con los tiempos que corren. ¡Y con lo que son los hombres ahora! Casta de hipócritas, chusma desvergonzada e infame de farisantes. Jamás, señorita Magola, me arrepentiré lo suficiente, de haberle abierto las puertas de mi casa a ese doctor Aguirre. Mire, pues, de lo que yo también me he escapado.

Magdalena detiene el balanceo, para contemplar a Tomasa con mayor atención. Se ha exaltado súbito, y una visible indignación le enciende soflamas en el rostro. Habla con abaniqueo, con timbres metálicos en la voz que le imprimen desagradable dureza.

—¿Le parece a usted, señorita Magola, le parece a usted propio de médicos que se estiman y que deben respeto a la sociedad, hacer estas cosas? Creyéndolo hombre serio y correcto, yo también busqué sus servicios, le confié mis dolencias, y hasta le hice confidente de cosas que sólo a personas de su profesión pueden comunicarse. ¿Recuerda la familiaridad con que aquí se le recibía, la fe que tuve en él siempre, y el gusto con que aguardaba sus visitas reglamentarias? Y el muy fariseo preparando, entre tanto, el golpe traidor. Hay que darle gracias a Dios porque no hubo más víctimas. Imagine, imagine usted el escándalo, niña, si en lugar de Matilde hubiera sido yo, por ejemplo, la perjudicada. Solamente pensarlo me produce estremecimientos.

—Yo creo que el doctor no se hubiera atrevido a tanto.

—¿Que no? Sin duda lo dice porque no conoce bien a esa clase de pajarracos. Ni sabe lo ladinos que son. Otra cosa es que yo no hubiera autorizado jamás sus atrevimientos.

—Siempre me pareció muy circunspecto con usted.

—En su presencia era discreto, claro. Pero . . . ¿tendré que contarle algo que ni siquiera sospecha usted, señorita Magola? Pues sepa que ese hombre relajado no perdía oportunidad de mostrar sus malas tendencias. Cuando me dejaban sola con él, se volvía pesado, abusivo; no tenía inconveniente en pellizcarme; me hacía cosquillas inaceptables desde todo punto de vista. Yo, naturalmente, usted comprende, por evitar cualquier escándalo . . .

—Callaba como un muerto —concluye Magdalena, muy seria.

—Eso es; me callaba. ¿Qué más podía hacer? Pero ahora comprendo que debí cambiar oportunamente de médico. No me explico cómo no fui capaz de hacerlo.

Tomasa se queda largo rato en silencio. Divagando talvez. De pronto dice con más sosiego, como si recordara:

—Desde hace tres días se encuentra en el lugar un médico forastero. A qué buen tiempo llega. No recuerdo quién me informó que es muy acertado, y muy comedido con las señoras. Ojalá permanezca aquí, por si llega a nacesitarse, pues sería efectiva desgracia tener que recurrir de nuevo, en caso de urgencia, a ese doctor Aguirre.

Magdalena se levanta con lentitud.

—¡Qué sueño tengo! No sé por qué, siento también un estropeo, un molimiento grande, cual si hubiera pasado por un trapiche.

Suenan diez campanadas. . . En su cuarto, se desnuda despacio, mientras farfulla por hábito una corta plegaria. Apaga en seguida la luz. Pero no logra dormir, como lo esperaba. Cierra los ojos, y éstos tornan a abrirse en la obscuridad, con la persistencia obstinada de esos batientes de resorte que vuelven siempre a su posición primitiva. La densa sombra le dilata las insomnes pupilas, y sus pensamientos concentrados le dan singular inmovilidad. No puede, sin embargo, fijar la atención en recuerdo determinado, en imagen clara y precisa, porque por su mente pasan, atropelladas y febriles, multitud de cosas diversas. Desfilan sin orden, se alejan, vuelven a pasar, deteniéndose a ratos para bailar la más absurda zarabanda.

Así han cruzado por su imaginación, todos los incidentes memorables del día: los pequeños actos que ejecutó, los detalles que la impresionaron, en una mezcla caprichosa con acaecimientos anteriores y personas y cosas que ya casi parecían olvidadas. Recuerda a Matilde, ve pasar a Sara enlutada y risueña, revive su memoria auditiva las palabras lacerantes del inspector y su largo diálogo reciente con la señorita Tomasa. ¡Ah, ah, la pobre! Ella también sufre, sin duda, y nadie parece comprenderla. A pesar de la evocación patética, Magdalena ríe silenciosamente, de pronto. Es que hay algo tan tristemente gracioso en ciertos destinos.

No sabe cuándo, todavía con la mente oscilante entre la realidad y los sueños, se queda por fin dormida.

XXII

Isabel Moncada no es ya la muchachita sin formas, de voz imperiosa y aire orgulloso y petulante, que conoció el lector al principio de este relato. Ahora es elegante damita que ha vivido veintidós años y a la que le da una atracción picante su gracioso y casi insolente desenfado. Cierta palidez acentuada, que ella corrige con cuidadoso maquillaje, le imprime a su rostro de facciones finas y frías, apariencia vagamente enfermiza. La mirada es penetrante y dura; la voz se ha suavizado, pero conservando el déjío despótico, de mando y dominio. No se podría decir con certeza si es bonita y hermosa; en cambio, puede afirmarse a primera vista que carece por completo del dón feliz de la simpatía. Le falta dulzura a la expresión, gracia insinuante a las maneras, lo que explica su escasa, o casi nula, seducción personal. Y no es su trato precisamente, ni su estilo de hablar, lo que contribuye a desvanecer, disimular, o hacer olvidar tales defectos.

A pesar de todo, llama con evidente imperio la atención de los hombres; suscita, talvez sin quererlo, la secreta envidia de las mujeres; es solicitada y reclamada dondequiera que esté. Un pregón invisible, que anuncia y previene el paso triunfal de la única heredera del comerciante más acaudalado de la parroquia,

parece precederla siempre. Como parece envolverla también un inaudible són de campanillas de plata y oro, que cantan la ditirámica canción de su prosapia rancia y altiva.

De estas cosas tiene Isabel clara y plena conciencia. Tal vez por ello sabe darle a su andar un ritmo seguro y una perfecta suficiencia, y decir lo que dice con ese tono enfático a que todos se han acostumbrado. Su preocupación de elegancia es, por otra parte, apenas digna de ella. Nadie ignora en el pueblo que a don Ezequiel Moncada, su padre, le cuestan un dineral los caprichos suntuarios de su heredera y sus gastos fastuosos, los que, por supuesto, se encarga de justificar elocuentemente doña Bernarda.

Madre e hija conversan en el costurero, después de que la modista que trabaja allí contratada, se ha despedido. Es un cuartito coquetón, soleado y discreto, cuya única ventana da al mayor de los patios. Tanto la una como la otra acaban de llegar de la calle, aunque de distintos lugares a juzgar por los comentarios que hacen.

—¿Hallaste carta en el correo?

—No, mamá —responde Isabel con manifiesta displicencia—; y con ésta van ya dos semanas que no escribe.

—¡Dos semanas! Me parece que bien podía ser más cumplido con la que será su mujer.

Disimulando su irritación, Isabel se levanta para aproximarse con indiferencia fingida a un pequeño tocador de laca, de frágil y graciosa estructura. Durante algunos minutos permanece allí, de pie e inmóvil, en actitud de componerse el peinado. La voz de doña Bernarda, que habla de nuevo, la saca en seguida de su mutismo pensativo.

—Si no recuerdo mal, le oí decir a misiá Piedad que Angel está ahora muy embargado por el asunto de la tesis. ¡Tánto embeleco nada más que para que lo llamen a uno doctor! ¿Sabes tú, Chava, qué diantre es eso de la tesis?

—Un escrito que hacen para optar al grado, mamá. Así dice él en una de sus cartas.

—Bueno, minucias que no nos interesan. Lo que quería contarte es que hice varias visitas, en todas las cuales se habló de tu compromiso con Angel. Ah, estuve también en la casa cural. ¡Bonita ocurrencia la del Padre Segis, a quien se le metió en la mollera nombrar un batallón de madrinas para la inauguración del asilo! ¡Como si dos o tres no fueran suficientes! Por esto, casi que estoy por aconsejarte que no aceptes el cargo.

—¿Quiénes son las otras?

—Con anotar que eso parece un mosaico social...

—No se trata de fiestas de salón, mamá.

—Qué importa. A mí jamás me han gustado las confusiones. Cada santo en su nicho, y todos en paz. Naturalmente, y como el Padre Segis ha sentido siempre debilidad por ella, no podía faltar en la lista la maestra de marras.

—¿Qué tiene de particular? —arguye Isabel con intención irónica y despectiva—. Bien merece que se le tenga en cuenta quien, por la simpatía de que goza, particularmente entre los hombres, realiza tan valiosas colectas para el culto. Pero veo que le das demasiada importancia a esa joven.

—No soy yo quien se la doy; es el Padre Segis.

—Tampoco hay que olvidar, mamá, que fuí su discípula.

—¿Ahora te pones sentimental, hija?

—No; lo digo para dar a entender que merece respeto.

—No comprendo tus galimatías.

—Pues la cosa es clara, mamá. La señorita Magola hace buen rato que pasó por la estación de los treinta años. ¿No te parece que a esa edad es acreedora a ciertas consideraciones?

Encantada de entender por fin la agudeza de su hija, doña Bernarda ríe con risa áspera e insólita.

—Me lo parece, hija, me lo parece.

Ocho días después tiene lugar la inauguración del asilo, una mañana a las diez, celebrada la solemne misa con que se honró al santo de la fecha. Al acto le da aire patético de exposición de ancianidad y dolamas la anticipada presencia de algunos viejos e indigentes que llevaron allí como para demostrar gráficamente la finalidad de la institución. Son hombres y mujeres llenos de achaques, gentes desvalidas a quienes la piedad evangélica del optimista Padre Losada venía soñando años atrás con poder ofrecerles un refugio.

Pero también el benéfico acontecimiento ofrece notas profanas, acaso para que resulte menos severo y monótono. Para amenizarlo, recaudando fondos de paso, el infatigable apóstol le adicionó al suceso un bazar bien surtido y unas activas vendutas de aguas y comestibles, a cargo de grupos de muchachas. Lo que fue como ofrecer miel a las moscas.

Patios, salas todavía sin decorar, corredores y pasadizos de paredes desnudas, rebosan de abigarrado público que se mueve sin tregua en torno de las diversas mesas. Ahogado cada media hora por las ruidosas notas de algún pasillo alegre o incitante bambuco, un sordo rumor indefinible colma el recinto. Y el dinero va cayendo en las cajas, a manera de menuda lluvia, en cambio de flores, frutas y bebidas heladas, golosinas y bagatelas.

Llamativa y lujosa, Isabel preside su mesa, acompañada por Rosalía Martínez y Gloria Bastidas. Ca-

mila Barrios, Cristina Martínez y Tomasa Dueñas, que las capitanea, se agrupan en otra mesa próxima.

Magdalena, una de las madrinas, dirige la venta, de pie entre Carmen y Sara, ésta última casada ya pero que ha continuado en el magisterio y por nada del mundo renunciaría a su perenne risa y agradable disposición para todo. Un encanto dulce y melancólico imprimió en el rostro de Magdalena la serenidad luminosa de los atardeceres de estío. En sus ojos ha crecido la claridad, y es más profunda la ternura en los acentos de su voz. Vestida con sencillez, casi severamente, apenas lleva por adorno una flor natural sobre los alcores del pecho. No tiene ya su cuerpo las estilizadas formas de ayer, porque ha engrosado un poco, pero conservando la gracia y la delicada suavidad de las líneas. Sin duda, ganó en belleza y hermosura: en belleza que floreció con madurez espléndida, tornándose más espiritual por haber vivido y sentido; en hermosura que es, tras la promesa inquietante de la maqueta, la obra acabada y definitiva del escultor que realizó sus sueños.

Móvil y locuaz, un enjambre de mozos mariposea en torno de Isabel; la asedian tenaces y lisonjeros, desentendidos de sus olímpicos desdenes, y con manifiesta displicencia de Rosalía, mientras Gloria Bastidas no sabe la pobre dónde colocar su abrumadora timidez. A pesar de todo, a Isabel no parece desagradarle por completo el masculino homenaje, que estimula y halaga su vanidad de muchacha joven y rica. Pero sus

miradas se van, sin quererlo, hacia la mesa que Magdalena preside, situada no muy lejos de allí, bajo blanco toldo de lona, en el principal de los patios, y rodeada permanentemente de público.

De pronto se vuelve con fastidio hacia Rosalía.

—¿Ha puesto cuidado? Fíjese cómo se aglomeran allá. No parece sino que estuvieran vendiendo algún agua milagrosa.

—¿En dónde dice? . . . Ah. ¿En la mesa de esa virgen del alfabeto? Por cierto que parece otra escuela, y no un kiosko de kermese. O será que es la mesa de la pedagogía.

—O de la pedantería.

—Pues sí.

—Agua de Lourdes debe de estar repartiendo por lo menos. Pero vea cómo se empujan y atropellan por acercarse, no solamente los pollos sino también los gallos de espuela. ¡Gente más novelera y tonta!

Rosalía hace una mueca de desprecio.

—Por mí —dice con jactanciosa petulancia—, bien pueden hacerle procesión. Me río de todos esos boquirrubios melosos.

—¿De mí también? —exclama de repente a su lado una voz insinuante.

Es el médico Aguirre, mundano y risueño como siempre.

—Ah. ¿Oyó lo que dije? —inquire Rosalía, con súbito rubor y visiblemente cortada—. ¡Se le salen a una luégo unas cosas! Pero la verdad es que. . .

—Sí, sí, comprendo. No sé por qué, los hombres tenemos la estúpida tendencia a equivocarnos en cuestión de mujeres. Cuando no elegimos lo peor, nos dejamos seducir por las apariencias. Afortunadamente, hay excepciones.

Aguirre mira con velado rencor hacia el puesto de Magdalena, donde ni siquiera han notado su presencia. Se vuelve en seguida hacia Rosalía, y dice con estudiado halago, a tiempo que clava en los de ella sus ojos truhanes y joviales:

—No hay duda de que usted, Rosalía, es la atracción mayor de esta fiesta.

—No me diga eso, doctor —contesta Rosalía, humanizándose.

Viéndola turbada y feliz, Aguirre prosigue con entusiasmo:

—¿Cómo es que no la había visto antes? . . . No, no la había visto —repite con énfasis viendo el movimiento de sorpresa de su interlocutora—. Tal vez mis ojos la miraron, pero con pupilas de ciego. De otra manera, ¿cómo puede explicarse que no hubiera reparado en usted, Rosalía? Digo, en todo cuanto tiene usted de subyugador y atrayente. Pero, perdóneme, se lo ruego; tal vez me estoy excediendo en palabras.

—No, no, doctor, continúe; si no me molesta.

—Acaso, por otra parte, no sea éste el sitio más apropiado. . .

—¿Para qué, doctor?

—Para manifestarle estas cosas; para hablarle así, con tanta efusión.

Rosalía se pone meditabunda.

—¿Le agradecería decírmelo, pues, en otra parte?

—¡Si pudiera aspirar a tanta ventura!

—Vaya a mi casa, entonces; lo espero esta noche en la ventana.

Cerca de allí, en el puesto donde están Camila y Cristina, suenan toses burlonas. Pero Tomasa, que preside, no está precisamente para chacotas. El animado palique de Aguirre con Rosalía, que ha observado al soslayo, la puso de repentino mal humor. Se le nota nerviosidad y disgusto.

Volviéndose de improviso hacia su compañera de la derecha, murmura en voz baja y con gesto de escándalo:

—¿Cómo le parece, Camila! Ya anda otra vez el diablo suelto.

—¿Cuál diablo, señorita?

—Pues el herejote del doctor. ¿No ha tomado nota de lo que ocurre?

—Ah. Pues cómo no. Hace rato le está farseando a Rosalía.

—Ojalá no sea con dañadas intenciones. Ese hombre es terrible.

Cristina, que logró sorprender el diálogo, interviene mordaz.

—Rosalía no sabe qué hacer, la pobre, para levantarse un galán. Pero esté tranquila no más, señorita Tomasita. El médico no viene ahora en són de tenorio. No olvide que a mi hermana le corresponde una dote bastante grande.

—¡Cristina, por Dios, yo no quería pensar...!

—Pero lo piensa el doctor Aguirre, de eso estoy bien segura. Tan segura como de que no me hará fácilmente su cuñada.

XXIII

El regreso de Angel Martínez, coronados ya sus estudios, fue suceso de aquellos que por su significado local, y por la conmoción que producen en cualquier vecindario, están destinados a perdurar largo tiempo en la memoria de las gentes. Era un hijo del lugar que volvía, tras de larga ausencia, cubierta la frente varonil con laureles frescos de triunfo, lo que justifica con creces que el acontecimiento adquiriese tanta importancia. La tuvo, en efecto, y necesariamente, como suceso colectivo. Y también por el lado social, puesto que el consagrado joven pertenecía a una familia influyente y pudiente como pocas en la parroquia. Fué-
ra de lo dicho, contribuyó en grado sumo a destacar el hecho la circunstancia de que la presencia del nuevo profesional coincidía exactamente con días de agitación política, lo que quiso él aprovechar para iniciarse en la vida pública.

Para el hombre joven, cuando lo acompañan circunstancias excepcionales de orden social y económico, la política es camino fácil y de halagüeñas perspectivas. Así se presentaba para Angel, dotado generosamente por el destino. Riqueza, juventud, un título académico, posición descollante; y tras de él un pueblo que lo empuja hacia el triunfo, con cierta superstición mesiánica. No traía, empero, el exclusivo propósito de

dedicarse a la acción política. Se dejaría llevar, claro está, por la suave corriente de la opinión; mas sin descuidar el oficio. Como tampoco echaría en olvido, por ningún motivo ni conveniencia, las predilecciones paternas. ¿Es que no se podía acaso ser a la vez todas aquellas cosas juntas: político, abogado, ganadero y agricultor, que ninguna incompatibilidad presentan unas con otras, y que le permitían quedar bien con todos y satisfacerse él mismo?

Ahora, en la florida edad, Angel es hombre de ambiciones; su cabeza está colmada de sueños, proyectos y aspiraciones múltiples; pero, sobre todo, de un sentido práctico de la vida, vigilante y agudo. A su padre le ha hablado ya de ciertos negocios atrevidos, de reformas científicas en la explotación de las haciendas, de aprovechamiento de tierras, de inversiones. Sin duda ha de iniciarse con él, en la comarca, la era de los terratenientes y hacendados de nuevo cuño, con un concepto menos tradicional de los sistemas agrarios, y con ideas menos asustadizas sobre la necesidad de llevar hasta el campo la última palabra de las reformas.

A su llegada, algunos días atrás, Magdalena se limitó a enviarle su tarjeta de bienvenida. Quería expresarle sencillamente la complacencia que sentía por su regreso y por sus triunfos. Comprendiendo que iba a estar cohibida por la presencia de personas cuya hostilidad adivinaba, no quiso concurrir a su casa. Por otra parte, un vago temor la contenía: el miedo obscuro e inexplicable de que sus sentimientos la traicionaran.

¿Por qué se había turbado, pues, con la sola noticia del retorno de su discípulo de otros días? No puede evitarlo, pero la verdad es que la presencia de Angel en el pueblo la ha puesto cavilosa, llenándole a la vez el espíritu de confusa y sobresaltada angustia.

Las pisadas de una caballería, detenidas bruscamente en la puerta, la obligan a interrumpir, sorprendida y curiosa, la escritura de una carta para su amiga lejana. No hace mucho que terminó la clase de la tarde. Bajo la impresión de que alguien se apea a la entrada, con metálico ruido de estribos y espuelas, se dispone a acudir al punto, para informarse; mas no ha ganado aún el portón cuando ya el inesperado visitante está adentro. Al verlo, no puede contenerse.

—¡Angel, usted! . . . Oh, perdone, doctor Martínez —rectifica en seguida—. Así, al primer momento, se me ocurrió llamarlo como hace diez años, cuando usted era apenas un muchacho.

El la contempla brevemente, con admiración afectuosa.

—Sí, soy yo; el mismo, con todos sus vicios y virtudes —exclama riendo—. Pero, ¿por qué no llamarme como solía? Diez años no han de cambiar las cosas.

—El tiempo las cambia —dice Magdalena suavemente.

Durante una pausa, observa risueña y como sorprendida, la figura de Angel, vestido de clásico patrón cam-

pero: zamarros de vaqueta, sombrero de fieltro, fino y pesado poncho; sobre el pecho, la camisa se abre en dos alas, a modo de solapas, quedando al desnudo el cuello moreno.

—¿Viene del campo? —pregunta luego, por hablar de otra cosa.

—Sí. Acabo de recorrer las haciendas. ¿Cómo le parece? ¡Todo un señor togado, a quien las gentes creían ya incapaz de tenerse derecho sobre cualquier jamelgo, inspeccionando reseas y sementeras, en lugar de estar entregado a los códigos y a los pleitos!

—He oído decir que está metido en la política.

—No tanto. Pero mis amigos se empeñan, y hay que llevarles la idea. Además, es un pasatiempo. Al menos para mí. Como sé lo que es eso, no me apasiona mucho. Así que estoy resuelto a apartarme de ella al primer dolor de cabeza que me ocasione.

—Usted triunfará. En la profesión y en la política. En todo.

—¿Lo cree así de veras?

—Lo creo firmemente; y se lo deseo de corazón.

—Ah, esa es otra cosa. Y es lo menos que podía esperar de usted. . . ¿cómo diré yo ahora? . . . ¿Magola? ¿señorita Magola?

—Dígame Magola no más.

Tras de breve reflexión, repone con voz velada:

—O siga llamándome maestra.

Angel guarda silencio. Adivina, comprende, el fondo melancólico de tales palabras. Avanza varios pasos por el corredor. Tiende una mirada circular por cuanto lo rodea.

—Todo está igual —afirma con grave tono de evocación—; nada ha cambiado.

—Sí, nada ha cambiado —repite Magdalena.

—El mismo patio, el mismo jardincito tan bien cuidado que dejé, la misma huerta. . . Y aquí su despacho; tal como era entonces. ¡Me parece que fue ayer nada más cuando me marché!

En la mente y el corazón de Magdalena se están alzando los recuerdos. Tumultuosos, vivientes. Igual que si en dormida ciénaga, súbito y agudo grito espantara los pájaros allí posados, obligándolos a levantarse en bandadas, atropellados y chillones. ¡Cuánta cosa había en su alma, olvidada, muerta! Las sencillas palabras de Angel, triviales en apariencia, comunes y rutinarias en la forma, adquieren en el fondo, por el momento y el lugar, una significación tremenda; ganan sentido nuevo; son como fórmulas milagrosas y extrañas por cuya mágica virtud todo vuelve a nacer, o resucita, o despierta de su terrible y hondo letargo. A veces, el pasado deja de ser recuerdos para convertirse en hechos presentes. El tiempo se pára y retroce-

de; la vida hila su rueca al revés. Es ilusión ciertamente, alucinación; pero es la verdad del instante, la realidad intensa del minuto que parece que se salió de los carriles de la lógica.

La violenta emoción le tiene a Magdalena el corazón lo mismo que un péndulo: batido por la zozobra, oscilante entre la esperanza obscura y humilde y el temor de la verdad insobornable, indeciso y trémulo porque conoció tantas veces la cara engañosa de los sueños, que no son más que pobres fantasmas.

—¡Me parece que fue ayer nada más!

La voz, un poco pastosa, resuena en sus oídos como lejana música escuchada en la noche, como campana tañida en la distancia. Pero de repente, el pasajero encanto parece desvanecerse. Angel ha continuado hablándole, tranquilo, risueño, con cierto tono superficial de hombre habituado a los paliques con mujeres. La familiaridad de su acento y la llaneza de sus palabras, sin que Magdalena acierte a comprender la causa le producen de pronto vago malestar. Le hacen daño evidente. ¿Por qué Angel da muestras de no recordar ciertas cosas? ¿Olvida deliberadamente algunos hechos y detalles, o es que no tienen ya significación para él? Ah, sí, debe de ser esto último —piensa ella con amargura—. Con seguridad perdieron toda importancia para él aquel idilio ingenuo y esas travesuras sentimentales que hicieron las delicias de algunos meses, de la maestra y el discípulo. A Magdalena le

causa una sensación de pena y angustia pensar que ni siquiera ha querido recordarlo. Porque todo lo recuerda, sí, con maravillosa fidelidad, menos el romántico episodio escolar que para ella fue como corta y dichosa vida.

Repuesta de la conmoción transitoria, observa con mayor atención el semblante de Angel; escruta con ansia contenida sus ademanes, su gesto y su voz, el sentido de sus palabras. Cerrando los ojos un instante para comparar la figura graciosa y truhán del muchacho que amó diez años atrás con la del hombre que ahora tiene ante sí, lleno de juventud y arrogancia y magníficamente dispuesto para las luchas vitales, comprende que ya no es el mismo ni puede serlo ciertamente. Diez años lo labraron mejor, dejándolo como escultura nueva. La educación también; el roce con el mundo y los hombres; la experiencia de una etapa de vida disfrutada hondamente. Algo parece vigilar a todo momento en su mirada y en su voz: sagacidad, desconfianza, disimulo; Magdalena no sabe bien qué, pero es algo extraño sin duda, algo falso y artificioso que le causa inquietud y le produce involuntaria repulsa. ¿Por qué ha cambiado Angel así, Dios mío?

Ya no es autoritario ni altanero su acento, sino persuasivo, cortés, sutil y penetrante cuando necesita reforzar las abogaderas; ni es arbitrario y áspero su carácter. El hombre de mundo y de universidad está ahora siempre presente. A los alboratados cabellos de antes les pusieron orden completo la brillantina y el pei-

nado, y su infantil sonrisa se trocó con la varonía en arma eficaz de seducción.

Magdalena comprende que el amor que creyó muerto y enterrado en su corazón, no lo está sino en apariencia. Allí se había quedado quieto, agazapado y silencioso, talvez en espera de brusco e imprevisto despertar. Y ahora lo siente que despierta, sacudido de pronto por el capricho del destino, por los arbitrarios sucesos, por la vida misma que se obstina, como empecinada enemiga, en levantar ante ella mirajes y espejismos de ventura nunca lograda. Siente que ama, sabe que ama, tiene conciencia de que ama; y sin embargo, en sus sentimientos de amor hay un fondo amargo y escéptico de tristeza, de desencanto cruel e íntimo desconsuelo.

Cuando Angel le tiende la mano, para marcharse, entre frases frívolas y amables, ella la siente firme, segura, sin la menor trepidación, cual si en lugar de una mujer fuera un simple amigo, o un cliente cualquiera, la persona que se encuentra ante él. Nada le dice ese contacto. Apretón amistoso y familiar, igual a los que se dan todos los días a gentes que se estima. Y a pesar de todo, cree percibir, al encontrarse sus miradas, un fulgor pasajero, de admiración o de pasión contenida, en las obscuras pupilas de su interlocutor. No es más que una chispa, pero su ilusión y su esperanza zozobran la ven como la llamarada de una hoguera.

Ya con el pie en el estribo, Angel le dice:

—Voy a dar una fiesta campestre en honor de mis amigas y amigos, y deseo que sea lo más divertida. Usted es la primera invitada, Magola, ¿Me promete que asistirá?

Magdalena queda perpleja, como si vacilara; pero de pronto, bajo la fuerza de misteriosa intuición, responde con reprimido júbilo:

—¿Una fiesta campestre? Me encanta la idea. Iré, sí, iré con mucho gusto.

—Entonces quedamos acordados. Hasta el domingo próximo.

XXIV

No muy lejos del pueblo quedan "Los Arrayanes", una de las mayores haciendas de los Martínez. En sus vastas dehesas se pierden los rebaños, y las sementeras son extensas y cuidadas. Pero hay todavía tierras sin beneficiar. Desde cualquiera de los pequeños collados que en algunas partes interrumpen la regularidad de la llanura, se puede divisar a distancia, hacia todo punto del horizonte, verdes manchas de monte, aguas que brillan como cristales hilados, sórdidos ranchos cuyo color parece confundirse con el del terrón circundante, quemado y reseco. Rodeada por las viviendas de la peonada, los grandes establos, los olorosos y húmedos trapiches, los chiqueros y demás dependencias de trabajo y crianza, se alza la cómoda casona.

La mañana dominical, diáfana y soleada, vio salir temprano del pueblo a la comparsa excursionista. Comparsa alegre y bulliciosa porque es la juventud lugareña deliberadamente reunida por el querer del anfitrión. Así se explica que en la jovial cabalgata, numerosa y compacta como escuadrón de caballería, figure toda la gente moza del burgo, particularmente la soltera.

A la salida, más allá del extremo del arrabal, la ecuestre tropilla, que al principio hubo de marchar co-

hibida por la limitación de las calles, entre la curiosidad mujeril y el asedio de los muchachos, no bien se vio en campo libre se expandió en alegre desorden, sin otra ley ya que el itinerario que llevaba. La voluntad del jinete, o el capricho de la montura, es lo único que rige la marcha. Por eso es tan irregular y arbitrario el anárquico avance, todo ruido y color, que se encoge y retrae como la sierpe acosada allí donde el andar se dificulta, o se alarga y adelgaza tomando el aspecto ancestral y terrígeno de los desfiles indios, o se disgrega, en fin, en los trayectos anchos y limpios, en grupos que parecen islas humanas flotando a la deriva sobre el verde mar de los prados.

Desde la víspera, Magdalena, anegada en secreta y dulce emoción, había preparado con minucioso esmero su avío de amazona. La semana entera esperó ansiosa ese domingo venturoso, porque algo le advertía misteriosamente que iba a decidirse su vida. ¿Favorable, o adversamente? No hubiera podido decirlo; pero la colmaba de esperanza la misma fe de su corazón generoso. Avisada por el femenino instinto, tomó una ablución al amanecer, que la dejó fresca y vibrante; hizo en su rostro un leve maquillaje; se arregló los cabellos con morosa coquetería. Luégo vistió el sencillo traje de cabalgar.

Con qué ingenua satisfacción había sonreído al examinar su figura en la luna del armario. La blusilla de seda, cerrada en el cuello, oprimía suavemente, destacándolos, los pechos altos y turgentes. Un ceñidor de

fino cuero le apretaba la cintura flexible. Más abajo, los ajustados "breeches" de tela gris y las polainas relucientes se adherían a muslos y piernas, adelantando sus macizas carnosidades y las líneas finas y graciosas. La íntima alegría que la poseía se asomaba a los ojos claros, como muchachita feliz dispuesta a hacer travesuras. Arreboles de salud pintábanle las mejillas tersas. Todo parecía iluminarla: el brillo mate de los cabellos recogidos en haz, cual áureas espigas; el fulgor marfilino de la sonrisa seductora; la irradiación dichosa de la mirada.

Afuera, en la calle, arrendada a un poste, la montura pateaba impaciente sobre el empedrado. El mismo Angel le envió, como personal atención, aquel hermoso caballo, lucio y moro, de grande alzada, cuya llegada provocó pequeño y gracioso incidente, pues el muchacho que lo traía, viendo abierto el contraportón, se metió con él hasta el corredor, casi hasta el propio patio. Percatarse de ello Tomasa, y acudir al punto a hacerlo sacar, con grandes protestas y aspavientos, todo fue uno. ¡Ella, que es el orden perfecto, la implacable limpieza, los escrupulosos buenos modales, y que no puede tolerar nada fuera de su sitio, o desentomando!

La vocinglera comparsa adelanta ahora, en azarosa procesión, siguiendo la vía estrecha de un callejón que divide dos predios alinderados con cercas de monte. A ratos, como lo permite la marcha, dejan andar las bestias a su albedrío, o galopan seguido. Entre voces y

risas, o súbitos y triscantes tropeles. Retozar jubiloso de jinetes y de amazonas, bajo la claridad dorada del día. De pronto, salen a una planada limpia, donde la tropilla se dispersa a sus anchas.

Angel, con mucho disgusto de Isabel, que lleva lujoso atavío y cabalga una yegua magnífica, busca ostensiblemente la compañía de Magdalena. Desde el primer momento, no bien la vio, experimentó su atracción poderosa.

—¡Qué hermosa está, Magola! —le había dicho, entre serio y risueño, subyugada su voluntad—. Nunca la vi así. . . tan seductora.

Agregó en seguida, con cierta precipitación, notándola turbada:

—No sospeché que fuera tan consumada jineta.

—Se lo debo a usted, Angel.

—¿Quiere explicarme cómo y por qué?

—Por haberme enviado tan buena montura. Ningún mérito tiene cabalgar bien en estas condiciones.

—¿Lo cree así de veras? Mire. Cabalmente, allí va el doctor Aguirre, muy empeñado en hacerle el amor a mi hermana Rosalía. Observe el espléndido tordillo que monta, y lo mal que lo pilotea. Es que esta no es ciencia infusa, Magola.

La maestra no pudo reprimir la espontánea risa. Pero se sintió menos jovial cuando su compañero, que es-

taba de envidiable buen humor, le hizo notar casi en seguida otro detalle cómico.

—Para que se convenza, Magola, de que no es la cabalgadura la que hace al jinete, fíjese bien en nuestro elegante amigo Matías, que monta ese petiso bayo. El caballejo no le ayuda, es cierto; pero hay qué convenir en que es hombre intrépido y esforzado.

Matías, en efecto, hacía prodigios de equitación para mantenerse firme en la silla, porque el animal era brioso y no poco levantisco.

A media tarde, bastante después del copioso almuerzo en la casona: en el espacioso comedor, en los corredores sombríos, en los patios cubiertos de hierba, los paseantes se han repartido entre la veleidad del baile y otras atracciones camperas. En un corral cercano, varios vaqueros divierten a los aficionados con improvisado toreo. Muchos se han tumbado bajo los árboles, a paliquear, o a echar una siesta, o a entretenerse en juegos eutropélicos. Se han formado también pequeños partidos, unos para tomar posiciones en las quebradas, con la ilusión de pescas problemáticas, otros para invadir rastrojos y charcas, empujados por cinagéticos ensueños. Pero la mayoría ha preferido pasar la tarde cabalgando.

Largo rato hace que Angel y Magdalena galopan sin cesar, impulsados al parecer por imperioso anhelo de movimiento. Así han ascendido y descendido colinas, emparejados en la carrera; y han atravesado ve-

loces, potreros interminables; y se han metido por entre el áspero monte, siguiendo la línea borrosa de las trochas. A veces tienen que salvar los caños y arroyos que les interrumpen la ruta. En su desenfrenado galope dejaron atrás, sin percatarse de ello, a los demás jinetes compañeros. Casi no han hablado, entre tanto. A Magdalena parece embriagarla esa fuga vertiginosa que le da la impresión de escapar del mundo y de libertarse de sí misma: de sus pensamientos, de sus inquietudes y angustias. Firme sobre la bestia, semeja una amazona auténtica; por su seguridad, por su aplomo y destreza, por su dominio sobre el animal tenso y vibrante por la carrera. No en vano pasó varias temporadas en la finca de campo de María Rosa, que fueron para ella un aprendizaje práctico y fácil.

De pronto, ante una albarrada que hace de lindero, detienen la marcha impetuosa. Los caballos jadean, cubiertos de sudor y de espuma, caídos los rojos belfos, lánguidos de fatiga y de sed los ojos hialinos. Cerca de allí espejea el agua de pequeña albufera. Más allá, bajo escueto arbolado, amarillea la hierba escasa del agostadero solitario.

Dejando libres las monturas para que abreen, Angel se vuelve hacia su compañera a tiempo que ésta exclama con inquietud:

—Nos hemos alejado demasiado de la casa. Los compañeros se han perdido de vista. ¿En qué punto preciso estamos, Angel?

—La verdad es que no lo sé con certeza. Este fondo es tan grande que apenas lo conozco en parte. De lo que sí tengo seguridad es de que no nos hemos salido de los linderos. Ya lo habría observado.

Durante algunos minutos permanecen callados, la una mirando a lo lejos, el otro con los ojos fijos con risueña insistencia sobre el bello semblante encendido por la agitación. Pero ella no parece notarlo. Se ha abstraído acaso en sus recónditas cavilaciones. De improviso, como volviendo en sí, sobresaltada y ruborosa, exclama con gracioso candor de niña distraída:

—¿Qué? ¿Qué era lo que decía, Angel?

—Decía —responde éste con leve tono de emoción— que no debe inquietarse por la soledad transitoria. Talvez fue el destino, o la suerte, lo que nos separó de los otros.

—¡El destino! ¡La suerte! —suspira Magdalena, romántica y supersticiosa—. ¿Cuál será mi destino?

—El mejor, sin duda, Magola. El más feliz, que es el que usted merece.

Ella sonríe, incrédula, recordando el pasado.

—Me alegra que nos encontremos aquí, los dos solos. Deseaba una oportunidad como ésta, para poder hablar sin molestias, y sin el temor de que ojos u oídos impertinentes violen nuestro secreto. ¿Se acuerda, Magola, de que hace diez años, siendo yo niño aún, usted me quería?

—Lo quería... como una maestra a su discípulo. Pero... ¿no lo había usted olvidado de veras? Yo pensé que...

—¿Cómo podía olvidarlo? ¿Cómo borrar de la memoria esos días dichosos y maravillosos de mi niñez? Yo era algo más que un niño entonces. Tenía trece años cuando me fui para Bogotá, y sólo sé que en mi mente se grabaron profundamente su mirada, su voz, sus caricias que tanta felicidad me causaban.

—Fuimos unos locos, Angel; no sabíamos bien lo que hacíamos.

—Deliciosa locura, que no por eso dejaba de ser amor.

—Locura que pasó pronto. Usted debía pensar en sus estudios, yo en mi obligación de maestra. Además, todo el mundo aquí se encargó de hacerme pensar, o de recordarme, que aquello era un disparate, siendo usted un muchacho, y yo... una pobre vieja sentimental.

La interrumpe, espontánea y sonora, la risa de su compañero.

—¿Por qué ríe, Angel?

—¿Y qué quiere que haga? Dice unas cosas tan graciosas, Magola. Es tan ocurrente. ¡Vieja usted, cuando era la primavera misma, la vida en todo su esplendor mañanero! ¡Cuántas mujeres, con seguridad, la estarían envidiando entonces!

—Hoy no tendrán ya motivo para envidiarme.

—Hoy más que nunca, porque si en aquellos días eran la belleza y la gracia que empezaban a florecer, como los capullos que se abren, ahora son esos mismos encantos en su adorable plenitud.

—¡Lisonjero! Tendré que reconocer que es usted, por lo menos, un discípulo agradecido... y galante.

—Un hombre que la quiere, Magola.

—No le creo. Usted, como tantos, confunde acaso con amor lo que no es más que impresiones. ¡Pero si acaba de volver a verme!

—Después de largo tiempo, sí... Y sin embargo, tengo la sensación de que la he visto todos los días. Usted no es, no puede ser para mí, una mujer extraña.

—Pero es fácil sugestionarse, Angel.

Bruscamente, sin transición, el cielo se oscurece. Imprevista racha de viento frío les azota los rostros, yendo a perderse en la distancia. Su paso levanta largo murmullo entre el follaje espeso del monte. Los caballos se inquietan, amusgando las orejas alegremente.

—Viene un chaparrón a paso de carga —anuncia Angel con acento de contrariedad, mientras mira a lo lejos, y como si olvidara por completo el apasionado diálogo de amor.

—Vámonos —urge Magdalena.

Cabalgan de prisa, con afán, sin otra preocupación ahora que ganar el amparo de la casona antes de que caiga sobre la tierra el amenazante argavieso. Y comienzan a galopar a campo traviesa, buscando el sendero más corto, con la esperanza de eludir el forzado baño. Pero su empeño y la desatentada carrera resultan inútiles, porque lo que tienen ya encima es un aguacero torrencial que se acerca veloz y cuyos primeros goterones les salpican los rostros.

—Pronto, Magola, si no quiere que nos volvamos una sopa. Mire, allí, a la derecha, hay un pequeño rancho. Nos guareceremos en él mientras pasa el chubasco.

El humilde rancho semeja una choza con su techo pajizo y sus paredes cubiertas de sucio y amarillento jalbegue. Al frente, ancho socarrén sostenido por pilares de guadua, cubre espacioso corredor de tierra apisonada. A la derecha de la puerta dos palos cruzados cierran el hueco de un ventanuco.

—Parece que no hay nadie —observa Angel entrando el primero.

El interior compónenlo dos aposentos: la salita adornada con varios cromos desteñidos y sin más mobiliario que un par de bancos de madera, y el cuarto contiguo, con notorio aspecto de alcoba, pues hay allí una barbacoa ancha y baja, que debió de servir de lecho, un arcón antiguo y gastado, y antepuertas baratas, negras de polvo.

Lo que pasa afuera parece el propio diluvio. La violenta lluvia se ha desplomado sobre los campos con fragor ensordecedor: agobia el follaje, moja y cala el terrón reseco por el estío, corre en arroyos vociferantes siguiendo caprichosos caminos. El agro semeja por momentos una ciénaga grande y turbia, agitada por imprevista vida. Dos goterones que comienzan a caer en la sala, los obliga a buscar refugio en la pieza adyacente. Desde allí, por el ventanuco, contemplan largo rato, en silencio, el campo inundado y el horizonte oscurecido por el turbión tenaz.

—Este aguacero es largo —opina Angel, colocado detrás de Magdalena, casi pegado a ella, mientras mira hacia el exterior.

Lo dice con gravedad, con estudiada indiferencia; pero ella siente cerca de sí, quemándole la nuca, la ardiente respiración de su compañero; y percibe el calor tibio de su cuerpo. Cuando él, suavemente, con la mayor naturalidad, apoya la diestra en uno de sus hombros, siente una sacudida.

—¿Tiene frío, Magola?

—No. Fue que me dio un golpe de aire.

Se vuelve, para apartarse del postigo; pero se encuentra con los brazos de Angel, que la ciñen de pronto, mientras los labios buscan los labios con apasionada vehemencia. Ella no trata de oponerse. Advierte en todo su sér vaga y extraña laxitud, y cierto entorpeci-

miento voluptuoso. La sensación de que es un sueño aquello, o simple ilusión de sus sentidos, se agrava con el fragor del agua, con el arrullo de las palabras, y con el propio enervamiento, sumiéndola en una irrealidad misteriosa. . .

Con delicadeza exquisita, en vilo casi cual si fuera una niña, Angel la lleva hasta la barbacoa. Sentados allí, al borde del lecho rústico, él sigue hablándole con creciente emoción y halago dulce y persuasivo.

Hondos suspiros se escapan del pecho de Magdalena. Sobre sus ojos han caído un poco los párpados, a tiempo que leve palidez se extiende sobre su demudado semblante.

—¿Me quieres, Magola?

—Te quiero, Angel, te quiero. ¡Pobre de mí!

La ha asido por el talle, atrayéndola ahora hacia él con fuerza imperiosa. La besa con creciente ardor, con exaltada vehemencia, sacudida la voz y casi estrangulada por la emoción de la caricia.

De pronto, hondo y doloroso gemido de Magdalena lo sobresalta.

—¿Qué tienes, Magola? ¿Qué te pasa?

La mira con profunda extrañeza, y ve que está desfallecida pero con los ojos turbios de lágrimas. Su expresión es tan patética, suplicante y humilde, que Angel siente el alma inundada por desconocida ternura. Y una inmensa piedad lo va ganando dulcemente.

—Angel —musita ella con acento casi infantil, echándole los brazos al cuello—: ¿te casarías conmigo?

Entonces, sobrecogido de estupor, él se siente volver a la realidad. Las sencillas palabras que acaba de escuchar repercuten en sus oídos como rumor exótico, de incomprensible y lejano significado. Palabras simples y que parecen no tener sentido, porque para la acústica de su espíritu son como voces inexistentes, o modulaciones que se quedaron en confuso vagido.

Sin prisa, cual si nada de particular ocurriera, se aproxima hasta el ventanuco. El chubasco ha cesado al fin. Sobre la empapada tierra corren aún aguas rezagadas, sinuosas y veloces como reptiles deslizándose hacia sus madrigueras. El sol ha vuelto a aparecer, al principio un poco velado por oscuras nubes tenaces, luégo otra vez radiante, tal como estaba antes de la imprevista lluvia.

—Escampó ya. ¿Regresamos, Magola?

—Sí, vámonos. Deben de estar echándonos de menos.

Montan, y galopan de nuevo en dirección de la casona. Callados, cavilosos. No se oye más que el chapoteo de los cascos de los caballos en los charcos del piso. De cuándo en cuándo, el grito agudo de algún pájaro entumecido que se levanta del rastrojo.

—¿Está enojado, Angel? —dice ella de repente, sin mirarlo a los ojos y como cohibida de pena, por romper el mortificante mutismo.

—No, Magola, no; no estoy enojado —responde él con una voz glacial y extrañamente amable—. Pero le suplico que olvidemos este incidente. Después de todo, acaso sea mejor para ambos que las cosas hayan pasado como pasaron.

XXV

A veces, en las almas, se produce una especie de soledad tan impresionante y profunda, que ellas mismas se asustan. Es algo semejante a los vacíos que se forman en las grandes casas abandonadas, llenas en otro tiempo de alegría y movimiento, o a los pavorosos silencios que se producen con motivo de una tragedia, de hechos extraordinarios y brutales, o de súbitas y desconcertantes catástrofes. Cuanto venga entonces a turbar esa soledad no logrará otra cosa que animar pasajeramente, con vida dolorosa y artificial, al espíritu adormecido. Y es que el ánima que cayó en tan extraño pasmo, en la inconsciencia efímera que causan las conmociones morales, se convierte de cierto modo en inmóvil pozo, de aguas hondas y oscuras, y es como los remansos aletargados que, si un imprevisto cuerpo llega a caer sobre sus ondas quietas, parecen estremecerse de dolor, y protestar y gritar porque se perturba su éxtasis tranquilo.

Desde la tarde aquella, meses atrás, en que su corazón fue destrozado cruelmente por tan terrible y definitivo desengaño, el alma de Magdalena se hundió en un sopor doliente y sensible. No quería pensar, ni recordar; no quería renovar las penas con nada que pudiese alterar su calma aparente. Y se reconcentraba en

sí misma, orgullosa y desconfiada, para que nadie pudiera percatarse del recóndito sufrimiento.

¿Por qué había vuelto a retoñar, para torturarla, ese viejo amor que creyó muerto, que incluso la hizo reír un día como algo pueril, absurdo e ilógico, y que ahora está allí, vivo y encabritado, rebelde a toda razón y esquivo a toda realidad, para colmarla al mismo tiempo de alegría y de tristeza, de gozo y de angustia, de dicha y de desesperación? ¿Qué sino impiadoso la condena inexorablemente a ver sus sueños desvanecidos, sus anhelos burlados, sus esperanzas engañadas?

Así, inclinándose frente al fatal desfile de los acontecimientos fríos e implacables, resignada y silenciosa espectadora de su propio y triste destino, ha visto pasar los días, lentos, iguales y tediosos, hilando la rueca de su hastío, apacentando los rebaños de su fastidio, contando con infinito desencanto de todo, el cansado gotear de la clepsidra de su vivir sin ilusiones. Existencia monótona, gastada y repetida cinta de paisajes que nada le dicen ya; visión cotidiana de las mismas gentes y cosas que hasta ayer no más tenían para ella tánta significación pero que ahora su espíritu solitario y vacío ve como a seres inertes y sin vida, o pobres fantoches que se mueven por misteriosos hilos de mentira y de farsa.

Nadie, ni sus más íntimas amigas, viéndola aparentemente tranquila, ágil y diligente como todos los días, puede sospechar el interno drama. Los ojos claros y

dulces nada revelan ni delatan; se han tornado apenas algo más melancólicos. La sonrisa diáfana, de angélica expresión, sigue siendo tan suave, tan atrayente y seductora, que difícilmente se adivina tras de ella la punyente amargura.

Esa mañana luminosa, la tranquilidad habitual del pueblo se hizo añicos desde el amanecer, como la copa de cristal que salta en pedazos. Jubilosas campanas reparten a los vientos clamorosos mensajes de alegría. Un sol de fiesta, blanco y esplendoroso, baña el burgo y los campos en ondas de luz tibia y acariciante. Encerrada en su cuarto, nerviosa, los ojos circundados de halos oscuros que denuncian vigilia, Magdalena, vestida ya para concurrir a la ceremonia, maquilla con meticuloso cuidado su bello y pálido semblante. No por aumentar su belleza, sino por disimular u ocultar la ligera demacración que lo empaña. De repente, en en el corredor, vibra la voz apremiante de Tomasa.

—¡Por Dios, señorita Magola, que se nos hace tarde! Ni que fuera la misma novia, para tanto acicalamiento.

Sara, que está con ella, suelta su alegre risa.

—Ya voy, ya voy. ¡Impacientes! Si me acosan mucho, no acabo.

Salen por fin, y en el camino se les une Marcos Le-guízamo, grave, buído y solemne, como para asistir a una sesión académica.

Horas más tarde, Magdalena recuerda, como un sueño triste del que acabara de despertar, o una visión remota y brumosa, la nupcial y fastuosa ceremonia. Las naves estaban iluminadas como en las grandes fiestas religiosas. Los altares parecían vacilar bajo la abrumadora carga de flores. En el coro, sobre el arco de entrada, las notas del órgano alternaban sus eclesiásticos murmullos con las alegres voces de la orquesta. Confundida entre el lujoso cortejo, en uno de los escaños centrales, Magdalena vio transcurrir el acto con el espíritu ausente de allí, abstraída por completo en sus desolados pensamientos. Ni siquiera advertía la presencia amiga de Sara y de Tomasa, colocadas a sus lados. Pero, ¿quién podía adivinar el drama de su alma? ¿Quién comprenderla y compadecerla? Sin ánimo para mirar lo que la rodeaba, y con los párpados insistentemente caídos en la simulación de la plegaria, talvez no hubiera anhelado otra cosa su corazón que quedarse allí para siempre, inconsciente y absorta, alucinada y olvidada de todo.

Concluído el rito, fingió súbita jaqueca para no acompañar a sus amigas a la fiesta profana. No, no tenía fuerzas para más. Si tuvo bastante valor para estar presente en el templo, como un testigo más de esa felicidad ajena que implicaba su propia desventura, ahora sentía que su capacidad de resistencia flaqueaba por completo.

En la soledad de su cuarto, había terminado por tumbarse de bruces sobre la cama, para darle libre sa-

lida a su dolor solitario. Sollozos convulsivos, que en vano trataba de apagar con el pañuelito de lino, la sacudieron largo rato. Pero de pronto se incorporó, y arreglando a prisa sus ropas, y componiendo con nervioso ademán el rostro que las lágrimas alteraron transitoriamente, se puso en marcha hacia la escuela.

Ahora está allí, pálida y grave, tras de la mesa del estrado, como todos los días, igual que tantas mañanas y tardes que la vieron en el mismo sitio, disponiéndose a comenzar la lección de siempre, mientras los discípulos la miran con inquietud, sorprendidos y pesarosos porque jamás la notaron así, tan apocada y muda, tan desfallecida y extenuada.

Uno de ellos se acerca, con un ramo de flores.

—Maestra, perdóneme. Sin pedirle permiso, cogí estas rosas en el jardín. Como vi el florero de su mesa vacío...

Magdalena fija en el niño los ojos turbios y febriles. Hondo suspiro le sabe del pecho lacerado.

—Gracias, Jorgito, gracias.

Con súbito impulso de ternura lo atrae hacia ella, zollipante, acongojada, mientras murmura con entrecortada voz henchida de pena:

—Sólo tú me quieres... sí... sólo ustedes me quieren...

En seguida, viendo que los demás se han agrupado en torno de ella, asustados y cariñosos, les dice con tono más seguro y firme, pero lleno de maravillosa dulzura:

—Vuelvan a sus sitios, niños. La clase va a empezar.

Sobreponiéndose en ese instante a sus sentimientos abrumadores, resignada, estoica, casi sonriente, comienza como de costumbre, y con pausada voz, su lección cotidiana. . .

FIN

ESTA OBRA SE ACABO DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL
SANTA FE, DE BOGOTÁ - COLOMBIA
EL DIA CINCO DE ABRIL DE MIL
NOVECIENTOS CINCUENTA Y OCHO.

1958





